

La Hermandad

de los Siete Reyes



La copa veneciana

ox el transcurso del tiempo, Mme. Koluchy llegó á ser objeto de todas las conversaciones de Londres. Tenía intrigadísimos á los médicos con las maravillosas curas que hacía. Bajo su influencia y tratamiento, los débiles recobraban sus fuerzas; los que se habían visto á las puertas de la muerte, volvían al ajetreo del mundo completamente restablecidos. Donde quiera que ella ponía la mano desaparecía todo dolor. Pero qué era lo que hacía para obtener tan asombrosos, tan increíbles resultados, continuaba siendo un secreto. Ella misma preparaba los medicamentos, y por más que algunos fueron sometidos al más escrupuloso análisis, nada, absolutamente nada, pudo descubrirse, fuera de lo común y regular. De modo que las curas no consistían en las drogas administradas. ¿En qué, pues, podían consistir? Esto se preguntaban á todas horas los médicos, pero ninguno hallaba una respuesta satisfactoria.

1901, abril.

El interés por consultar á Mme. Koluchy aumentaba de día en día, hasta llegar á constituir una especie de furor. Sus enfermos la adoraban, y todas cuantas personas la trataban no podían menos de reconocer la sugestión que sobre ellas ejercía aquella mujer singular.

Mientras tanto Dufrayer y yo permanecíamos arma al brazo y sin dejar de vigilarla. Los agentes de Scotland Yard, sabiendo el concepto que teníamos formado de ella, trabajaban á su vez incesantemente para obtener algún indicio de sus malvados hechos; pero á pesar de sus esfuerzos, nada averiguaban, nada oían, sino elogios y bendiciones. Era considerada como una bienhechora universal. Cierta que sus honorarios eran muy altos para los ricos, pero en cambio asistía y curaba con el más generoso y caritativo desprendimiento á todos aquellos enfermos cuyos medios de fortuna eran escasos. Cuando ella pasaba por alguna calle, todos los transeuntes se quedaban mirándola para admirarla, no sólo por su extraordinaria belleza, sino también por su talento, que era grande, y por su reconocida bondad. Todos la colmaban de bendiciones, y si acaso correspondía ella con una mirada de sus preciosos y brillantes ojos negros, la persona á quien iba dirigida se contaba desde luego entre las más dichosas.

Hacia mediados de enero del año siguiente, la atención pública de Londres se apartó algún tanto de Mme. Koluchy para fijarse en un crimen muy misterioso cometido en la capital.

La víctima fué un caballero llamado Delacour, senador del reino. Un día, en las primeras horas de la mañana, un guardia encontró el cadáver en Saint James Park, cerca de Marlborough House. La muerte debió de ser instantánea, pues la puñalada, asestada por la espalda, le había atravesado el corazón. Yo conocía á Delacour y quedé aterrado cuando lo supe. Era un hombre en la flor de la edad, de muchísimo talento y de carácter tan excelente que se granjeaba la amistad de todos cuantos le trataban. ¿El móvil del crimen? Según se dijo, el de robarle ciertos secretos de Estado que poseía. Regresaba á su casa después de haber asistido á un *meeting*, cuando fué asesinado. Unos documentos referentes á un préstamo hecho á un Gobierno extranjero, le fueron sustraídos del bolsillo; pero el

reloj, una sortija de valor que llevaba en un dedo y el dinero, estaban intactos. Inmediatamente la policía comenzó á practicar diligencias para descubrir al criminal, pero todo fué inútil; no se pudo obtener ni el menor indicio.



UN GUARDIA ENCONTRÓ EL CADÁVER

La señora de Delacour y su única hija estaban desoladas.

Tan conocido era el infortunado caballero por su posición de senador, que no sólo su familia, sino todo el mundo, estaba indignado y horrorizado con tan sangriento crimen, y se deseaba muy de veras que fuera descubierto el asesino, para imponerle el duro castigo á que se había hecho acreedor.

Quince días después, al bajar yo por Welbeck Street, y en el momento de pasar por delante de la magnífica casa de Mme. Koluchy, vi á una señorita en las escaleras de la entrada. Vestía de riguroso luto y se detuvo en la acera mirando de uno á otro lado, como si buscara un coche.

Al principio me fijé en ella sin interés; pero cuando se cruzaron nuestras miradas y me reconoció, adelantóse hacia mí con una exclamación de alegría.

—¡Mr. Head! ¡Cuánto tiempo sin verle! ¿Cómo está usted?

—Apenas si la había conocido, miss Delacour, dije. Tengo mucho gusto en verla buena. Nuestro inesperado encuentro me trae á la memoria la temporada que pasamos juntos en el hotel de Bellevue, en Bruselas.

—¡Ay, algo más contenta vivía yo entonces! contestó con infinita tristeza. Supongo que ya estará usted enterado de la horrible tragedia...

—Sí, con harto sentimiento. Y crea usted, Vivien, que con todo mi corazón tomo parte en su profundo dolor.

—Gracias. Mi pobre madre está inconsolable. Fué una cosa tan horrible, tan inesperada, tan misteriosa... Si no fuera por...

—¿Mme. Koluchy?

—Sí, Mr. Head. Mme. Koluchy es la amiga más querida y más cariñosa. Cuando ocurrió el horrible suceso madame asistía profesionalmente á mamá, y desde entonces la visita todos los días. Aquel en que se cometió el crimen no abandonó nuestra casa un momento. No sé qué hubiera sido de nosotras sin ella; tiene un corazón de oro. Además, y por indicación suya, se han puesto en práctica algunos medios para encontrar al infame que privó de la vida á mi pobre padre.

—Pues tampoco tiene usted aspecto de estar muy buena, miss Delacour, la dije fijándome en la extrema palidez de la joven. ¿Va usted ahora á su casa?

—Sí, acabo de ver á Mme. Koluchy, á quien he traído un recado de parte de mamá, y estaba esperando un coche. Si usted me hiciera el obsequio de avisar á uno...

Así lo hice, y añadí:

—Si en algo más puedo servirla, Vivien, no vacile usted en indicármelo. Ya sabe que tendré muchísimo gusto...

El cochero se había detenido con el carruaje al lado de la acera.

Vivien clavó en mí sus ojos llenos de amargura y contestó:

—Si fuera posible hallar al asesino de mi padre... No viviríamos tranquilas hasta que sepamos quién fué.

—¿Me permite usted que vaya mañana á visitarlas?

—Mamá no recibe á nadie absolutamente; pero si quiere usted verme á mí, con mucho gusto.

—Bueno, iré á ver á usted. A las once estaré en su casa.

Di la mano á Vivien para ayudarla á subir al coche, y despidiéndome hasta el día siguiente la perdí pronto de vista.

VIVIEN CLAVÓ EN MÍ SUS OJOS LLENOS DE AMARGURA

En camino para mi casa, muchos y diversos pensamientos me asaltaron. Un año antes, cuando yo viajaba por Bélgica, se habían hospedado en el mismo hotel de Bruselas donde yo me hallaba, no sólo la familia Delacour, sino también la de Pitsey, con la que la primera tenía algún lazo de parentesco. Allí nos conocimos y llegamos á ser muy buenos amigos. Los



Pitsey, que eran de origen italiano, tenían una magnífica posesión en Tunbridge Wells, cerca de Londres. Entonces Vivien, que no tenía más que diez y siete años, era una muchacha simpática, sumamente alegre y muy buena. Muchas veces me hablaba de sus esperanzas, de sus ambiciones, y por ella supe que los de Pitsey tenían en su casa, llamada Pitsey Hall, una hermosa colección de antigüedades, entre las cuales había algunas de muchísimo valor. Desde aquella fecha estaba invitado á pasar unos días en Pitsey Hall, pero aun no me había sido posible cumplir la promesa que hice al aceptar la invitación.

El recuerdo de aquella alegre temporada se agolpó en mi imaginación al regresar á mi casa, pero entremezclado con los recientes sucesos y las manifestaciones que Vivien acababa de hacerme. ¿Por qué Mme. Koluchy era tan amiga de la esposa y de la hija de Delacour? Tal horror me inspiraba aquella mujer, que no podía menos de asociar su nombre á cualquier crimen que en Londres se cometiera. Sería una obsesión, sería lo que fuese, pero á mí no me era dado remediarlo.

Al entrar en casa me dijeron que me esperaba Dufrayer.

—¿Traes alguna noticia? le pregunté en cuanto nos saludamos.

—Si te refieres al asesinato de Delacour, sí que la traigo, respondió.

—¿Pues á qué esperas para comunicármela?

—Acaba de ocurrir un extraño suceso que tal vez pudiera facilitar el descubrimiento del autor del crimen. Eso es lo que me trae aquí.

Yo sabía que á Dufrayer no le agradaba que se le interrumpiera; así es que me limité á escuchar con atención, sin pronunciar ni una palabra.

—Ayer, prosiguió mi amigo, fué detenido un individuo sospechoso cerca de la casa de Delacour. Esta mañana se le ha tomado declaración y dijo llamarse Walter Hunt, y ser dueño de un pequeño despacho de bebidas en Houndsditch. Los agentes le han visto varias noches vagando por los alrededores de la casa. Al interrogarle no pudo ó no supo contestar á satisfacción del inspector y le detuvieron. En un bolsillo se le encontró una carta en blanco, con sobre dirigido á sí mismo,

con sello interior y fechada el mismo día en que se cometió el crimen. Creyendo que la carta podría ser tal vez un documento de importancia le fué entregada á Lambet, el empleado del Gobierno que tiene á su cargo estas cosas, para que la examinase. Lambet ha hecho todo lo posible á fin de averiguar si contiene algo escrito con tinta simpática ó alguna cifra secreta, pero sin resultado. Lambet asegura que la carta en blanco no tiene valor ninguno. Todos estos detalles los he sabido por Ford, el inspector encargado del asunto, y sabiendo los grandes conocimientos que tú tienes en química y los curiosos é interesantes datos que posees acerca de estas cosas, he obtenido permiso para que vengas conmigo á Scotland Yard y sometas el papel á las pruebas que quieras. Supongo que no tendrás inconveniente en hacer esto.

—Ninguno. ¿Quieres que vayamos ahora mismo?

—Cuanto antes mejor. Conviene saber lo más pronto posible si el papel contiene alguna cifra secreta.

—Un momento, dije deteniéndole. Acabo de ver á Vivien Delacour, que salía de casa de Mme. Koluchy. Es extraño cómo esta mujer llega á tener amistades con todos nuestros amigos y conocidos.

—Había olvidado que conocías á la familia Delacour.

—Sí, la conocí por primera vez en Bruselas, donde la traté mucho, y pronto fuimos buenos amigos. Esta tarde tenía Vivien muy mal semblante y aspecto de haber sufrido mucho. ¡Pobrecilla! Cualquiera cosa daría por aliviar su pena, pero siento en el alma que Mme. Koluchy se halle entre el número de sus amigas. Tal vez sea aprensión mía, pero hace algún tiempo que no puedo oír hablar de un crimen cometido en Londres sin asociar á Mme. Koluchy con él. Tiene en sus garras á esa pobre Vivien, y ella misma me ha dicho que Mme. Koluchy visita diariamente á su madre. De una cosa podemos estar bien seguros, amigo Dufrayer: de que ningún buen fin persigue esa mujer. Si se ha hecho tan amiga de la familia Delacour, sus razones tendrá para ello.

Mientras me escuchaba mi amigo, vi aparecer en sus ojos aquella mirada fría y dura que de antiguo conocía yo, pero no dijo ni una palabra.

—Espera un momento, añadí; tengo que coger en el laboratorio unos papeles que necesito llevar conmigo.

Un momento después tomamos un coche y partimos para Scotland Yard, donde nos esperaban el inspector Ford y don Jorge Lambet, hombre de rostro muy inteligente.

—He oído hablar de usted muchas veces, Mr. Head, dijo con la mayor cortesía, y celebraré que consiga usted lo que yo no he podido conseguir. El pliego de papel de que se trata es ciertamente de la clase del que se usa para escribir cifras secretas, pero mis pruebas no dieron resultado ninguno. Lo que temo es que, si las cifras han existido realmente, hayan desaparecido con las drogas empleadas por mí.

—Pudiera ser, contesté; pero si hace usted el favor de llevarme á su laboratorio, someteré el papel á unas pruebas especiales por mí descubiertas.

Lambet tomó inmediatamente la delantera y le seguimos Ford, Dufrayer y yo. Cuando llegamos al laboratorio, Lambet puso á mi disposición todas cuantas pruebas había hecho. Una simple ojeada al papel bastó para que comprendiera que se había ya probado el cobalto, el cobre, etc., etc.

Lo probable sería que aquellas pruebas sirvieran para anular el efecto de cualquiera preparación química que yo pudiese emplear, y aun suponiendo que las cifras secretas hubiesen existido, era de temer que hubieran desaparecido con los procedimientos empleados por Lambet.

Un buen rato pasé haciendo las más delicadas y menos conocidas pruebas, pero sin obtener ni el menor resultado.

—Es inútil, dije abandonando el trabajo; no se puede hacer nada. Y en verdad que era un atrevimiento por mi parte el intentarlo, Mr. Lambet, después de las pruebas realizadas por usted. Indudablemente, el papel no tiene valor ninguno.

Lambet se inclinó y una mirada de satisfacción se escapó de sus ojos. Poco después nos despedimos Dufrayer y yo.

—Por ahora, dijo mi amigo, no hacemos más que perder el tiempo inútilmente, pero no por eso debemos desanimarnos. alguna vez tienen que triunfar la justicia y la ley.

Le acompañé hasta su casa y me retiré después á la mía.

Al día siguiente y á la hora convenida fuí á ver á Vivien

Delacour, la cual me recibió con mucha amabilidad en el gabinete de su mamá. Todas las cortinas estaban corridas, todas las ventanas cerradas y la casa tenía un aspecto muy sombrío. La pobre Vivien estaba pálida, desencajada y triste. Aparentaba



FUÍ Á VER Á VIVIEN DELACOUR

tener diez años más que en aquellos felices días pasados en Bruselas, donde era la más animada y alegre de todos.

—Mamá siente mucho no poder recibir á usted, Mr. Head, dijo la joven. Cuando ayer supo que me había encontrado con usted se alegró muchísimo, pero la pena que sufre es tan inmensa que no puede recibir á nadie. Tome usted asiento, Mr. Head. Usted y mi padre se hicieron muy buenos amigos

en aquellos felices días de Bellevue. Sí, estoy segura de que simpatiza usted con nosotros.

—De todo corazón, Vivien, contesté. Mi mayor placer sería servirles de algo y aliviar su pena. ¿Sería cruel el suplicar á usted que me diese algunos detalles del crimen?

Vivien se estremeció visiblemente.

—Creo, añadió, que por los periódicos se habrá usted enterado de todo; no puedo decir á usted más. Mi padre salió aquel día para asistir al *meeting* de Downing Street y no volvió. La policía busca vanamente al criminal. No parece que existió ni el menor motivo para cometer el crimen. Mi padre no tenía enemigos; era querido de todos.

Y la desventurada niña no pudo proseguir. Rompió á llorar amargamente. Cuando se calmó un poco, la dije así:

—Escúcheme, Vivien. Doy á usted mi palabra de no omitir ningún esfuerzo para ayudar á descubrir al hombre ó á la mujer que mató á su padre, pero es preciso que me auxilie usted todo lo posible, para lo cual debe comenzar por serenarse. Harto comprendo cuán grande es la pena que sufre, pero así no hacemos nada. Vamos, Vivien, cálmese usted y procure contestar á mis preguntas. Dice usted que ningún motivo existió para el crimen, ¿pero no es verdad que desaparecieron algunos papeles del bolsillo de mi pobre amigo?

—Lo único que faltaba del bolsillo de papá fué una cartera en la que solía hacer apuntes; el reloj y el dinero estaban intactos. ¿Sería posible, Mr. Head, que mataran á mi padre sólo por obtener la cartera?

—Es probable. No olvide usted que los apuntes de la cartera podrían tal vez revelar importantes secretos de Estado.

Vivien apenas parecía comprenderme. De nuevo recayeron mis sospechas en Mme. Koluchy, en aquella mujer extraordinaria cuyos crímenes tenían tanto de horribles como de misteriosos. Su influencia se extendía á todas las clases de la sociedad, y para ella una vida más ó menos no tenía la menor importancia.

Y aquella terrible mujer, á quien hasta entonces las leyes de Inglaterra no habían podido coger en sus redes, era amiga íntima de la joven sentada á mi lado.

Vivien estaba inquieta, excitadísima. Bien se dejaba adivinar lo que sufría.

—Agradezco mucho, dijo después de unos instantes de silencio, que esté usted dispuesto á ayudarnos. Mme. Koluchy hace también todo lo posible, y es lo que yo pienso: cuanto mayor sea el número de los que nos ayuden, más esperanzas podemos tener. Por otra parte, todos sabemos que usted consigue siempre todo aquello que toma con verdadero empeño. ¿Por qué no habla usted con Mme. Koluchy?

—Eso no, contesté resueltamente; prefiero trabajar solo.

—Pero son ustedes amigos, ¿no es verdad? La dije esta mañana que había hablado con usted.

—Somos conocidos, contesté; amigos, no.

—Me sorprende usted. Yo no concibo que una persona que conozca á Mme. Koluchy no sea amiga suya. ¡Es tan buena! ¡Ha dado tantos pasos para ayudarnos! Y á propósito, mamá y yo salimos hoy de Londres.

—¿A dónde van ustedes?

—Al campo. ¡Nos da tanta pena quedarnos en esta casa, donde todo nos recuerda tan vivamente á mi pobre padre! Madame cree que un cambio de aire aquietará tal vez los nervios de mamá, y nos ha invitado á pasar una temporada en una casa que ha alquilado hace poco cerca de la posesión de mis primos los de Pitsey. ¿Se acuerda usted de ellos? Estuvieron en Bruselas con nosotros.

Incliné la cabeza en señal de asentimiento.

—Esta misma tarde saldremos para Frome Manor, pues así se llama la casa de Mme. Koluchy. No visitaremos ni recibiremos á nadie, pero por lo menos mamá estará á todas horas al cuidado de madame.

Poco después me despedí. Todo se presentaba oscuro y lleno de misterio, y ningún indicio fijo había obtenido.

Por aquella época llamó la atención en Londres una nueva tanda de valeses, titulada *La Reina*. Gustaba muchísimo y apenas había baile ni reunión donde no se tocara. A mí, como á todo el mundo, me encaprichó. En aquellos compases vibrantes, en la repetición de aquellas dulces notas, en aquellas graciosas modulaciones de armonía y unísono había algo que fas-

cinaba, algo que seducía y llenaba de encantos. Nadie sabía fijamente quién había escrito aquella música, ni menos creyó ninguno que en la composición de tan armoniosos y seductores acordes se ocultaba una intención aviesa llena de astucia. Yo mismo, al escuchar en más de una ocasión las dulces melodías de aquellos valeses, estaba muy lejos de calcular, de suponer el efecto que habían de producir. ¡Cómo había yo de figurarme que por aquel conducto, por decirlo así, llegaría á mis manos el indicio que con tanta impaciencia esperaba!

Seis semanas transcurrieron así. Los trabajos de la policía continuaban siendo infructuosos; no arrojaban ni el menor indicio por el cual se pudiera venir en conocimiento de quién había sido el asesino de Delacour. El crimen seguía envuelto en el más impenetrable misterio.

Durante aquel tiempo recibí dos ó tres cartas de Vivien, escritas siempre con la franqueza y sinceridad propias de una joven. Me decía que el estado de su madre la tenía muy intranquila, pues poco á poco iba debilitándose más y más. «Madame Koluchy, añadía, también está preocupadísima con la enfermedad de mamá, y no consigue aliviarla. Mamá, decía para terminar, no descansará, no vivirá hasta que el criminal sea descubierto. Sueña con él de día y de noche. De día no habla ni una palabra con nadie. Pasa las horas dando vueltas por la habitación y pidiendo á Dios que la ilumine para que pueda hallar al que tan villanamente privó de la vida á su esposo. ¡Ay, Mr. Head! ¡Qué vamos á hacer! Estoy desesperada».

Las cartas de Vivien me impresionaban mucho. Tenía que contestarlas con el mayor cuidado, porque sabía que Mme. Koluchy leería todas mis contestaciones; pero no por eso dejé de trabajar, según había prometido, para encontrar algo que nos diese siquiera una pequeña idea de quién fué el criminal.

Horas enteras pasé pensando en aquel misterioso plieguecillo de papel blanco. ¿Sería posible que, después de todo, contuviera algunas cifras secretas? ¿Estaría oculta bajo aquella superficie blanca una de aquellas claves que de antiguo usaba la *Hermandad de los Siete Reyes*? El recuerdo del papel no me dejaba descansar durante la noche ni me dejaba vivir durante el día. Mi desesperación era casi tan grande como la de Vivien,

y cuando cierta mañana, hacia fines de febrero, llegó á mis manos una carta aun más desconsoladora que las anteriores, resolví contestarla personalmente. Para verificarlo sólo necesitaba aceptar la invitación que los de Pitsey me tenían hecha. De modo que aquella mañana le puse dos letras á mi amigo Leonardo diciéndole que si no les servía de molestia ni á él ni á su señora tendría el gusto de visitarles el próximo sábado.

Al día siguiente por la tarde se presentó Pitsey en mi casa.

—Recibí su carta esta mañana, me dijo, y como tenía que venir á la City á un asunto particular, decidí contestarla personalmente. Tengo que tomar el tren de las cinco y treinta, así que no puedo detenerme. Sólo he venido para decir que tendremos muchísimo gusto en recibir á usted en Pitsey Hall. Mi familia y yo nos hemos acordado mucho de usted, Mr. Head, y le aseguro que su visita nos causará vivo placer. A propósito, ¿ha oído usted hablar del robo que se ha cometido en mi casa?

—No he oído nada, contesté.

—Pues los periódicos se han ocupado mucho del suceso, añadió. Por cierto que es un robo bien extraordinario al par que misterioso. Parece que la desgracia nos persigue de poco tiempo á esta parte. La semana última penetraron dos ladrones en mi casa con tanto atrevimiento como astucia. Se apoderaron de algunos objetos de plata, pero lo extraño es que dejaron intacta el arca donde guardamos la mayor parte. Se conoce que los ladrones tenían grande interés en penetrar en el salón grande, donde se halla la famosa colección de antigüedades, y al efecto envenenaron á Druco, el perro que dejamos suelto en casa durante la noche, y que apareció muerto al siguiente día. Afortunadamente, el dispensero se despertó á tiempo y avisó, pero los malvados huyeron. Les persigue la policía de la localidad, pero hasta la fecha no ha podido averiguar absolutamente nada, y he venido á Londres para obtener los servicios de dos de los más listos *detectives* de Scotland Yard. Vienen á Pitsey Hall conmigo esta noche, y espero que pronto será aclarado el misterio y se capturará á los ladrones. Lo que temo es que, si esto no se consigue, harán otra tentativa, y por cierto que bien merece la pena, porque la casa está llena de antigüe-

dades de mucho valor. ¿Pero á qué molestar á usted con estos asuntos domésticos? Su visita no puede ser más oportuna, pues para el martes tenemos preparado un baile en honor de mi hijo mayor, que cumple aquel día veintiún años.



¿HA OÍDO USTED HABLAR DEL ROBO QUE SE HA COMETIDO EN MI CASA?

—¿Y cómo siguen los de Delacour? pregunté.

—Vivien está bastante bien, aunque muy demacrada, pero el estado de su madre deja bastante que desear; está completamente postrada la pobre señora. Mme. Koluchy y Vivien vienen casi todos los días á casa. Mrs. Delacour y su hija volve-

rán á Londres antes del baile, pero Mme. Koluchy asistirá á la fiesta, lo que no deja de ser una honra para nosotros. ¿La conoce usted? Es una mujer encantadora y muy linda.

—Sí, la conozco.

—Tanto mejor. Estoy seguro de que serán ustedes muy buenos amigos. Conque lo dicho, amigo Head; le esperamos á usted el sábado. Puede salir de Charing Cross á las cuatro y treinta; mandaré la berlina á la estación.

—Gracias, contesté. Tendré un verdadero placer en visitar á ustedes, aunque no sé si podré quedarme hasta la noche del baile.

—¡Pues no faltaba más! Una vez que le tengamos allí, no crea usted que le vamos á dejar escapar tan fácilmente. Todos mis hijos, y especialmente Antoñita, tienen grandes deseos de verle nuevamente en casa. Antoñita se acuerda mucho de usted y Vivien le considera como uno de sus mejores amigos. ¡Pobrecilla! La compadezco de todo corazón. Es una muchacha buenísima, angelical. El disgusto tan terrible que está sufriendo con la trágica muerte de su padre dejará en ella para toda la vida profundas huellas. El desventurado Delacour era uno de los mejores hombres que he conocido. A decir verdad, de buena gana atrasaría yo la fecha del baile solamente por ellos, aunque el parentesco no sea muy cercano; pero mi hijo Octavio no cumplirá los veintiún años más que una vez, y bien merece que festejemos el acontecimiento. Cuando pienso en la desgraciada Vivien, crea usted que pocas ganas de fiestas me quedan. Pero en fin, dejemos esto que no va á ninguna parte. Le esperamos á usted el sábado.

Diciendo esto cogió el sombrero para marcharse.

—Me voy, añadió, porque estoy citado con los dos *detectives* en Charing Cross.

El sábado, día 27 de febrero, llegué á Pitsey Hall, donde obtuve un recibimiento tan sincero como afectuoso. El baile había de celebrarse el martes siguiente, día 2 de marzo; había ya muchos convidados, y el reciente robo constituía el tema de casi todas las conversaciones.

Después de comer, y cuando ya las señoras se habían retirado, Pitsey y yo acercamos las sillas para charlar á nuestras

anchas, y bien pronto la conversación recayó, como era natural, sobre el robo.

—La policía, dijo Pitsey, está desorientada, y temo que no haga nada de provecho. Hoy mismo estuve hablando del caso con Mme. Koluchy, y aun ella, que cuando vino por primera vez á Frome Manor tenía algunas esperanzas de que sería aclarado el suceso, piensa ahora como yo. Me dijo también que Mme. Delacour está muy mala y que si continúa así fácilmente puede sobrevenir una enfermedad grave. Parece que se van agotando sus fuerzas.

—Lo comprendo. Mejoraría mucho si fuera descubierto el asesino de su esposo.

—Eso precisamente dice madame, á quien tiene muy preocupada el estado de Mrs. Delacour. Invité á Mme. Koluchy para esta noche, pero tenía otra invitación anterior y me manifestó que no podía desatenderla. ¡Qué mujer tan singular, amigo mío! Esta mañana pasó algunas horas examinando mis antigüedades y me refirió la historia de algunas de ellas, historia que yo mismo desconocía á pesar de creerme bien enterado. Causa verdadero placer el hablar con una señora tan inteligente, y si no tuviera tanto interés por obtener mi copa veneciana...

—¿Cuál? interrumpí. ¿La que me dijo usted que pertenece á su familia desde el año 1500?

—Esa misma, contestó Pitsey bajando la voz. Como usted acaba de decir ha pertenecido á nuestra familia desde el año 1500, y claro está que la tenemos en mucha estimación. Me ha extrañado sobre manera lo que ha ocurrido con madame Koluchy respecto de este particular.

—Explíquese usted, dije con cierta impaciencia.

—Madame vió la copa por primera vez en el mes de noviembre último, cuando vino á visitarnos con la familia Delacour. Jamás olvidaré el asombro de que dió muestras cuando la vió ni la impresión que la hizo. Se quedó mirándola fijamente durante algunos minutos, y cuando se volvió hacia nosotros estaba muy pálida. Me preguntó cómo la había obtenido, y cuando le conté la leyenda que de la copa se refiere me ofreció al punto por ella 10.000 libras esterlinas, si quería vendérsela.

—¡Bonita suma!

—Contesté un poco amoscado que no pensaba venderla; es más, que no lo vendería por todo el dinero del mundo. Por cierto que me pareció que estuvo muy poco oportuna.

—¿Le dijo á usted por qué tenía tanto empeño en adquirir la copa?

—Sí; dijo que en su colección tiene una muy parecida, y que hace años anda buscando ésta para completar la más notable colección de objetos antiguos de cristal veneciano de toda Europa. Debe ser riquísima, pues de otra suerte no se comprende que, á pesar de su afición á estas cosas, pueda ofrecer por mi copa una cantidad tan exagerada. Desde que se halla en Frome Manor ha venido á vernos muchas veces, y nunca deja de dar á conocer el interés que siente por la copa. Con frecuencia la trae á cuento durante la conversación y dice que el cristal, al tocarlo, produce un sonido musical sumamente agradable. Pero venga usted, amigo Head; quiero que la vea.

Se levantó y juntos atravesamos la antesala central hasta llegar al salón interior. Era una habitación soberbia, magnífica, deslumbradora.

—Como usted sabe, continuó diciendo D. Leonardo, hace siglos que la copa pertenece á nuestra familia. La llamamos «La suerte de Pitsey Hall», tomando el nombre de la balada de Ohland, inspirada en la antigua tradición de Cumberland. Por supuesto, conocerá usted la traducción de Longfellow. Aquí está la copa, Head... ¿No es una verdadera obra de arte? Fíjese usted bien; merece ser examinada con atención.

Sobre un pedestal de malaquita, de unos seis pies de altura, estaba la copa. Una ojeada fué suficiente para comprender que en verdad era una maravillosa obra de arte. Tenía ocho pies de diámetro y era de cristal muy fino, de un delicado color de rubí. Grabadas en el exterior tenía unas letras misteriosas, de las que sólo se veían algunas, pues la mayor parte estaban ocultas entre los caprichosos adornos de metal que la rodeaban, como frecuentemente se ve en las copas venecianas antiguas. Sólo rompiendo un pedacito de metal pudieran haberse distinguido claramente las letras. El pie de la copa era también de metal, artísticamente trabajado en calados y filigrana y ador-

nado con esmaltes de varios colores; se hallaba colocado sobre una base del mismo metal, todo ricamente dorado é inerus-



AQUÍ ESTÁ LA COPA, HEAD

tado de ópalos, ágatas, rubíes, perlas y turquesas. En el centro del pie llevaba una columnita de cristal de un precioso color verde pálido, que también estaba grabado, con lo que á primera

vista parecían dibujos genealógicos. Acercándome más, toqué suavemente la copa con la uña, y como había dicho Pitsey, sonó una nota musical extraordinariamente dulce y clara.* En seguida examiné el pie y vi que los dibujos formaban una serie de coronas separadas unas de otras. Casi sin darme cuenta las conté: *eran siete*. Aquella cifra me hizo entrar en sospechas. La serie de acontecimientos recientes cruzó rápidamente por mi imaginación, y comencé á relacionarlos unos con otros y á sacar consecuencias.

—¿Puede usted decirme, pregunté á mi amigo, cómo llegó esta copa á manos de su familia?

—Somos, como bien sabe usted, descendientes de una antigua familia de italianos llamada Pizzis. El apellido que llevamos ahora viene á ser una corrupción del primitivo y verdadero. Mis hijos y yo tenemos nombres italianos todos y nuestro amor á Italia raya en pasión. En el siglo xvi los Pizzis eran grandes personajes en Venecia. En aquella época, la ciudad gozaba de muchísima fama por los objetos que se fabricaban allí, y los fabricantes, formando gremios, guardaban religiosamente el secreto de sus manufacturas. Entonces fué cuando Catalina de Médicis, con su gobierno tirano y arbitrario, hizo que se rebelaran contra ella gran número de católicos. Púsose al frente de la rebelión el cuarto hijo de la misma reina, el duque de Alençon, y entre los que secundaban y protegían á éste se hallaba mi antecesor Giovanni Pizzi. Se sabía fijamente que la reina Catalina había mandado construir á uno de los más afamados fabricantes esa copa que ve usted ahí. Una vez terminada, la envió Catalina, no se sabe con qué objeto, á casa de un químico de Venecia, donde la encontró Giovanni Pizzi. Desde entonces ha pertenecido á nuestra familia.

—¿Pero qué significan esas siete coronas?

—No lo sé. Probablemente, si es que algo significan, no tendrá grande importancia.

Yo pensaba de otro modo, pero no insistí.

Al retirarnos de aquella estancia llegó á mis oídos una preciosa voz que parecía llenar el espacioso salón. Me acerqué al piano y vi que era Antonia Pitsey, á quien escuché con deleite cuando cantó una melodía italiana con esa dulzura y esa pasión

con que sólo puede cantar quien lleve sangre italiana en las venas. Antonia era una joven muy preciosa, morena, con ojos negros y brillantes y de figura esbelta.

—¿Quiere usted decirme cómo sigue su prima Vivien? la pregunté cuando se levantó del piano.

—¡Ay, Mr. Head! No puede usted figurarse, contestó, cuánto daño me hace el ver sufrir á la pobre Vivien. La veo todos los días y observo con pena que está muy desmejorada. En cuanto á Mme. Delacour, el golpe ha sido tan terrible para ella que algunos dicen que tal vez no volverá nunca á ser lo que fué. Me alegro mucho de que haya usted venido. Vivien tiene grandes deseos de hablar con usted. ¿Quiere usted verla mañana?

—¿Viene aquí?

—No, no viene porque no quiere encontrarse con los convidados; pero cuando supo que venía usted, me suplicó le dijera que le esperará en el parque. Como todo el mundo estará en la iglesia, no hay temor de que se encuentre con nadie. ¿Me permitirá usted llevarle al *rendez vous*?

—Con mucho gusto. Yo también tengo deseos de hablar con Vivien.

Poco después se retiraron los convidados.

Aquella noche tres cosas absorbían mi atención: la historia ó leyenda de la copa, las siete coronas simbólicas de *La Hermandad de los Siete Reyes* y la emoción de Mme. Koluchy cuando la vió por primera vez y su ardiente deseo de obtenerla. Pensando en estas tres cosas no pude conciliar el sueño. Estaba seguro de que se intentaba una nueva diablura. ¿pero cuál sería?

Al siguiente día Antonia me acompañó hasta el parque, donde me esperaba miss Delacour. El desencajado semblante y la profunda expresión de tristeza de la pobre joven me impresionaron fuertemente.

—¿Ha averiguado usted algo? comenzó por decirme.

—Nada, contesté con desaliento.

—¡Ay, Mr. Head! continuó Vivien. Si muy pronto no se da con el criminal, mamá perderá el juicio. Mme. Koluchy está disgustadísima porque su tratamiento no produce efecto, pues mamá empeora en vez de mejorar. Y lo raro es que ha tomado

una antipatía terrible á madame, cuya sola presencia la pone nerviosa. Tanto ha cambiado, que se niega resueltamente á permanecer ni un día más en casa de Mme. Koluchy; así que mañana á primera hora volveremos á Londres.

—¿Y por qué esa antipatía?

—No lo sé, Mr. Head. Por mi parte sigo creyendo que madame es una de las mujeres más amables y bondadosas del mundo. Sin ella no sé lo que hubiéramos hecho.

Creí prudente guardar silencio.

—El estado de mamá, continuó diciendo Vivien, tiene muy preocupada á Mme. Koluchy. Ayer me estaba hablando de esto en la sala, cuando de pronto cambió de conversación y comenzó á elogiarme la copa veneciana. Poco después llegó Mr. Lewisham.

—¿Y quién es Mr. Lewisham?

—Un amigo de madame que casi todos los días viene á verla. Es muy amable y muy guapo. Yo no sabía que madame le esperaba ayer, pero llegó cuando precisamente hablábamos de la copa. Supongo que la habrá usted visto.

Incliné la cabeza. Me interesaba tanto aquello, que no quise interrumpirla.

—Mis primos la llaman «La suerte de Pitsey Hall». Madame tiene tantos deseos de obtenerla que ofreció por ella á Leonardo la suma de 10.000 libras.

—Pero Mr. Pitsey me dijo ayer que no la venderá por nada del mundo.

—Claro que no; la tiene en grandísima estimación.

—Es una preciosidad, un trabajo verdaderamente maravilloso, el único en el mundo tal vez.

—Nunca vi á madame tan poco razonable ni tan excitada. Ayer me rogó muchísimo que trate de convencer á Leonardo para que se la venda. Cuando la aseguré que era inútil, que mi primo no consentirá jamás en que la copa salga de su casa, se incomodó. Cogió en seguida un libro y se puso á leer sin hacer caso de mí, y yo fui á sentarme al lado del balcón. Un momento después entró Mr. Lewisham, y sin fijarse en mí se acercó apresuradamente á madame diciendo: ¿Qué tal, lo ha conseguido usted? En cuanto nos apoderemos de la copa todo estará seguro.

La habrá ayudado á usted esa niña, ¿verdad? Comprendí que se refería á mí, y para no escuchar su conversación me levanté y me puse delante de ellos. Entonces madame, sin mirarme siquiera, llevó á Mr. Lewisham á su gabinete. ¿Qué significaría tanta reserva, Mr. Head?



ME PUSE DELANTE DE ELLOS

—No lo sé, Vivien. Voy á pedir á usted un favor.

—Usted dirá.

—Que no diga á nadie nada de lo que acaba de referirme. Lo sucedido ayer puede tener mucha transcendencia ó no tener ninguna. ¿Me lo promete usted?

—Sí, por cierto. Pero qué raro me parece todo esto.

No hallé contestación y poco después me despedí de la joven.

Por la noche recibió Antonia una carta de Vivien, diciendo que su madre, Mme. Koluchy y ella salían juntas para Londres á primera hora de la mañana. Ella y Mrs. Delacour no volverían á Frome Manor, pero Mme. Koluchy regresaría el martes para asistir al baile. Iba á la City para ver el estreno de una obra titulada *Por una corona*, pues hacía tiempo que tenía tomado un palco en el Liceo.

Nadie hizo gran caso de la carta; pero yo, que estaba muy preocupado, al enterarme de su contenido resolví lo que había de hacer. Iría también á Londres, y regresaría el martes para asistir al baile que había de celebrarse en Pitsey Hall.

Al siguiente día por la mañana me hallaba en el despacho de Dufrayer, á quien le dije:

—Estoy seguro, amigo mío, de que se trama algo muy importante. Madame alquiló casa en Frome Manor después del asesinato de Delacour, y sus razones tendría para ello. Ofrece 10.000 libras por una antigua copa veneciana perteneciente á los de Pitsey, y en el teje maneje que ahora se trae la ayuda un individuo que dice llamarse Lewisham, pero que casi seguramente tendrá otro nombre. Madame ha venido hoy á la City, y no vendrá á humo de pajas.

—Bien, sí, concedido, contestó Dufrayer, ¿pero qué adelantamos con eso? Lo que necesitamos son hechos, pruebas evidentes. Vas á perder el juicio si sigues formando castillos en el aire. Madame habrá venido á Londres para ir esta noche al Liceo. ¿No es eso?

—Sí.

—Y tú piensas seguirla para ver si intenta algo contra alguno de los actores, continuó con cierta ironía.

—Iré también al teatro, contesté gravemente, porque quiero averiguar quién es ese Lewisham. Tal vez no me sea desconocido.

Dufrayer se encogió de hombros y se volvió haciendo un gesto de impaciencia. En el mismo momento se me ocurrió una idea loca.

—¿Qué dirías, exclamé, si yo propusiera un medio por el cual obligásemos á Mme. Koluchy á ofrecernos un indicio?

—Diría que fantaseabas mucho.

—Pues escucha, continué sentándome á su lado, tengo una idea que tal vez nos dé algún resultado práctico. Por supuesto, sería pura casualidad; pero, sin embargo, es posible que algo averigüemos. Madame va esta noche al teatro, y probablemente la acompañará ese tal Lewisham. Iremos también nosotros, y si es posible tomaremos un palco enfrente del de Mme. Kolu-chy. Llevaremos á Robertson, el director del colegio de sordos-mudos, á quien conozco bastante.

Dufrayer me miró con asombro y dando muestras de inquietud. Sin duda llegó á creer que comenzaba á perder el juicio.

—No comprendes mi idea, proseguí. Robertson entiende lo que habla cualquiera sólo con observar el movimiento de los labios. Haremos que se siente detrás de nosotros para que no se fijen en él, y en uno de los entreactos, aprovechando el momento en que el teatro esté bien alumbrado, enviaremos á madame una cartita diciendo que se ha conseguido leer las cifras secretas del pliego de papel. La cartita la escribiremos de manera que crea ella que es un anónimo. Mientras la lee, la observaremos con mucha atención, y por medio de Robertson oiremos, sí, Dufrayer, oiremos lo que dice. Él comprenderá por el movimiento de los labios todas las frases que madame pronuncie, y nos las irá repitiendo una por una. Todo dependerá de la casualidad, es cierto; pero ¿quién sabe, amigo Dufrayer, quién sabe!

—¡Magnífico! exclamó Dufrayer levantándose. Eres un hombre extraordinario, Head; á nadie se le hubiera ocurrido otro tanto. Yo iré ahora mismo al Liceo y tomaré, si es posible, un palco frente al de madame. Si no encontrase palco ninguno, adquiriré los mejores asientos posibles. Mientras tanto á ver si encuentras á Robertson y ofrécele una buena suma, aunque sea exagerada; el caso es que podamos contar con sus servicios. Me parece una idea luminosa. Si te hubieras dedicado á *detective*, creo que pocos crímenes quedarían sin descubrir. A las ocho menos cuarto nos encontraremos en la puerta del teatro. Varas, que no hay momento que perder.

Tomé un coche y salí en busca de Robertson, á quien tuve la suerte de encontrar en su casa. Le dije lo que quería de él, y

con mucha amabilidad y mostrando vivo interés en el asunto consintió en ayudarnos sin aceptar honorario alguno.

A la hora convenida nos encontramos en la puerta del teatro con Dufrayer, el cual nos dijo que había adquirido un palco en el segundo piso, frente al de madame, aunque ésta tenía el suyo en el primero. Yo había decidido que la carta le fuera entregada durante el segundo entreacto.

Al poco tiempo de haber tomado asiento vimos entrar á Mme. Koluchy. Vestía un magnífico traje de terciopelo de color de rosa y estaba cubierta de brillantes. La acompañaba un hombre alto, moreno y bien parecido. Madame saludó á dos ó tres conocidas, y en seguida se sentó apoyando el brazo en el borde del palco.

Robertson no apartaba la vista del semblante de madame, y al oír las palabras que nos repetía de la conversación que sostenían ella y su acompañante me sentí casi seguro del éxito.

Comenzó la función, y en el segundo entreacto vi á madame volverse para recibir la cartita con un gesto de sorpresa. La abrió, y aunque estábamos bastante lejos de ella pudimos ver cómo mudó de color al enterarse del contenido. Robertson no apartaba la vista de madame ni de Lewisham.

En cuanto leyó la carta se la entregó á su acompañante, quien se quedó asombrado. Robertson nos fué repitiendo las siguientes palabras, pronunciadas por madame:

—*Imposible... alguna trampa... muy seguro... copa... clave de la cifra... mañana noche...*

Hubo algunos momentos de silencio, y luego añadió:

—*Para nosotros... vida ó muerte... firmado... mi nombre...*

Volvieron á enmudecer. Vi que madame estrujaba el papel entre las manos nerviosamente; miré á Dufrayer y él me miró á mí.

Estaba lívido de coraje; yo no podía reprimir mi excitación. La espantosa verdad y su explicación iban revelándose poco á poco. El pliego de papel, cuyo contenido no acabábamos de descubrir, encerraba una cifra secreta escrita por Mme. Koluchy y firmada con su nombre. Sin duda la comprometía en el proceso del asesinato de Delacour. La copa veneciana, que probablemente había pertenecido alguna vez á la *Hermanidad*, con-

tenía la clave de la cifra. He aquí por qué mostraba tanto empeño madame en obtenerla.

—*Mañana... noche*, referíase á la noche en que se celebraba el baile en Pitsey Hall y al que madame había prometido asistir. Era tan manifiesta la explicación de sus pala-



VI QUE MADAME ESTRUJABA EL PAPEL.

bras, que Dufrayer y yo comprendimos en seguida la combinación.

Quedaba mucho que hacer y abandonamos el teatro. Yo tenía que tomar el primer tren de la mañana para ir á Pitsey Hall, examinar nuevamente la copa, referir á mi amigo Leonardo todo lo que sabía y suplicarle que guardase la copa en lugar seguro, retirándola de aquel donde se hallaba.

El martes, á las diez, llegué á Pitsey Hall, y como me había figurado, encontré la casa bastante desordenada. El mismo Pitsey estaba muy ocupado, dirigiendo el trabajo de los hombres que adornaban el salón de baile. Tuve que esperar un buen rato para poder hablar á solas con él.

—¿Qué se le ofrece, amigo Head? me dijo.

—Vamos á la biblioteca y se lo contaré á usted.

—Por la expresión de su mirada comprendí al momento que sería muy difícil convencerle de la verdad de lo que le decía.

—Hace tiempo tenía mis sospechas, añadí para terminar. No es esta la primera vez que encuentro en mi camino á madame Koluchy, quien hasta ahora ha conseguido burlar todos mis esfuerzos para ponerla al alcance de la ley, pero creo firmemente que se acerca su hora. Créame usted, amigo Pitsey, la copa que en tanta estimación tiene usted, y que durante tantos siglos ha pertenecido á su familia, corre peligro. ¿La retirará usted á un lugar más seguro?

—No puede ser, amigo Head, contestó Pitsey. ¿Cómo quiere usted que retire la copa en una noche como la de hoy? Imposible. Usted ve visiones, amigo mío. No sucederá nada con la copa. La orquesta estará situada delante del pedestal, de modo que nadie podrá acercarse á ella. ¿Tiene usted algo más que decirme?

—Encarecidamente le suplico que retire la copa. ¿Cree usted que vendría á molestarle si no supiera fijamente que corre peligro? Conozco bien á esa terrible mujer.

—Para dar á usted gusto, amigo Head, colocaré esta noche dos criados, uno á cada lado del pedestal, con orden de no moverse de allí y de no permitir que se acerque nadie absolutamente. ¿Está usted satisfecho?

No tuve más remedio que conformarme.

Aquella mañana pasé más de una hora examinando la copa nuevamente. Las misteriosas palabras grabadas en su exterior, y casi ocultas por el adorno calado de metal, merecieron mi más profunda atención, pero me fué imposible comprenderlas. ¿Estaría equivocado después de todo? ¿O contendría aquella bellísima obra de arte entre sus filigranas la clave de la cifra misteriosa escrita en el pliego de papel blanco, y que ser

viría para probar la complicidad de Mme. Koluchy en el horrible asesinato de Delacour?

Por fin vino la noche, y á eso de las nueve comenzaron á llegar convidados. Apenas había terminado el primer baile apareció Mme. Koluchy. Llevaba un precioso vestido de color de plata y estaba bellísima.

Al cruzar el salón, cogida del brazo de un conde, todos se volvían para mirarla. Cuando pasó por mi lado contestó á mi brusco saludo con una ligera inclinación de cabeza, mientras me dirigía una mirada dura y de triunfo. Creí notar que sus hermosísimos ojos no se separaban de la copa, situada en el otro extremo del salón.

Poco después se acercó á mí Antonia Pitsey, diciendo:

—¡Qué bonito está todo! ¿No es cierto, amigo Head? ¡Y qué preciosa está Mme. Koluchy! ¿Ha visto usted nunca una figura más esbelta ni más elegante que la de ella? El vestido que lleva esta noche le da la apariencia de una reina. ¿Se ha fijado usted en el programa? Después de cenar tocará la orquesta la famosa tanda de valsés titulada *La Reina*. ¿Y á que no sabe usted quién la ha escrito? Se lo voy á decir en confianza: ha sido Mme. Koluchy.

No pude reprimir un gesto de sorpresa.

—Ignoraba que fuese aficionada á la música.

—Ha compuesto varias piezas y ésta es una de ellas. Nos expuso sus deseos de que figurase en el programa y ella misma nos la trajo. Me alegro mucho, porque realmente es muy bonita.

Vinieron en busca de Antonia y volví á quedar solo, resuelto á no tomar parte en el baile.

Fué transcurriendo el tiempo, y después de la cena dejáronse oír los primeros acordes de la tanda de valsés. En cuanto los preludió la orquesta acudieron las parejas en tropel al salón. Y en verdad que la tanda era encantadora.

Volví á fijarme en Mme. Koluchy, la cual en aquel momento bailaba con Octavio Pitsey; estaba lindísima, preciosa.

Yo me hallaba de pie á poca distancia de la orquesta, y me llamó la atención la nota dominante de la famosa tanda, la cual, repetida en dos compases seguidos, cuando todos los ins-

trumentos tocaban á la vez, sobresalía resonando con una insistencia particular, apasionada.

De repente, y dejando pasmados á todos los que bailaban, resonó en el salón un terrible estallido. La orquesta dejó de



¡LA SUERTE DE PITSEY HALL! EXCLAMÓ ANTONIA

tocar. La copa veneciana, la famosa copa que durante tantísimos años había pertenecido á la familia de Pitsey, estaba en el suelo hecha añicos.

Reinaron unos momentos de silencio profundo, interrumpido por una indefinible exclamación de Leonardo y luego por el

susurro de muchas voces, mientras los convidados iban acercándose al lugar del desastre. El espanto y la consternación eran indescriptibles.

Pitsey, pálido como la misma muerte, contemplaba horrorizado las ruinas del preciado tesoro de familia.

Los dos criados, colocados uno á cada lado del pedestal, estaban alelados. Abriéndome paso por entre la gente me acerqué más. De la copa no quedaba otra cosa que el pie y la base incrustada de joyas, las que permanecían sobre el pedestal de malaquita como siempre.

Silenciosa y contemplando atentamente las ruinas, como si soñara, estaba Mme. Koluchy. Antonia, profundamente impresionada, enteramente lívida, se había acercado á su padre.

—¡La suerte de Pitsey Hall! exclamó con voz aterrada. ¡Y precisamente esta noche!

Yo estaba como loco y no acertaba á proferir ni una frase, pero vi que un criado recogía los pedazos de la copa.

Ya nadie pensó en bailar; toda diversión era imposible, y poco después los convidados se retiraron.

¿La explicación de la catástrofe? La más admisible me pareció ésta, cuando tuve calma para reflexionar:

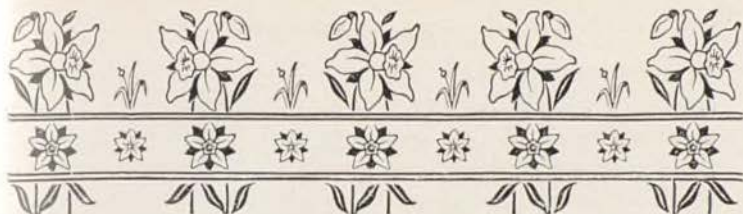
La nota dominante de la tanda de vales repetida en dos compases, cuando todos los instrumentos tocaban al unísono, tenía que ser la nota correspondiente á la de la copa, la cual había destrozado tocada de aquella manera, respondiendo á las inflexibles y bien conocidas leyes acústicas.

Al día siguiente se procuró unir los pedazos, pero faltaban algunos. ¿Quién los había quitado y de qué manera? No se supo jamás. Sin duda alguna las letras tan hábilmente ocultas con los adornos de metal encerraban la clave de la cifra misteriosa: pero una vez más Mme. Koluchy había logrado escapar de nuestras manos, amparada por su incomparable talento y su ingenio peregrino, que tan mal, desgraciadamente, empleaba.

Aun no se ha conseguido vengar la muerte del infortunado Delacour.

¿Se sabrá algún día toda la verdad?

L. J. Meade y Roberto Eustace.



Hojas del diario

del Doctor Moreno



Un presentimiento

ENTRE todos los convidados que nos reunimos en «Villa Olea», magnífica posesión que cerca de Avila tenía mi amigo Jorge Echegaray, ninguno tan divertido, tan alegre ni tan simpático como Juanito Romero. Todo el mundo le admiraba, y lo mismo jóvenes que viejos, hombres que mujeres, todos solicitaban su amistad y su compañía. Nadie hablaba de él sin ponderarle y alabarle, y su nombre estaba como quien dice en boca de todo el mundo. Desde la mañana hasta la noche reinaban la alegría y la diversión en aquella casa, y nosotros los viejos no oponíamos resistencia ninguna al bullicio general, olvidando gustosos, siquiera fuese por unos días, la parte seria de la vida.

Mi amigo D. Jorge era un hombre de cincuenta y cinco años de edad, muy aficionado á reunir en su casa, sobre todo durante las fiestas de Navidad y Año Nuevo, á buen número de sus amigos y conocidos, y D.^a Emilia, su señora, que hacía los honores con amabilidad y buen gusto, se esforzaba siempre en procurar á sus convidados todas las comodidades posibles. Sólo

un defecto la encontraba yo, que ponderaba demasiado al héroe del día, á Juanito Romero. Por muy simpática que sea una persona, llega á resultar pesado el estar escuchando á todas horas elogios y ponderaciones pronunciados en honor suyo, si bien hay que confesar que el tal Juanito no se envanecía nunca. Le había sonreído la fortuna y creía, sin duda, que seguiría sonriéndole siempre.

Entre las amigas de D.^a Emilia figuraba una lindísima joven llamada Gracia Salcedo, de cuya belleza quedó Juanito prendado muy pronto. Enamoradísimo de Gracia, la seguía á todas partes. En los salones, en los bailes, en cualquiera fiesta que se celebrase, siempre se le veía á su lado, y pronto nos convencimos todos de que la señorita Gracia, lejos de serle indiferente Juanito Romero, recibía muy gustosa sus obsequios y galantes atenciones.

La víspera del día en que debía regresar á Madrid para ocuparme de mis numerosos asuntos, D. Jorge y yo nos retiramos á hablar un rato en el saloncito de fumar, y cuando me levanté para dirigirme á mi alcoba, le dije bruscamente:

—Y á propósito, D. Jorge, no deje usted de participarme cómo siguen las cosas entre Romero y la Srta. Gracia. Es una pareja que me inspira vivo interés; parecen nacidos el uno para el otro, y creo que serían felices.

Al oír mis palabras Echegaray se puso serio, y después de unos momentos contestó:

—No es que me importe mayormente, pero se me figura que esas relaciones van tomando mal aspecto. Juanito es uno de los muchachos más simpáticos que he conocido.

—Sí que lo es, y así debe también creerlo la Srta. Gracia.

—Pues no es eso lo peor. Romero, sin duda alguna, está enamorado de Gracia, y creo que ella le corresponde; pero hay un inconveniente para que se casen, y es que la señorita Salcedo tiene ya empeñada su palabra.

—¿Es posible? exclamé.

—Y tan posible. Hace dos años que un amigo mío, Felipe Baselga, pidió su mano. Es mucho más viejo que ella, pero la quiere muy de veras, y llegué á creer que harían una pareja feliz, verdaderamente feliz. Cuando Gracia vino aquí por pri-

mera vez no hice caso de las atenciones que Romero la dispensaba, pero ahora (he de ser franco con usted) me pesa no haberle advertido que Gracia estaba comprometida.

—No la he tratado mucho, pero casi me parece imposible que, con un carácter tan abierto como el suyo, haya podido ocultarlo. Probablemente lo sabrá Romero. Y repito que siento lo que ocurre, pues llegué á figurarme que serían felices.

—Así parecía, aunque espero que la cosa tenga todavía remedio. Mañana mismo pienso hablar á Juanito.

Poco después me retiré á mi cuarto. Aunque la hora era avanzada no tenía sueño; así que, cogiendo un libro, me senté en la butaca y me puse á leer para distraerme. Imposible, no podía fijar la atención en la lectura. Entre mis ojos y la página abierta se interponía con tenacidad la figura de Romero, aquella mirada franca y noble, aquellas facciones bien formadas, aquel porte varonil y distinguido. A su lado veía también las delicadas formas, el dulcísimo rostro de la joven á quien sin duda amaba el muchacho, pero con la que no podía casarse por el compromiso que tenía adquirido ya.

Estando en estas meditaciones vino á sorprenderme un ligero ruido que sentí en la puerta de mi cuarto. Fuí á abrirla y me encontré cara á cara con Romero.

—Si no le sirve de molestia, dijo, quisiera hablar un momento con usted, D. Arturo. Tengo mi cuarto frente por frente del suyo, y al ver luz por debajo de la puerta supuse que aun no se había acostado y tuve el atrevimiento de llamar.

—Pase usted, contesté. Precisamente no tengo sueño y procuraba distraerme un rato con un libro.

Toda mi vida me ha tocado ser el paño de lágrimas de desdichas ajenas. Hasta entonces aquel joven no me había demostrado ninguna amistad particular, pero una mirada fué suficiente para que comprendiera que venía á contarme sus cuitas.

Le indiqué una silla, pero comprendí que estaba demasiado excitado para sentarse, y viendo que no sabía cómo empezar á decirme lo que quería, procuré animarle.

—Vamos á ver en qué puedo servirle, dije alegremente. ¿Qué le pasa á usted?

—Ya sé, comenzó diciendo, que no tengo ningún derecho

para molestar á usted; pero me consta que es muy amable, muy bondadoso, y desde luego he supuesto que no se negaría á ayudarme á salir del apuro en que me encuentro. Apenas me atrevo á decirle cuál es... pero ¡qué diantre! á eso he venido. Amo con toda mi alma á la Srta. Salcedo y tengo la dicha de ser correspondido por ella.

Viendo que iba á interrumpirle, añadió:

—¡Por Dios, doctor, óigame usted y perdone la molestia! Tal vez habrá usted adivinado que algo muy grave existe que podrá perturbar nuestra felicidad, pero Gracia me ha dado su palabra y sé que la cumplirá. Así que estoy resuelto á todo.

—¿Y cómo Gracia ha podido dar á usted palabra de casamiento cuando tiene relaciones con otro? Por D. Jorge he sabido que hace dos años un amigo suyo, llamado Felipe Baselga, pidió la mano de Gracia.

—Sí, es cierto, repuso con amargura el joven; pero Baselga le dobla la edad á Gracia, y ella no le quiere. Prometió casarse con él porque su tía se lo exigió, pero repito que nunca le ha querido. Esta noche estuve con ella durante un momento en el pasillo, y cuando oyó su voz se puso blanca como el mármol. Entonces yo no pude contenerme; en pocas palabras la declaré mi amor y tuve la dicha de saber que soy correspondido. Ahora Gracia, naturalmente, quiere deshacer el compromiso con él, pero no sabe cómo decírselo y me rogó que viniera á consultar con usted para que nos dé un consejo.

—Le manifestaré á usted lo que yo haría en su lugar, le dije. Su situación es difícilísima ciertamente, pero ha hecho usted muy mal en quitarle la novia al Sr. Baselga. Lo que debe hacer ahora es marcharse de aquí y dar tiempo á la Srta. Salcedo para reflexionar bien, para meditar su situación y decidir lo que hará.

—Suponía yo que me iba usted á decir eso, replicó Romero, que se había vuelto casi lívido; pero créame usted, doctor, eso es imposible, eso no puedo hacerlo. Y sobre todo, de nada serviría, puesto que ni yo cederé á nadie á Gracia ni Gracia se casará con Baselga.

—Póngase usted en el lugar de él, Juanito, agregué. ¿Le gustaría á usted que, aprovechando su ausencia, viniera ninguno

á robarle el cariño de la mujer á quien amase? Acuérdesse de que, antes de que la conociera, Gracia era la prometida de un hombre, y que esto lo supo usted.

—Es cierto, D. Arturo; reconozco que soy un miserable, pero ya no tiene remedio.

—Lo tiene hasta cierto punto. No es usted el primero que se encuentra en semejante situación. Por lo menos sepárese de la joven por una temporada y déjela en completa libertad para que piense lo que ha de hacer. Hasta ahora su conducta es perdonable, pero ha llegado el momento de que demuestre su valor.

—Lo siento, D. Arturo, contestó el muchacho con humildad, pero repito que no puede ser. Por nada del mundo abandonaré á Gracia.

—En ese caso nada más tengo que decir.

Romero permaneció quieto y pensativo durante unos minutos. Luego, sin atreverse á mirarme cara á cara, me tendió la mano diciendo:

—Buenas noches, doctor, y perdóneme usted que le haya molestado.

—No es molestia ninguna. Le he oído á usted con muchísimo gusto y le he expuesto mi opinión con entera franqueza.

El muchacho me dió un buen apretón de manos y se retiró.

Tuve que regresar á Madrid en el primer tren de la mañana y no creí probable que volviera á ver á Romero. D. Jorge salió á la puerta á despedirme y me dijo que Baselga había llegado la noche anterior, pero que había hecho un viaje muy largo y se retiró á su cuarto sin hablar con nadie.

—Hasta ahora, añadió, ni Romero ni Gracia saben que ha llegado; no sé lo que pasará cuando lo sepan, pero temo mucho que haya un disgusto muy serio para todos. Ya le comunicaré á usted lo que ocurra, terminó diciendo.

Nos dimos un abrazo y me metí en el coche que había de conducirme á la estación.

Pocos minutos faltaban para que arrancase el tren, y no bien había tomado asiento en un rincón de un coche desocupado, cuando el conductor abrió la portezuela apresuradamente para dar paso á una señorita acompañada de su doncella. Era Gracia.

—Tengo que pedir á usted mil perdones, D. Arturo, exclamó. Sabía que iba usted á Madrid en este tren, y me he tomado la libertad de entrar en el mismo coche.

—¿Pero cómo está usted aquí á estas horas? pregunté.

—Porque supe anoche á última hora que había llegado á «Villa Olea» el Sr. Baselga, y no quiero encontrarme con él. Hoy, después de almorzar, tendrán una entrevista Baselga y Juanito, y éste se lo dirá todo.

Noté una tristeza infinita en su voz al hablarme así y que suspiraba profundamente. Era una muchacha muy linda, pero de apariencia delicada, aunque no dejé de comprender que tenía muchísima fuerza de voluntad y que en aquello que pusiera empeño sabría salir adelante. No me tocaba á mí censurarla; así que, mientras su doncella la tapaba con la manta de viaje, me limité á preguntarla cómo había podido salir de la casa sin que lo supieran Echegaray y su mujer.

—Mi doncella me ayudó, respondiíme. Anoche encargué que me prepararan el cochecito para traerme á la estación, y esta mañana, por casualidad, no vi á nadie más que á los criados. Pero he dejado una cartita para D.^a Emilia, explicándoselo todo.

No me pareció conveniente seguir hablando; tomé un periódico y me puse á leer.

Después de un rato levanté los ojos del papel y vi que Gracia, asomada á la ventanilla, estaba llorando.

—Vamos á ver, la dije, ¿quiere usted decirme lo que la pasa?

—No hay mucho que decir, D. Arturo, contestó. Que estoy resuelta á casarme con Romero, y que si no me caso con él no me casaré con nadie. ¿Que le di palabra de casamiento á D. Felipe? Verá usted cómo fué. Soy huérfana de padre y madre, y no soy rica ni mucho menos. He vivido muchos años con mi tía Julia, y cuando D. Felipe pretendió mi mano, como es millonario, mi tía se empeñó en que no le rechazara. Como entonces no quería yo á nadie, accedí á los deseos de mi tía; pero ahora comprendo que no puedo casarme con él, porque he aprendido á querer á otro. En estas circunstancias sería una falta muy grave contraer matrimonio.

—Tiene usted razón, dije, la situación es difícilísima, y lo

siento mucho, porque veo que sufre usted. ¿Qué piensa usted hacer cuando llegue á Madrid?

—Iré directamente á casa de mi tía Julia y se lo contaré todo. En seguida pienso escribir á D. Felipe, aunque es de suponer que para entonces ya estará enterado de cuanto ocurre.

—¿Y qué cree usted que dirá el Sr. Baselga?

Como permaneciese callada, añadí:

—¿Tiene mal carácter?

—Baselga es muy apreciado de sus amigos; pero si he de decir la verdad, á mí no me ha inspirado nunca confianza. Ya sé que no debía hablar así, pero ¡qué quiere usted! la verdad ante todo. Y no me pregunte usted más, D. Arturo, porque hay cosas que mejor son para calladas.

El tren se detuvo en una estación, otros viajeros entraron en el carruaje y no tuvimos ocasión de hablar más.

Al llegar á Madrid acompañé á la señorita Gracia á tomar un coche, di las señas de su casa al cochero y al despedirme de ella la dije:

—Si alguna vez puedo servir á usted en algo, señorita, espero que se acuerde de mí.

—Muchas gracias, doctor, contestó. Tal vez tenga necesidad de aceptar sus cariñosos ofrecimientos.

Pasaron ocho días sin saber nada de Romero ni de la señorita Gracia, hasta que una mañana llegó una carta de mi amigo Echegaray, satisfactoria hasta cierto punto.

Después de hablar de asuntos generales, decía así:

«Tendrá usted deseos de saber algo de lo que yo llamo el *enredo* de Romero. Y á propósito, creo que la tontita de Gracia fué á Madrid en el mismo tren que usted. ¡Qué ocurrencia la de marcharse de la manera que se marchó! Pero vamos al asunto. Creo haber dicho á usted que aprecio mucho á Baselga, aprecio que seguramente compartirá usted conmigo cuando sepa lo bien que se ha conducido. En la misma mañana que usted marchó tuvimos Romero y yo una entrevista muy larga. ¡Pobre muchacho! Me inspiró compasión. Después de todo, no tienen los jóvenes la culpa de lo que ha pasado. Romero me suplicó que comunicara la noticia á Baselga, que ya estaba muy incomodado con la precipitada marcha de Gracia. Pasé un rato muy



malo al comunicar tan desagradable noticia á mi amigo, y el caso no era para menos. La joven á quien él pensaba hacer su esposa amaba á otro. Al decirle yo que era imposible que le exigiera á Gracia el cumplimiento de su palabra, puso muy mala cara; pero á la mañana siguiente, sin duda después de haberlo reflexionado bien, me declaró que no sólo relevaba á la señorita del cumplimiento de su promesa, sino que haría cuanto pudiera por los novios. Aunque tarde, añadió, he comprendido que soy demasiado viejo para Gracia. Esto, verdaderamente, era más de lo que se podía pedir, y le dije lo que yo opinaba acerca del paso que acababa de dar. Aquel mismo día marchó á Madrid á ver á Gracia y á su tía, y nos escribe doña Julia diciendo que Baselga se ha portado admirablemente. Añade que está muy incomodada con su sobrina, porque no sabe disimular la antipatía que siente hacia Baselga, el cual, sin hacer caso de la mala acogida que le dispensó Gracia, la habló cariñosamente así:

—Veo, niña, que ya no puedo ser tu esposo; pero como te quiero muy de veras (esto lo confesó muy conmovido), me dedicaré á labrar tu felicidad y seré para ti y para tu futuro esposo un verdadero padre. Para que conozca yo bien á Romero tenéis que venir con D.^a Julia á pasar unos días en mi casa de Manzanares.

Y así quedó todo arreglado, aunque al principio la señorita Gracia se opuso firmemente á esto último. Creo que convendrá usted conmigo en que D. Felipe se ha portado muy bien.—Suyo afectísimo amigo, *Jorge Echegaray*.

Apenas había terminado la lectura de esta carta cuando mi criado Juan abrió la puerta para dar paso á un caballero. Me hallaba en aquel momento en el comedor, y al levantar la vista para ver quién era tendí la mano con placer á Juanito Romero.

—Ya habrá usted recibido la noticia, comenzó diciendo.

—Ahora mismo estaba leyendo la carta de Echegaray, le contesté. Pero siéntese, Romero. ¿Quiere usted almorzar conmigo?

—No, gracias, he almorzado ya. Pues bien, continuó, ya ve usted que soy el hombre más afortunado del mundo.

—Le deseo toda clase de felicidades. Tuvo usted un adver

sario muy generoso, amigo Romero. Pocos hombres hubieran hecho lo que hizo él.

—Así dicen todos.

Tomó una silla y se sentó enfrente de mí. No sé por qué, pero me pareció que estaba muy lejos de tener aire de hombre feliz.

—¿Qué pasará ahora? pensaba yo para mis adentros.

Apenas cruzó este pensamiento por mi imaginación, cuando Romero levantó la vista y me dijo:

—Le sorprende á usted mi actitud, ¿no es verdad? Por supuesto, tengo mucha más suerte que la que merezco. Adoro con pasión á Gracia y soy correspondido. Ni uno ni otro somos ricos, y tendremos que esperar á que conquiste una posición digna de ella; pero esto es lo de menos. D. Felipe se ha portado muy bien, aunque á decir verdad yo hubiera preferido que no hubiese sido tan condescendiente. Me disgusta tener que recibir favores de aquel á quien he robado su más preciado tesoro. Baselga no sólo quiere proteger á Gracia como si fuera una hija suya, y muy querida, sino que también hace lo mismo conmigo. Se pasa horas enteras hablándome de lo que conviene á mis intereses y promete ayudarme para obtener lo que deseo. Comprendo que debería quererle; pero lejos de ser así, he de confesar que le aborrezco, D. Arturo. No puedo remediarlo, y á Gracia le sucede otro tanto. Los dos estamos muy disgustados con el proyectado viaje á Manzanares, donde Baselga tiene una posesión.

—Todo lo comprendo perfectamente, amigo Romero, y si yo estuviera en su lugar, creo que me sucedería lo mismo. Pero dígame usted, ¿por qué ha aceptado la invitación?

—No hubo manera de rehusarla, D. Arturo. Baselga se lo hizo prometer á Gracia cuando fué á despedirse de ella como novio. Ya ve usted que el momento no era el más á propósito para negarle una cosa tan sencilla. Además, la tía de Gracia se empeña en mantener las amistades con D. Felipe. Doña Julia y Gracia van el lunes, y yo iré unos días después, aunque no de muy buena gana.

—Después de todo, no hay verdadero motivo para que se disguste usted tanto. Como muy bien dice usted, alguna atención le debe al Sr. Baselga, cuya generosidad reconoce.

—Sí que se la debo, y comprendo que hago muy mal en no estimarle, pero la verdad es que no me inspira gran confianza. Ha hecho más todavía que lo que usted sabe, doctor. Tiene un hermano en la Embajada de Londres y quiere que yo sea su secretario particular. Conociendo algunos idiomas como conozco, opina que sería para mí la mejor colocación.

—Pues mucho me temo que no tenga usted más remedio que aceptar.

—Es posible.

Guardó silencio durante un rato, y luego añadió:

—¡Pero qué torpeza la mía! Estoy robándole á usted el tiempo que indudablemente le hace falta para atender á sus obligaciones. No crea, doctor, que sólo he venido para hablar de estas cosas. He venido también á consultar con usted, porque estoy enfermo.

—¿Enfermo? exclamé sorprendido.

—A veces se me figura que el corazón no funciona bien. ¿Quiere usted hacer el favor de reconocerme? Cuando uno piensa casarse, creo que ante todo debe estar bien seguro de que su salud es perfecta.

—Si así lo desea usted, le reconoceré.

Pasamos al gabinete de consultas, ausculté á Romero y pronto tuve la satisfacción de decirle que el corazón estaba completamente sano y que hacía muy mal en ser aprensivo.

Sin embargo, no se animó; antes por el contrario me pareció notar en su semblante algo que denotaba angustia, algo que revelaba tristeza.

—No puedo remediarlo, exclamó por fin, forzosamente tengo que manifestar á usted lo que me pasa. Sabrá usted que en cierta ocasión me dieron por muerto y que faltó muy poco para que me enterrasen vivo.

—¿Sufrió usted algún ataque cataléptico?

—Supongo que ustedes los médicos lo llamarán así... ¿Me permite usted que le cuente cómo sucedió?

—Es un asunto que me interesa como médico y tendré sumo gusto en escucharle.

—¿Opina usted que pueden existir las muertes aparentes?

—¡Qué duda tiene!

—Me causa una satisfacción muy grande, D. Arturo, el oírle expresarse así. Cuantas veces he hecho la misma pregunta á varios médicos me han contestado con burlonas sonrisas.

—Las muertes aparentes no son tan frecuentes como algunas personas suponen, pero no puede negarse que existen y han existido por abandono de los médicos muchas veces. Puede usted empezar, amigo Romero.

—Cuando yo tenía diez y ocho años murió mi madre á consecuencia de un ataque al corazón. Era viuda y no tenía más hijos que yo. Me despedí de ella una mañana para ir á pasar el día con unos amigos y cuando volví había muerto. Fué un golpe terrible para mí; tan terrible, que caí enfermo. No recuerdo qué sentí ni de qué padecía, pero sé que estuve en cama sin querer alimentarme y mostrando por todo una indiferencia grandísima. La hermana que vino á cuidarme y el médico llegaron á creer que había perdido el conocimiento, pero no fué así. Oía hasta los ruidos más insignificantes, hasta la respiración más débil, y me enteraba de todo cuanto ocurría á mi alrededor. Sabía cuándo me visitaba el médico y percibía los sollozos y los lloros de la pobre anciana que sirvió durante muchos años á mi madre, hasta que llegó un día en que oí decir al médico:

—No tiene remedio, está agonizando; es inútil molestarle con medicinas. Dejará de existir dentro de un par de horas á lo sumo. Aviseme usted cuando muera y enviaré el certificado.

Y se retiró.

Yo no podía moverme; estaba como si me hubieran sujetado á la cama por medio de hierros, y me parecía tener sobre mí un peso que me oprimía cada vez más.

La hermana quedó conmigo un rato. Sé que se inclinó sobre mí, porque sentí su respiración en la cara, y además puso una luz casi pegando á mis ojos, para ver si pestañeaba. Después me dejó solo.

No sé cuánto tiempo permanecí allí, pero me pareció una eternidad, hasta que entraron en mi alcoba algunas personas.

—¿Dice usted que ha muerto hace media hora? preguntó una voz que reconocí en seguida, pues era la de un médico joven con quien yo había tratado mucho.

—Sí, señor, contestó la hermana, una cosa así.

Yo estaba aterrado. Hice grandes esfuerzos para moverme, pero no pude conseguirlo. ¡Qué horrible situación la mía!

Se acercó el médico á la cama y me levantó los párpados. Yo le veía como á través de una densa nube. Me tomó el pulso y me auscultó. Hubo un largo rato de silencio, y luego dijo:

—Se ha equivocado usted, hermana. Juanito no está muerto. Aunque muy débiles, hay todavía señales de vida.

Hizo seguidamente algunas otras pruebas, y añadió:

—Este es un caso de catalepsia. Tenga usted cuidado de que no se enfríe la habitación, y de cuando en cuando déle un poco de alimento líquido con una pluma de ave. Mañana volveré á verle. Por lo pronto no está muerto.

Me dijeron después que permanecí en aquel estado durante tres días, y que por fin me aplicaron la electricidad, por medio de la cual conseguí incorporarme en la cama y abrí los ojos.

Y ahora, añadió Romero sacando el pañuelo para limpiarse el sudor frío que le cubría la frente, ahora comprenderá usted cuán expuesto estuve á que me enterraran vivo.

—Su historia me ha interesado mucho, le dije, pero se impresiona usted demasiado. Vaya, hablemos de algo más alegre.

—No puedo, doctor; tengo mis razones para contarle todo esto. Que se ría usted, que no se ría, le ruego que me oiga.

—No me reiré; al contrario, Romero, oiré con mucho gusto todo cuanto quiera decirme.

—Tenía diez y ocho años cuando ocurrió lo que acabo de referirle y ahora tengo veintiocho. ¿Qué pensó usted de mí cuando me vió por primera vez en casa de D. Jorge?

—Que era usted el mozo más alegre y divertido de cuantos he visto.

Romero sonrió amargamente y añadió:

—Con todos me sucede igual. Muchas veces me han dicho que parezco un muchacho, pero se equivocan. No soy ningún muchacho, soy un hombre atormentado constantemente por una horrible idea.

—No comprendo.

—La de que volveré á sufrir un ataque de catalepsia y me enterrarán vivo.

—¡Vamos, vamos! Ahora sí que está usted diciendo tonterías. Nunca hubiera creído que fuera tan aprensivo. Puesto que goza usted de perfecta salud, es joven y se ve correspondido por la muchacha á quien adora, hace muy mal en abrigar tan tristes pensamientos. Debería usted olvidarlos; es más, tiene la obligación de hacerlo.

—Tendré la obligación, pero me es imposible. Lo que yo sufrí durante aquellas largas y angustiosas horas en que comprendía y veía todo cuanto á mi alrededor pasaba, sin poder dárlo á entender, no hallo palabras con que explicarlo. No pasa ni una noche sin que vuelva á mi memoria todo lo que entonces sucedió. A veces creo que voy á volverme loco ante el temor de que se repita el ataque. Hay momentos en que me parece estar viendo que se acerca la hora, y esto es lo que me preocupa pensando en nuestra visita á Manzanares. Estoy convencido de que allí ha de repetirse la catalepsia. No hay en el mundo nadie que pueda hacerme creer lo contrario.

Temblaba como un azogado, estaba lívido y tenía los ojos fijos en el suelo.

Después de unos momentos continuó:

—¿Comprende usted ahora cuánto sufro?

—Lo comprendo, dije, y le compadezco de todo corazón.

—Pues bien; voy á pedir á usted un favor grandísimo, y es: pero que no me lo niegue.

—Usted dirá.

—Que si alguna vez llegara á sus oídos la noticia de mi fallecimiento, me visite usted *personalmente* y procure comprobar la certeza, la evidencia de mi muerte.

—Lo probable será que yo muera antes que usted. Es usted mucho más joven que yo.

—En ese caso nada hay que decir; pero si vive y yo me hallo en España, prométame usted impedir el entierro hasta que me haya visto.

—Se lo prometo, contesté.

Tan emocionado estaba el pobre muchacho que las lágrimas se asomaron á sus ojos; pero eran lágrimas de gratitud, de agradecimiento profundo. Me levanté de la silla, y poniendo una mano en su hombro, proseguí:

—Escúcheme, Romero. En un caso como éste, pocas palabras bastan. Tiene usted mi palabra y la cumpliré. Ahora procure tranquilizarse y recobrar la alegría.

—Lo procuraré, doctor. Y de todos modos, le agradezco á usted en el alma su promesa.

Cogió el sombrero y se retiró.

Ocho días después recibí una carta suya en la que me decía.

«Don Felipe es un anfitrión agradabilísimo. Estamos aquí muy bien. Doña Elisa, la hermana de don Felipe, es también una excelente persona y ha simpatizado mucho con Gracia. Por mi parte me encuentro mejor de salud y estoy más alegre que nunca. La colocación de que le hablé á usted es casi segura. Baselga trata á Gracia lo mismo que si fuera su hija, y ella me dice que le gusta mucho más así que como novio. Con su permiso, querido doctor, pasaré á visitarle cuando regrese á Madrid.—Suyo afectísimo, *Juanito Romero*.—P. D. No he olvidado su promesa, doctor, y ella me hace vivir más tranquilo».

Recibí la carta por la mañana; pero en el momento en que la abría llegó un antiguo cliente y tuve que dejarla hasta cerca de las dos de la tarde, en que por fin tuve libres unos momentos. Sentí viva satisfacción al enterarme de que las cosas seguían bien para los jóvenes, y de que Romero iba dominando el terrible presentimiento que podría haber destruido su felicidad.

Por la noche, cuando me senté á la mesa para comer, me trajo el criado la prensa de la tarde. Cogí un periódico, y lo primero que me llamó la atención fué lo siguiente:

«Horrible desgracia. Un joven ahogado.—El conocido joven D. Juan Romero y Castañares ha sido encontrado muerto en las orillas del río que pasa por Manzanares. El triste suceso debió de ocurrir el miércoles por la mañana. Dícese que el señor Romero salió al amanecer á pescar, y que, á consecuencia sin duda de algún percance, cayó al agua y pereció ahogado. Cuando se le encontró tenía la cabeza fuera del río, pero estaba muerto. Esta horrible desgracia ha causado profunda impresión en casa de D. Felipe Baselga, donde el Sr. Romero se hallaba pasando una temporada».

El periódico se me cayó de las manos. ¡Qué horror! Hacía poco más de ocho días que Romero me había hablado de su presenti-

miento, de la idea de que algo grave, muy grave le iba á ocurrir bien pronto. ¡Pobre muchacho! ¡Había muerto ahogado! ¡Quién lo hubiera creído! ¿Pero sería cierto?

Me levanté lleno de impaciencia y de zozobra, y recordé mi promesa.

—Necesito averiguarlo, me dije. El muchacho confió en mí, y es preciso que yo compruebe la certeza de su muerte.

Recogí el periódico y volví á leer la fatal noticia. ¿Se habría repetido el ataque cataléptico? Había que averiguarlo á todo trance.

Llamé y entró el criado con una carta. Era de un antiguo cliente que me avisaba para que fuera á verle á su casa. ¡Qué contrariedad! Contesté que iría inmediatamente, y en seguida extendí el telegrama siguiente para la señorita Gracia:

«Acabo de enterarme de la horrible desgracia. No consienta usted que se verifique el entierro hasta que reciba otro aviso mío.—*Moreno*».

Poco después salí de casa. Encontré tan mal á mi cliente que no era posible que le abandonase, por lo menos en toda aquella noche.

A la mañana siguiente mi criado Juan me trajo el correo y un telegrama de la señorita Gracia que decía así:

«Venga en seguida. Felipe se niega á retrasar el entierro».

Inmediatamente puse otro telegrama para D. Felipe:

«Di palabra á Romero de reconocer su cuerpo después de muerto, pero estoy detenido con un enfermo muy grave. Mande usted que un médico abra una vena para cerciorarse bien de que ha fallecido el pobre muchacho. Tengo poderosas razones para exigir esto».

Despaché mi telegrama, pero mi inquietud iba en aumento. El enfermo seguía empeorando y agravándose por momentos, hasta que á las tres dejó de existir.

Entonces resolví salir para Manzanares en el tren de las 8,30. Cuando volví á casa me dijo Juan que un caballero había estado á verme, que se negó á dar su nombre, pero que advirtió que volvería pronto.

Entre las numerosas cartas que me esperaban, encontré un telegrama concebido en estos términos:

«¿Por qué no viene usted? Me están volviendo loca. El médico se niega á abrir la vena. Quieren cerrar la caja esta noche. No creo que haya muerto.—*Gracias*».

En el acto contesté con este otro:

«Salgo tren 8,30. De ninguna manera consienta usted que cierren la caja.—*Moreno*».

Cuando entregaba el telegrama á Juan para que lo llevase á la oficina de telégrafos llamaron á la puerta. Abrió mi criado y entró en el despacho un caballero alto, de porte distinguido y como de cuarenta años de edad.

—¿Tengo el gusto de hablar con el doctor Moreno? preguntó.

—Servidor de usted.

—Soy Felipe Baselga, añadió.

Me sorprendió muchísimo verle en mi casa, pero procuré disimularlo.

—Llega usted á tiempo, D. Felipe, dije, invitándole á que tomara asiento. Precisamente dentro de poco pienso ponerme en camino para Manzanares.

—Me lo suponía, y he venido expresamente para evitarle á usted el viaje. Recibí su telegrama en el momento de salir de casa para venir á Madrid, y á fin de que esté usted enteramente tranquilo, he mandado aviso de su extraña exigencia al médico de cabecera, el cual supongo lo habrá cumplido ya. Esta noche cerrarán la caja y mañana se verificará el entierro.

—Eso no puede ser, respondí con firmeza, porque di mi palabra de comprobar su muerte al desdichado Romero. Temí esta mañana que me sería imposible hacerlo personalmente; pero el enfermo que entonces me detenía ha muerto, y nada hay ahora que me obligue á permanecer en Madrid. Saldré en el tren de las 8,30 y examinaré el cadáver en cuanto llegue.

Al escuchar mis palabras, D. Felipe pareció impacientarse mucho. Tenía una cara que parecía una careta de cartón, con ojos grandes y bien formados y facciones correctas. No representaba la edad que tenía; pero aquella falta de expresión, la extrema delgadez de los labios y su mirada recelosa y siniestra, me hicieron desconfiar de él desde el primer momento. Al observarle con atención comprendí perfectamente la antipatía que había inspirado al pobre Romero, y me extrañó muchísimo cómo

la señorita Gracia pudo nunca dar á aquel hombre palabra de casamiento. Vi que fingía una calma que estaba lejos de sentir y noté en sus labios cierta contracción que dejaba revelar su contrariedad. Mientras yo estudiaba su carácter, él procuraba hacer lo mismo conmigo. De pronto me fijé en el reloj de la chimenea y vi que marcaba las ocho.

Comprenderá usted, prosiguió D. Felipe, que yo no puedo tener inconveniente ninguno en que examine el cadáver del infeliz Romero. Su trágica muerte nos ha causado á todos profunda impresión; pero una vez muerto, y que lo está nadie puede dudarlo, me parece inútil despertar esperanzas vanas y que pierda usted el tiempo en un viaje infructuoso.

—Lo comprendo, respondí, pero ¿qué quiere usted! Di mi palabra á Romero y la cumpliré. Agradezco la atención que ha tenido usted de venir para evitarme el viaje, pero no sirve de nada. Tal vez hubiera obrado de otro modo si se hubiese atendido mi telegrama de esta mañana.

—¿Y por qué presume usted que su telegrama no ha sido atendido?

Por única respuesta le entregué el telegrama que hacía poco había recibido de Gracia; al enterarse de su contenido vi que se estremecía como quien recibe un susto.

—¿De manera que se empeña usted en ir á Manzanares? preguntó.

—Me empeño, contesté, y usted me dispensará si le digo que no tengo momento que perder.

—Entonces no hay más que decir. Yo también vuelvo en el tren de las 8,30, pues vine á Madrid con el exclusivo objeto de encargar unas coronas y otras cosas necesarias para el entierro, y nada tengo ya que hacer.

—En ese caso tomaremos un coche.

Pocos momentos después nos dirigíamos á la estación.

El Sr. Baselga había variado por completo. Era ahora el hombre de mundo instruido y pensador que sabe hablar de todo, aunque me pareció observar que miraba mucho lo que decía y que no dejaba de seguir estudiándose.

Al llegar á la estación me dejó solo por unos momentos y poco después le vi salir del telégrafo. En seguida me figuré que

había puesto un telegrama revocando mi orden. Si así había sido y se cerraba la caja, todo había acabado.

No he solido nunca tener presentimientos, pero en aquella ocasión, desde que leí la trágica muerte de Romero, algo parecía advertirme que no había muerto. Había en los detalles una falta de exactitud que me llenaba de ansiedad, no sólo por la palabra que había dado al pobre Romero, sino también por mi decisión de evitar un sepelio prematuro como si dijéramos. Más de una vez se ha creído que una persona había muerto cuando en realidad no se trataba más que de un ataque de catalepsia. ¿No podría suceder lo mismo entonces, y con más razón, puesto que Romero había sufrido un ataque antes? Y si realmente era así, el hecho de encerrarle en la caja bien pronto causaría la muerte verdadera.

Cuando volvió Baselga faltaban sólo tres minutos para que arrancase el tren.

—¿Me dispensará usted, le dije, que le haga una pregunta?

—Pregunte usted lo que quiera, doctor.

—¿Ha puesto usted un telegrama revocando mi orden para que no se cierre la caja hasta que yo llegue?

—No he puesto semejante telegrama.

No quise insistir, pero se me figuró que no decía la verdad.

Mi intranquilidad era grande; pero comprendiendo que nada podía hacer hasta que llegáramos, me recosté en un rincón del coche y procuré dormir un rato. No me había acostado la noche anterior y estaba rendido; pero, sin embargo, no pude conciliar el sueño.

Dos viajeros que iban en el mismo carruaje dormían profundamente como si estuvieran en la mejor cama del mundo, pero Baselga estaba tan despierto como yo. Ocupaba el otro rincón enfrente de mí, y con un periódico en la mano fingía estar leyendo. La luz daba de lleno en su rostro, y al fijarme en él comprendí que no leía ni una sola línea. Noté también que, á pesar de la calma que aparentaba, era un hombre muy nervioso. Sin duda advirtió que yo le observaba porque, dejando el periódico é inclinándose hacia mí, me dijo:

—En verdad que ha sido una muerte muy trágica. ¡Pobre muchacho!

—¿Pero cómo sucedió? Porque yo no sé más que lo que el periódico decía.

—Pues sabe usted todo cuanto hay que saber, añadió. El martes Romero estaba más alegre que nunca, y por la tarde me dijo que, si el tiempo seguía tan hermoso, saldría al día siguiente al amanecer á dar un paseo en la lancha por el río. Viendo que á la hora de almorzar no parecía salir á buscarle, y calcule usted cuál sería mi sorpresa al encontrarle muerto en la orilla y agarrado á un sauce. Tenía la cara lívida y los ojos cerrados. Avisé á dos hombres y le llevamos á casa. Mandé en seguida buscar al médico, que vino inmediatamente y declaró que todo había concluido, que no podía hacerse nada. Como se le encontró con la cabeza fuera del agua, era de suponer que no había muerto ahogado. ¿Algún ataque al corazón? Eso es lo que cree el médico. Y no hay más que decir.

—Páreceme que falta algo. ¿Cómo fué para hundirse la lancha en que Romero paseaba por el río?

Eso es lo que no ha podido averiguarse. La lancha era mía y es de suponer que, como todas las demás, estaría en buen uso.

—¿De manera que no se sabe qué ha sido de la lancha?

—No. Nadie se ha ocupado de cosa de tan poca importancia.

—Al contrario, la lancha importa mucho. Con permiso de usted haré que la saquen del río lo más pronto posible, para examinarla.

—Verdaderamente, doctor, es usted muy escrupuloso, dijo Baselga, en cuyo rostro creí adivinar una mueca de disgusto. Verificado el entierro se hará lo que quiera, pues, por mi parte, no hay inconveniente alguno. ¿Piensa usted permanecer muchos días en Manzanares?

—Hasta que lo dé todo por concluido, contesté con frialdad.

Al llegar á la estación nos esperaba el coche de Balsega, y sin detenernos un momento marchamos á su casa. En la puerta nos esperaba la Srta. Salcedo.

—A estas horas, Gracia, dijo D. Felipe, estarías mejor en la cama.

Pero la joven, sin hacer caso de aquella observación, avanzó preguntando:

—¿Ha venido D. Arturo?

—Sí, ha venido. ¿Pero eso qué puede importarte? Repito que mejor estarías acostada.

—¿Cómo he de acostarme cuando todos sois tan crueles conmigo? Venga usted, D. Arturo, añadió al verme; venga usted á despertarle.

—Yo le acompañaré á ver el cadáver, doctor, interrumpió Baselga. Retírate, Gracia.

—¿Con qué derecho me manda usted á mí? respondió la joven. ¿Acaso no puedo ir con el doctor si me place? Ni usted ni nadie me lo impedirá. ¿Cómo tuvo usted la osadía de enviar un telegrama revocando la orden de D. Arturo? Pero, á pesar de todo, no han cerrado la caja; eso por lo menos he podido evitar. Ni he permitido tampoco que le dejen solo un momento.

Luego, volviéndose á mí, añadió:

—¡Ay, doctor! ¡No sabe usted cuánto me han hecho sufrir! Querían enterrarle y tengo la completa seguridad de que no ha muerto. Pero no perdamos tiempo; venga usted, venga usted.

Con gran sorpresa mía, en vez de conducirme á la casa, me llevó por un sendero en dirección opuesta.

—No pude evitar que le llevaran de casa, doctor, continuó diciendo, y sólo Dios sabe lo que he tenido que trabajar para que no le enterrasen.

Entramos en el cementerio, y allí, en el depósito de cadáveres, sobre una tosca mesa, vi á Juanito Romero metido en la caja mortuoria. Estaban velándole dos mujeres, una de ellas la vieja criada de la joven.

—¿Es este señor el doctor que esperaba usted, señorita? preguntó al vernos entrar.

—Sí, Luisa; éste es D. Arturo. Gracias á Dios, ha llegado á tiempo para evitar que Juanito fuese enterrado vivo.

—¡Pobre señorita! exclamó la sirvienta. Cree con toda su alma que el desgraciado señor está vivo.

—Apártese un poco, dije con cierta severidad.

Me acerqué, y durante algunos minutos estuve examinando el rostro de Romero.

—¿Verdad, doctor, que no está muerto? preguntó la angustiada joven.

—Quítese usted, contesté; necesito examinarle más de cerca.

Tomé una de las manos de Romero entre las mías. Estaba helada y rígida, así como la cara, y me estremecí.

Después de todo, pensaba yo, mucho temo que mis sospechas hayan sido infundadas. Pero, ¡cielos! Esta rigidez no parece la de un cadáver. ¿Podré abrigar alguna esperanza? Levanté la vista y me encontré con la mirada escudriñadora de la joven.

—¿Qué me dice usted? murmuró.

—Veremos, veremos; voy á hacer una prueba. Pero no conviene que esté usted aquí. Llévase á la señorita, añadí dirigiéndome á la criada.

Se retiraron todas y quedamos solos Romeró y yo. Saqué el estuche y elegí una lanceta finísima. En aquel momento sentí que abrían la puerta del depósito. Era D. Felipe, que se acercó diciendo con una sonrisa irónica:

—Supongo que por ahora se habrá usted convencido de la inutilidad de su viaje. Ni aun con todo su talento puede resucitar á los muertos. No se forje usted ilusiones, doctor.

—¿Acaso he dicho yo que está muerto? exclamé.

Descubrí el antebrazo de Romero y pinché con la lanceta en una vena.

Me pareció que Baselga seguía sonriendo irónicamente, pero ni tiempo ni deseos tuve de fijarme en él. Con el corazón oprimido esperé el resultado de mi prueba. ¿Volvería á su estado natural aquella sangre paralizada?

Los primeros minutos transcurridos desde la abertura de la vena me parecieron siglos. Al poco tiempo apareció la primera gota de sangre y respiré. Después se presentó otra, luego otra... hasta que la sangre comenzó á salir de la herida en abundancia. Con sumo cuidado levanté la cabeza de Romero, el cual tardó muy poco en incorporarse. El horror de Baselga fué indescriptible.

.....

Tres meses después vino Juanito Romero á visitarme á mi casa más alegre y más sano que nunca.

—No sólo me ha salvado usted la vida, D. Arturo, dijo después de un rato de conversación, sino que ha hecho usted más, mucho más. Ha conseguido hacer desaparecer el temor que tanto me ha hecho sufrir durante estos diez últimos años. No

creo que volverá nadie á tomarme por muerto hasta que realmente lo esté.

—Perdido ese temor, habrá usted perdido también la propensión á la catalepsia. ¡No sabe usted cuánto me alegro! Mi excursión á Manzanares fué bien aprovechada.

—¡Y tanto, D. Arturo! Pero, ¿sabe usted, añadió bajando la voz, que al reconocer la lancha se vió que tenía en el fondo un agujerito apenas perceptible?

Me estremecí, pero no hallé palabras con que constestar.

—Puedo asegurarlo, D. Arturo, pero no me atrevo á preguntar qué significaría aquello.

—Olvidelo usted, dije después de unos momentos de silencio. Ahora es usted feliz, tendrá un porvenir brillante y creo que no debe entrar en averiguaciones. Hay en la vida cosas que conviene ignorar. Lo que debe hacer es dar gracias á Dios por haberse dignado librarle de las garras de la muerte.





Cuentos del Continente oscuro



Los tesoros de la urna

I

E parece, Federico, dije sin poder disimular mi enojo, me parece que Hassán nos ha metido en un enredo del que, ni empleando todo su ingenio, sabrá sacarnos. Cuando por primera vez llegamos á esta ciudad, las dos reinas y todo el pueblo nos recibieron bien. ¡Ojalá no hubiéramos traído al árabe! Dentro de veinticuatro horas tal vez hayamos muerto.

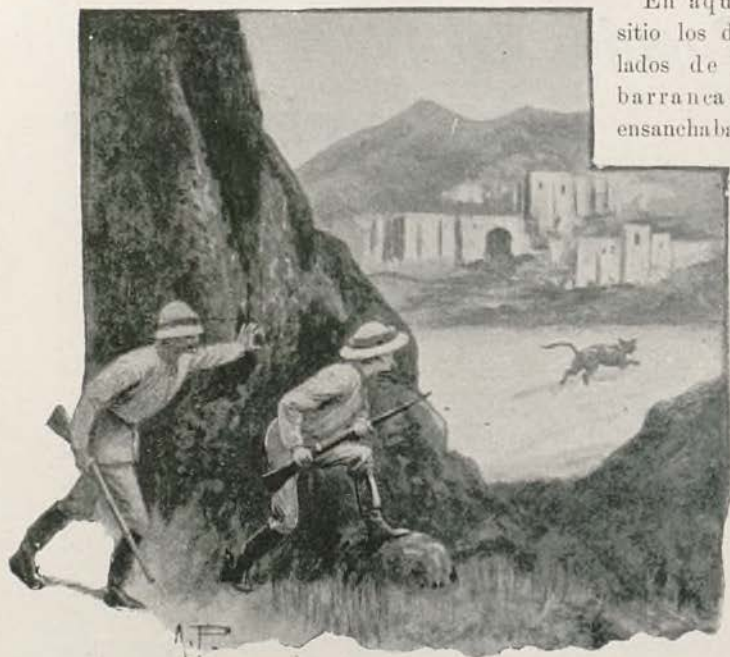
—En verdad que las cosas se presentan muy mal para nosotros, respondió mi amigo. Pero mira á Hassán: si es que piensa que nuestro fin está cercano, ha resuelto por lo visto aprovechar bien las pocas horas que le quedan de vida.

Y Federico indicó con la mano al árabe, que á poca distancia de nosotros conversaba alegremente con la más joven de las dos reinas que gobernaban la ciudad en que nos hallábamos.

Al salir de Trípoli habíamos tomado la dirección del Sudoeste, y después de una marcha de treinta días nos encaminamos á aquella ciudad, atraídos por la curiosidad que un mercader de esclavos había despertado en nosotros. Dos días después de habernos despedido del árabe, llamado Abu-Teleck, penetramos en una profunda barranca que parecía haber sido alguna vez el lecho de un río. Nos hizo

suponer esto la forma redonda de las piedras que hallamos en el fondo, entre diversas clases de vegetación y esparcidas entre los dos lados altos y perpendiculares de la barranca. Atravesamos ésta persiguiendo á un pequeño tigre que habíamos herido, cuando de improviso nos encontramos con que el animal corría por la empedrada plaza de una ciudad, cuya historia hubimos de conocer después.

En aquel sitio los dos lados de la barranca se ensanchaban,



EL TIGRE CORRÍA POR UNA PLAZA EMPEDRADA

formando cada uno graciosas curvas de peñascales, cuya árida desnudez quedaba compensada ampliamente con los maravillosos tintes de la piedra arenisca de que estaban compuestos.

Con el reflejo de los rayos del sol, las abigarradas peñas de la barranca parecían interminables filas de brillantes joyas de todos colores. Una de las filas formaba una especie de ancha cornisa plateada, con rayas de color de rosa y anaranjado, circundada de un precioso arco de color morado; había otras de gris y granate, y algunas de color verde y azafranado.

En la base del peñascal, la inclinación de las rocas formaba caprichosos huecos que estaban destinados á sepulturas, y había también otros muchos sin aplicación ninguna. En uno de estos huecos, que eran espaciosos, habíamos nosotros encontrado refugio el día en que comienza mi relato, dos semanas después de nuestra llegada á la ciudad, la cual extendíase á nuestros pies ricamente adornada por todas partes de esculturales cornisas y magníficas pilastras. Una elegante escalera, con su correspondiente barandilla, conducía á los huecos ó cuevas desde la ciudad, en cuyo centro elevábase un suntuoso palacio de piedra caliza blancuzca, que, aunque de antigua construcción, había resistido los estragos del tiempo y hallábase en tan buen estado como el día en que se edificó. Un poco más allá del palacio nos llamó la atención un gran anfiteatro descubierto, con millares de asientos formando círculos concéntricos.

En el centro del anfiteatro elevábase á grande altura una columna cuadrada de granito, de color gris muy pálido y de perfecta construcción. La parte superior de la columna tenía la forma de una urna enorme. Medía la columna unos 80 pies en cada uno de sus cuatro lados, completamente lisos y perpendiculares, y en uno de ellos veíanse señales inequívocas de que alguien había pretendido escalarla, aunque inútilmente, pues el osado trepador, habiendo sin duda perdido el equilibrio, había caído á la plaza desde una altura considerable.

Al llegar á la ciudad supimos que la gobernaban dos hermanas, hijas del difunto sultán, y que estaban obligadas, bajo pena de muerte, á ser leales una á otra. Tan pronto como nos recibieron en palacio, las dos reinas parecían haberse olvidado de nuestra presencia allí, ó á lo menos no les inspiraba interés ninguno, mientras que, por el contrario, á Hassán le colmaban de atenciones y obsequios. Para festejar un acontecimiento tan extraordinario como la llegada de unos extranjeros mandaron las reinas que se organizaran algunas diversiones públicas, entre las cuales debía figurar una lucha de dos hombres, á estilo de los gladiadores romanos, y una de un hombre contra alguna ó algunas fieras. Durante la celebración del espectáculo, Hassán desafió al más afamado luchador, á quien consiguió arrojar al suelo. Desde aquel momento el árabe se granjeó por completo las voluntades de las dos reinas, mientras que los jefes de la

ciudad comenzaron á fraguar planes para perderle y perdernos á nosotros también.

Pronto se enteró la gente de que nuestro juicioso guía prefería á la más joven de las reinas, para quien tuvo todo género de atenciones.

Pasó largas horas con ella, refiriéndola algunas de las aventuras que había corrido con nosotros, y envidiosa de estas atenciones la otra reina, dió gustosa oídos á las palabras de sus astutos consejeros, quienes declararon que el árabe, ayudado por nosotros, tramaba una conspiración para obtener el mando de la ciudad y casarse con la reina más joven, mientras ella sería destronada y desterrada del país.

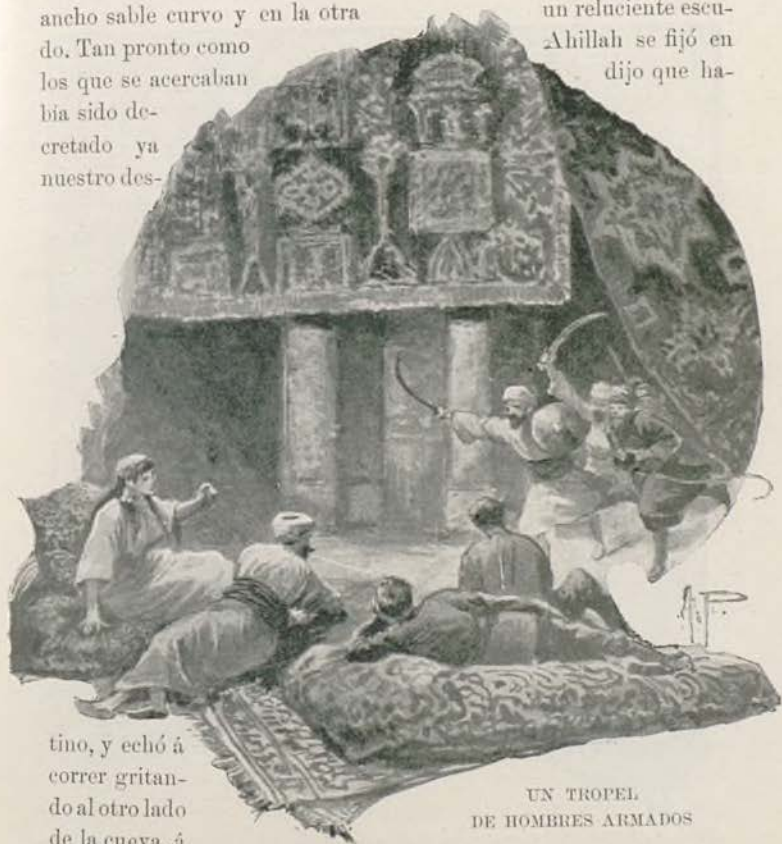
Cierta noche, cuando Hassán conversaba con Ahillah, la reina más joven, y nosotros estábamos reclinados ociosamente á su lado en unos cojines, un tropel de hombres armados penetró en el salón, y á pesar de nuestros esfuerzos para impedirlo, la reina, Hassán, Federico y yo fuimos arrojados á la calle. Procuramos defendernos para rechazar aquella agresión, pero no pudimos hacer uso de las armas porque nos las quitaron. Después quisimos huir, pero las entradas de la ciudad, una á cada lado del valle, estaban tan bien guardadas que hubiera sido inútil el intentarlo. La idea de escalar los peñascales perpendiculares era descabellada; de manera que quedábamos encerraditos en la ciudad, hasta que resolvieran lo que habían de hacer con nosotros.

Ninguno de los habitantes se atrevía á darnos acogida ni hablar con nosotros; así que, juntamente con Ahillah, nos vimos obligados á buscar refugio en una de las cuevas de que antes he hablado. Era alta de techo y en parte se hallaba descubierta, de manera que la luz penetraba en ella libremente.

En el momento en que Federico iba á llamar á Hassán, sentimos ruido de gente que se aproximaba, y dirigiéndonos apresuradamente á la entrada, vimos que con gran pompa y verdadera solemnidad subía la reina rival las escaleras que conducían á nuestra cueva. Delante de ella marchaban numerosos esclavos esparciendo flores por donde tenía que pasar, mientras que otros enarbolaban grandes hojas de palmera para protegerla de los ardientes rayos del sol.

Formaban la comitiva de la reina buen número de árabes ateizados y vigorosos, ocupando el puesto de jefe ó ministro el mismo á

quien Hassán había derrotado. Sus facciones eran marcadamente hebraicas, con el cutis moreno y el pelo negro. Preciosas joyas brillaban en la túnica, en el turbante y en la capa sin mangas que constituían las vestiduras del árabe, el cual en una mano llevaba un ancho sable curvo y en la otra un reluciente escudo. Tan pronto como Ahillah se fijó en los que se acercaban, dijo que había sido decretado ya nuestro des-



UN TROPEL
DE HOMBRES ARMADOS

tino, y echó á correr gritando al otro lado de la cueva, á

donde la siguió Hassán. Subió la comitiva y pocos minutos después nos encontramos delante de Sargona, la hermana de Ahillah, esperando conocer nuestra suerte.

El jefe árabe avanzó, y postrándose ante Sargona exclamó:

—Esos extranjeros han perjudicado y ofendido á nuestra amada reina; esperamos vuestra voluntad. Decid, señora, la sentencia que habéis decretado para ellos.

Sargona dirigió á nuestro guía una terrible mirada de odio con sus relucientes ojos negros.

—La muerte para el árabe que ha conspirado contra nosotros, contestó; la muerte para él y para los que conspiraron con él. He dicho.



¡SALVAD Á TODOS Ó Á NINGUNO!

Sin dar tiempo para que Federico ó yo pudiéramos responder, Ahillah se arrojó á los pies de su hermana.

—¡Salvad á todos ó á ninguno! exclamó. ¿A qué me habéis condenado?

Sargona la levantó del suelo haciendo un gesto de rabia.

—Tú vivirás, Ahillah, dijo; tú vivirás, pero desde este momento estás destronada. El Consejo ha resuelto que seas virgen consagrada al templo. Ve.

Sargona dió unas palmadas, y á pesar de la intervención de nuestro guía, que trató de impedirlo, Ahillah fué retirada de nuestra presencia.

—Esclavos, continuó Sargona, viviréis dos días para morir al tercero. Mas se os perdonará la vida si antes del tercer día conseguís procurar para nosotros los tesoros de la gran urna, que son inmensos, y prometéis salir de la ciudad inmediatamente; esta es la única condición. Muchos lo han intentado, pero ninguno ha conseguido llegar hasta la urna. Mañana al amanecer me diréis vuestra resolución; si queréis realizar la empresa ó preferís morir sin intentarlo.

Marchóse Sargona con su comitiva, y nosotros quedamos allí, bien convencidos de que las palabras de la reina, referentes á la urna, fueron pronunciadas sólo con el propósito de despertar, sobre todo en la imaginación de Hassán, una esperanza vana de eludir la muerte.

II

Federico y yo permanecemos durante un buen rato discutiendo acerca de nuestra critica situación, pero inútilmente; no veíamos salida por ninguna parte.

Mi compañero llamó á Hassán, que en un rincón de la cueva lamentaba amargamente la pérdida de Ahillah, y cuando se acercó á nosotros le preguntó:

—¿Cree usted, Hassán, que habrá alguna manera de salir de aquí? ¿Puede usted indicarnos alguna?

—¡Que Alá y Mahoma guarden á los sahíbs! exclamó el guía. Este misero esclavo ha sido la causa de su infortunio. Por ahora vuestro servidor no conoce manera ninguna; si alguna le ocurriese, os lo diría en seguida. Por el momento, Hassán sólo puede desear que vuestra suerte hubiera sido muy otra; pero el agua se acaba alguna vez, y el saco de dátiles, por muy grande que sea, también se acaba. Los sahíbs han llegado á su última aventura; vuestro fiel servidor lo deplorará hasta el día de su muerte.

—Que no tardará mucho en llegar, Hassán, observé. ¿Qué fué aquello que dijo Sargona acerca de la gran urna? ¿Cree por ventura que nosotros hemos de hacer lo que no ha hecho nadie? Si es

así, preferimos no intentarlo. Si la urna encierra tesoros, que suba ella á buscarlos, si quiere.

—Sahib, continuó el árabe, abrirse un camino para llegar hasta la urna en el tiempo marcado por Sargona es de todo punto imposible. Si teniendo todo el que quisieran no lo ha conseguido nadie, mucho menos habríamos de alcanzarlo nosotros en dos días solamente. Ahillah ha referido á vuestro servidor la extraña y curiosa historia de la urna, ¿tendríais gusto en oirla?

—Venga, exclamó Federico, lanzando chinitas á un escarabajo muy grande y rojo que pretendía subir á la cueva. En algo hemos de matar el tiempo.

Hassán se echó á nuestros pies y empezó.

—Sahibs, de todas las misteriosas ciudades diseminadas por el continente oscuro, ninguna tuvo origen ni historia más extraños que ésta. Dicese que allá, en los siglos pasados, llegaron unos edemitas al continente; que cerca de aquí cultivaron terrenos y se los repartieron, pero que acabaron por reñir. Los más fuertes dominaron á los débiles y los arrojaron del territorio. Al llegar á esta barranca y hallar en ella muchas cuevas que podrían servirles para habitar, resolvieron permanecer aquí y comenzaron á cultivar la tierra hacia el Sur. Tuvieron suerte, y andando el tiempo consiguieron obtener buenos pastos y enriquecerse con el ganado. Mientras tanto la desgracia había perseguido á sus opresores, los cuales acabaron por enviarles mensajeros diciendo que estaban dispuestos á echar un velo sobre el pasado y á compartir con ellos las riquezas del país. Los habitantes de las cuevas se negaron, y entonces los de la tribu enemiga, que eran mucho más numerosos, resolvieron vengarse. Hicieron un círculo en derredor del prado, y cuando los rebaños salieron á pastar le prendieron fuego. Las llamas se apoderaron de la corteza seca de los arbustos, los cuales ardieron hasta quedar reducidos á cenizas. Por otra parte, la abundante hierba seca de la tierra formaba ola tras ola de fuego que se acercaba cada vez más á los empinados lados de la barranca. El espacio se llenó de torrentes de chispas, de densas nubes de humo y de hojas encendidas, y los rebaños, espantados, corrían atropelladamente hasta los bordes de los peñascales. Allí se detuvieron hasta que llegó el fuego también, y entonces en horrible confusión se precipitaron á las profundidades, juntamente con los pastores, muriendo unos es-

trellados contra las rocas y otros entre las aguas de un caudaloso río que por aquella época corría por la barranca.

Sin embargo, y á pesar de todo cuanto sufrieron, los habitantes de las cuevas se negaron á hacer las paces y situaron en las entradas algunos hombres que consiguieron defender la barranca durante algún tiempo.

La tribu enemiga, viendo que todo era inútil, decidió interrumpir el curso del río, lo cual puso en grave aprieto á los habitantes de las cuevas. Merced al tráfico que habían mantenido con los árabes obtuvieron ricos tesoros y abundantes joyas preciosas, y convencidos de que ya no había salvación para ellos procuraron que las riquezas no cayesen en manos de sus enemigos. Comprendiendo que sería inútil ocultarlas en las peñas, reuniéronse para tomar acuerdo.

En medio del río había un enorme bloque de piedra, sobre el cual levantaron apresuradamente una columna muy alta formada con trozos de granito. En un lado dejaron un hueco por el cual podía subirse hasta la coronación, la cual, como ven los sabibs, tiene la forma de una urna. Por aquel hueco fueron subiendo las mujeres una por una y arrojando á la urna todas sus alhajas y todos sus tesoros. Terminada esta operación taparon el hueco y regresaron á sus cuevas.

La tribu enemiga no logró apoderarse de la barranca hasta que solicitó y obtuvo el auxilio de otra tribu cercana, la cual, como recompensa, exigió la mitad del botín. Entre las dos tribus derrotaron á los habitantes del valle. Las mujeres y los niños fueron reducidos á la condición de esclavos y muertos los hombres. Pero los conquistadores buscaron en vano las alhajas y los tesoros que pensaban haber hallado, y entonces sus aliados, creyendo que habían sido engañados, se lanzaron sobre la tribu victoriosa, la derrotaron y apoderáronse de la ciudad. A ellos les perteneció durante muchos siglos, hasta que por fin llegó Trajano, el emperador romano, la hizo suya. Algunos siglos después la reconquistaron los árabes y ellos son los que hoy la gobiernan.

Muchísimos son los que han pretendido llegar hasta la urna escalando la columna, pero ninguno lo ha logrado.

El último sultán, antes de morir, promulgó un decreto disponiendo que cualquiera que por cualquier motivo fuera condenado á

muerte podría elegir entre llegar á la urna y obtener para la ciudad los tesoros allí encerrados ó morir inmediatamente. A esto se refería Sargona cuando habló de la urna, pero vuestro humilde servidor calcula que es muy pequeñísima la esperanza que ofrece de eludir la muerte.

Y calló Hassán.

Tanto Federico como yo dudábamos de la exactitud de la historia. Tal vez en la urna habría tesoros encerrados, pero era el caso que en la base de la columna leíase la siguiente inscripción: *Trajanus edificavit*.

La idea que nosotros teníamos respecto de la erección de la columna se apartaba muchísimo de todo cuanto Hassán había referido en su historia, y nosotros éramos los que estábamos en lo cierto. De una manera tan singular como inesperada pudimos comprobarlo.

III

Poco antes del amanecer fui despertado por Hassán, que me llamaba suavemente. Me incorporé en seguida, encontré á mi lado á Federico y con gran sorpresa vi delante de nosotros á la reina Abillah.

—¡Silencio! dijo ésta levantando la mano. He venido porque la idea de que yo fui la causa de vuestro infortunio no me permitía conciliar el sueño.

A la luz que despedían las dos antorchas colocadas en dos huecos de la pared vi que la reina destronada vestía un precioso traje de seda blanca, ricamente bordado de perlas. Su magnífico pelo negro le llegaba casi hasta los pies, y el calzado consistía sencillamente en unas sandalias adornadas también con perlas. Estaba bellísima. De sus hermosos ojos negros salió una mirada de compasión, que realzó su belleza y nos hizo mucho bien en medio de nuestras amarguras.

—Es imposible, añadió, que lleguéis á la urna escalando la columna, y en esto estriba vuestra única esperanza de salvación. He pasado largas horas pensando cómo podríais eludir la muerte, y Alá me ha inspirado una idea extraña. Aquí mismo, mientras esperaba yo que Sargona con sus ministros pronunciara vuestra sentencia,

vi escalando y cayendo, pero volviendo siempre á su tarea, al escarabajo rojo, muy raro en esta ciudad. Sólo aparece una vez en el transcurso de muchos años, y los supersticiosos aseguran que viene por mandato de Alá y para cumplir alguna voluntad suya. Se dice que el día en que un escarabajo rojo llegue á la urna aquel día llegará también un sér humano. No hago caso de supersticiones, pero he ideado la manera de que el escarabajo venga en nuestra ayuda. El plan que he formado se lo comunicaré á Hassán, que me favoreció con sus atenciones y por esta causa se halla condenado á muerte. Los guardias duermen, pero os sería imposible huir por las puertas; no lo intentéis. Lo que he pensado lo sabréis de labios del ilustre árabe, el príncipe de los luchadores, el hombre á quien yo adoro. ¿Que no da los resultados apetecidos? Pues vuestra situación no será peor. ¿Que los da? Pues habréis salvado vuestras vidas.

Ahillah se retiró un poco con Hassán, y después de hablar con él un rato, se alejó de la cueva, no sin antes haberle entregado un paquetito que consigo había traído. Al salir indicó con la mano el escarabajo rojo, que se distinguía perfectamente por el brillante color de su cuerpo. Descansaba al lado de una de las antorchas. El agradable calor que despedía la llama fué sin duda la causa de que se detuviera en los esfuerzos que hacía para llegar al techo de la cueva.

La reina pasó sin entorpecimiento ninguno por entre los guardias, y nosotros nos acercamos al árabe para enterarnos del plan ideado por Ahillah. Al principio lo encontramos ridículo, pero examinado detenidamente creímos que tal vez pudiera resultar y esperamos con impaciencia la llegada del momento en que pudiéramos ponerlo en práctica.

Cuando amaneció, el jefe árabe, ministro de Sargona, vino á visitarnos y nos preguntó en tono de mofa si queríamos intentar la subida á la urna.

Con gran asombro oyó la siguiente respuesta de Hassán:

—Alá nos ayudará. Mirad, esto ha enviado para demostrarnos que nos protege; he aquí el escarabajo rojo.

Estas palabras causaron impresión en el árabe. Al principio se desconcertó por completo, pero reponiéndose pronto preguntó con fingida indiferencia.

—Esclavos, ¿qué queréis?

—Ser conducidos á la columna de la gran urna, respondió Hassán.

—Venid, pues, añadió el árabe.

Y sin más le seguimos por la escalera á través de varias calles de la ciudad, en las que se había reunido el pueblo para vernos pasar, hasta que por fin llegamos al anfiteatro. Una vez allí nos colocamos al pie de la columna coronada por la extraña urna.

El pueblo, enterado de lo que pensábamos hacer, ocupó en muy poco tiempo los asientos del anfiteatro, y al lanzar en derredor una mirada, vimos que se habían reunido miles de espectadores.

Si Hassán llegaba á fracasar, ¿qué sería de nosotros? Por las miradas de aquellos fanáticos comprendimos que si resultaba vana la curiosidad que habíamos despertado nos lo harían pagar muy caro.

Al poco rato entró la reina Sargona acompañada de sus ministros y esclavos y fué á sentarse en su palco, situado enfrente de la columna y desde donde veía perfectamente todo lo que hacíamos. Pocos minutos después apareció su hermana Ahillah, la cual ocupó un asiento más modesto, más cerca del redondel. Noté que desde allí nos lanzaba cariñosas miradas de compasión, y una vez que una de aquellas miradas se cruzó con la de Hassán señaló un enrejado al otro lado de la plaza. Nuestro guía siguió con la vista la dirección señalada por Ahillah y se estremeció.

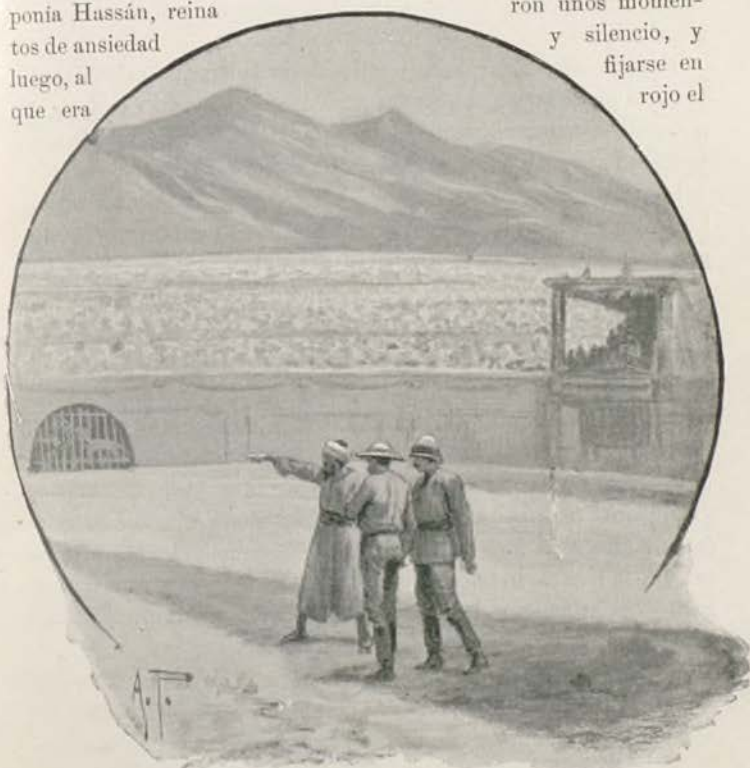
—Sahibs, murmuró en voz baja, mirad: si no logramos dar cima á esta difícil empresa, pronto quedará decidida nuestra suerte. ¡Que Alá nos proteja!

Dirigimos la vista hacia el enrejado que señalaba Hassán y comprendimos lo que nos esperaba si el plan de Ahillah no daba resultado. ¡El pueblo, chasqueado, soltaría los leones y seríamos devorados por ellos! Las fieras estaban ya impacientes por asegurar su presa, pues no hacían más que dar vueltas y más vueltas en la jaula, lanzando imponentes rugidos.

Hassán desató el paquete que Ahillah le había entregado y descubrió una cuerda muy larga y delgada, á cuyo extremo sujetó fuertemente una hebra de seda. Luego echó mano al turbante y sacó el escarabajo rojo que tanto había trabajado durante la noche anterior por llegar al techo de la cueva. El animalito, así como otros insectos de su especie, era muy fuerte y resistente, pues al cogerlo

Hassán con el pulgar y el índice levantó con las patas el turbante. En seguida ató al extremo libre de la hebra de seda el cuerpo del escarabajo y colocó éste sobre los pulimentados trozos de granito de la columna.

Cuando los espectadores comprendieron qué era lo que se proponía Hassán, reina-
ron unos momen-
tos de ansiedad y silencio, y
luego, al fijarse en
que era rojo el



¡MIRAD, PRONTO QUEDARÁ DECIDIDA NUESTRA SUERTE!

escarabajo, la impresión fué tan grande que parecían no atreverse ni á respirar, mientras observaban los esfuerzos que hacía para obligarle á subir por la columna.

Cuando al principio el escarabajo, encontrando que tenía alguna cosa atada al cuerpo, se dejó caer de la columna y apretó á correr, Hassán lo recogió del suelo y volvió á colocarlo en la columna. El insecto repitió la operación varias veces, pero tantas otras lo reco-

gió Hassán con admirable paciencia y volvió á colocarlo en la columna. Por fin el insecto no cayó más y empezó á correr desafiadamente por la columna, pero Hassán le cerraba el paso con las manos por todos lados menos por el de la subida á la urna. Después de muchas tentativas, el escarabajo, viendo que no había otra salida, echó á correr columna arriba, arrastrando con su cuerpo la hebra de seda.

Tan grande era el insecto y tan vivo su color, que se distinguía perfectamente según iba subiendo. Ya había llegado á más de la mitad de la columna cuando el fino pulimento del granito le hizo perder el apoyo, y con gran disgusto de todos cayó al suelo.

Instintivamente mis ojos se volvieron hacia el sitio donde estaban encerrados los leones. ¿Tendrían paciencia para esperar? pensé para mí.

En seguida volví la vista hacia la columna y me enteré de que el árabe había vuelto á colocar el escarabajo sobre el granito. Seis veces cayó y otras tantas volvió á colocarlo Hassán. El pueblo comenzaba á alborotarse, pero nuestro guía, con una paciencia asombrosa, lo colocó por séptima vez, y entonces el animalito, corriendo velozmente, llegó por fin á la base de la urna.

Federico y yo palidecimos de ansiedad. Una mueca de enojo se dibujó en el rostro de Sargona; Ahillah aplaudió alegremente y el árabe permaneció imperturbable. Tanta fe tenía en las supersticiones que le pareció lo más natural del mundo que el escarabajo llegara á la urna, por cuya base circular vimos correr al insecto mientras la hebra de seda ondulaba en el aire.

— ¡Que Alá nos guarde! exclamó Hassán, observando que el escarabajo había dado una vuelta por la urna y se disponía á dar otra; si tira de la hebra con demasiada fuerza somos perdidos.

Se agachó el árabe, y cogiendo un puñado de chinitas se las lanzó al insecto, pero no acertó á tocarle. Al repetir la operación tuvo más suerte, y vimos que el escarabajo se agitaba en el espacio sin más apoyo que la hebra de seda que tenía sujeta al cuerpo, la cual iba quedando arrollada en la base de la urna mientras el animalito iba descendiendo por su propio peso. En cuanto llegó al suelo lo cogió Hassán y rompió la hebra. Cuando Ahillah vió al escarabajo saltó de su sitio, y levantándolo con la mano delante de su hermana exclamó con marcada alegría:

—Mirad, decía bien la antigua leyenda. ¡Juro por el escarabajo rojo que los tesoros de la urna serán nuestros hoy!

Al oír esto, muchos de los que rodeaban á Sargona la dirigian miradas que no tenían nada de tranquilizadoras. Se arrepentian ya de haber tratado con tanto despegó á la joven reina, pues por lo visto llegaron á creer que ella era quien había trazado el plan ejecutado por Hassán.

Este tiró suavemente de la hebra de seda, hasta que la cuerda quedó enroscada en la base de la urna y las dos puntas en manos de Hassán.

Bien poco tiempo tardó éste en preparar la cuerda de manera que pudiéramos elevarle á él, y efectivamente, Federico y yo tiramos de buena gana del extremo libre de la cuerda; pocos minutos después el árabe llegó á la base de la urna, y trepando por una de sus enormes asas desapareció de nuestra vista. Cuando de nuevo apareció traía en la mano un magnífico collar de perlas, el que agitó en el aire exclamando:

—¡Ahillah, que venga Ahillah! Y tras ella que vengan los sahíbs.

Nadie se atrevió á preguntar por qué había de subir la reina destronada, la cual, casi de un salto, se colocó en la base de la columna. Inmediatamente Federico y yo la subimos por medio de la cuerda, hasta que el árabe pudo cogerla de la mano y entrarla en la urna.

Pocos momentos después Federico y yo, elevados por tres hombres que se prestaron gustosos á ayudarnos, entrábamos también en la urna, en la que descubrimos una especie de escalera de caracol que por la columna, la cual resultó estar hueca, conducía hasta más abajo de la superficie de la tierra, mucho más abajo.

Siguiendo á Hassán, que había improvisado una especie de antorcha con algunos trozos de la cuerda, fuimos bajando, hasta que llegamos á una galería abierta en la misma peña y en la que llamaron poderosamente nuestra atención los cientos de momias allí amontonados. A Federico y á mí se nos había antojado que la urna, más que para otra cosa, había servido alguna vez para sepulcro de los reyes de la ciudad. Fuera como fuera, bien pronto nos convencimos de que la galería en que nos hallábamos había sido profanada y saqueada por manos impías. A excepción del collar

de perlas que había encontrado Hassán en la urna, ningún otro tesoro hallamos en aquella mansión de los muertos, en la que por



EL ÁRABE LA CO-
GIÓ DE LA MANO

todas partes reinaba la desolación y la ruina. De los grandes nichos abiertos en la peña, de los departamentos en que estaba dividida la galería y de los sarcófagos profanados y rotos, habían sido arrastrados los cadáveres hasta el centro de aquella lúgubre mansión para despojarles allí de todo cuanto ostentaban. Habían sido robadas las telas en que fueron envueltos, arrancados inhumanamente los brazos y las piernas... ¡Todo había sido destrozado!

— ¡No hay tesoro ninguno! exclamó Ahillah con amargura y desconsuelo; y en seguida, levantando la mano, añadió: Escuchad, el pueblo se inquieta.

Tan absortos estábamos contemplando aquel horrible cuadro, que hasta nos habíamos olvidado de los espectadores que esperaban con ansia nuestra reaparición en la urna.

— Voy creyendo, dijo Federico, que no fué Trajano quien hizo

esculpir la inscripción; debió ser una broma de algún viajero. Pero, ¿qué vamos á hacer? Si volvemos atrás serán capaces de echarnos las fieras para que nos devoren.

—Lo mejor será que examinemos bien esta galería á ver si hay algún medio de escapar por ella.

El vocerío, que llegaba á nuestros oídos, aumentaba por momentos. Sin duda el pueblo se impacientaba cada vez más, esperando los tesoros que no parecían por ninguna parte.

Atravesamos la galería, y en el lado opuesto hallamos una puercecilla. Pasamos por ella y vimos que la galería se ensanchaba allí, á donde no llegaban los rayos del sol. El terreno era fangoso y se hallaba cubierto de una vegetación completamente blanca. A cada paso nos hundíamos más y más en el fango, y apenas habíamos andado cien metros por aquella especie de subterráneo cuando el fango, que despedía un olor fétido, nos llegaba hasta la cintura. Hassán me entregó la antorcha; Federico cortó otro trozo de cuerda, y encendiéndolo tomamos la delantera él y yo seguidos del árabe, que traía en brazos á Ahillah.

Siguiendo adelante con verdadero empeño llegamos á un sitio donde fantásticas figuras nebulosas parecían mofarse de nuestros tenaces esfuerzos para encontrar un sitio por donde salir de aquel hediondo y asqueroso pantano subterráneo.

Unas tres horas continuamos andando trabajosa y pausadamente, casi asfixiados por los malos olores, cuando de pronto advertimos la presencia de una fuerte corriente entre las cenagosas aguas. Procuramos evitarla, pero el mismo deseo de apartarnos de ella parecía que nos arrastraba al peligro. Súbitamente faltó la base del pantano, no hallamos sitio donde poner el pie y un momento después luchábamos por salvar la vida en un remolino de aguas. Se apagaron las antorchas y quedamos sumergidos en la más profunda oscuridad, iluminada de cuando en cuando por una brillantez fosforescente.

Era imposible resistir el impulso de aquella corriente que nos arrastraba hacia adelante, hacia su término, en el cual, á juzgar por el ruido que oíamos, debía caer en forma de catarata por un precipicio.

La rapidez de la corriente era cada vez mayor; arrastrados por ella, Hassán y Ahillah pasaron por mi lado, y yo marché dando

vueltas y más vueltas sobre una roca, envuelto en una masa de espumosas aguas... hasta que perdí el conocimiento.

Cuando logré darme cuenta de lo ocurrido me encontré tendi-



CAÍ ENVUELTO EN UNA
MASA DE ESPUMOSAS AGUAS

do sobre un banco de arena, á alguna distancia de la catarata. Federico había corrido la misma suerte que yo, pero estaba menos herido y no había perdido el conocimiento. Había podido agarrarme al llegar al fondo, donde el agua se precipitaba, y me arrastró á lugar seguro.

¿Qué había sido de Ahillah y de Hassán? Dos días pasamos buscándolos; pero viendo que era en vano, nos encaminamos al campamento guiados por el sol.

Al llegar, lo primero que vimos fué

—Sahibs, exclamó, si la suerte por una parte ha sido adversa,

pues ha muerto la reina Ahillah, por otra ha permitido que vivan los sahibs para ser la luz de su humilde servidor.

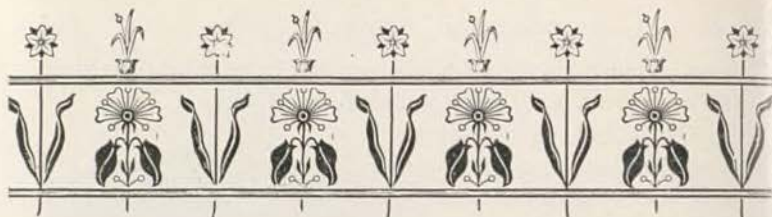
Y se inclinó respetuosamente.

—Pues bien, Hassán, observó Federico cuando el guía nos refirió cómo había logrado salvarse y cómo llegó al campamento antes que nosotros, está visto que no hemos de morir ahogados.

—Es imposible asegurar eso, sahibs, añadió el árabe con gravedad, pues más fácil es que un camello ciego encuentre el oasis del desierto que el hombre consiga desenredar la enmarañada madeja de su destino.

C. J. Mansford.





Cuentos del Coronel



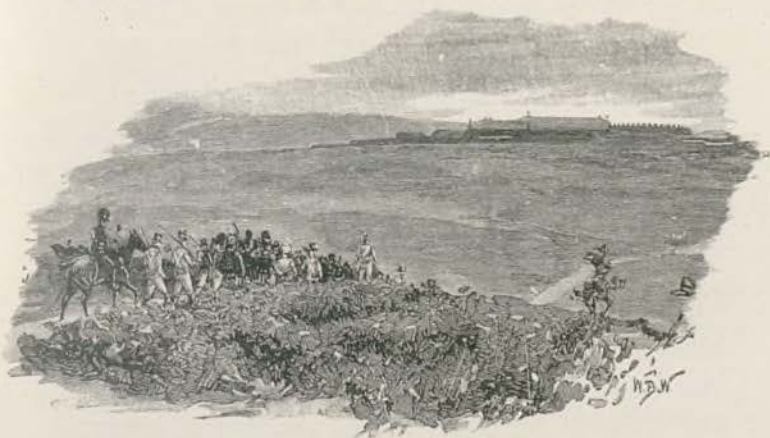
El Brigadier en manos del Rey

No puede negarse que Murat era un excelente oficial de caballería, aunque tenía una falta, que por cierto es muy común entre los militares, y que muchas veces echa á perder aun á los más distinguidos: era muy fanfarrón. Lasalle era también un oficial atrevido y valiente, pero se maleó con la bebida y otros vicios. En cambio yo, Etienne Gerard, no tenía nada de fanfarrón, y á no ser á la conclusión de algún combate en que alcanzábamos la victoria, ó cuando me encontraba con algún antiguo amigo y compañero de armas, era sumamente sobrio. Si no hubiera sido por mi natural timidez, me hubiera creído con derecho á considerarme como uno de los mejores militares. Cierta que nunca llegué á ser más que jefe de brigada; pero bien sabido es que, á excepción de los que tuvieron la suerte de acompañar á Napoleón en sus primeras campañas, á ninguno se le presentó ocasión de ascender mucho. Los únicos que ascendieron después de la campaña de Egipto fueron Lasalle, Lobau y Drouet; yo, á pesar de mis brillantes cualidades, sólo pude alcanzar la jefatura de mi brigada y la medalla especial de honor que recibí de manos del mismo Emperador y que conservo cuidadosamente

en un estuche. Y sin embargo, á pesar de no haber llegado á ocupar posiciones más altas, los que sirvieron conmigo, y aun los mismos ingleses, conocían bien mi talento excepcional.

Después que los ingleses me hicieron prisionero de la manera y en la forma que os referí hace pocas noches me llevaron á Oporto, donde me encerraron con grandes precauciones para que no pudiera escaparme de sus manos; me tenían por un enemigo terrible.

El día 10 de agosto fuí conducido con otros prisioneros á



CONDUCIDOS Á LA CÁRCEL DE DARTMOOR

bordo del transporte que había de llevarnos á Inglaterra, y antes de que finalizase el mes ya estaba *enchiquerado* en la cárcel que nos tenían preparada en Dartmoor. *L'hôtel français et pension* la llamábamos nosotros con nuestro habitual buen humor, pues ya comprenderéis que los que allí estábamos éramos todos hombres valientes á quienes la prisión no acobardaba.

La mayor parte de los prisioneros de Dartmoor eran marinos, ó bien pertenecían á las filas, pues únicamente como excepción llevaban allá á los oficiales que se negaban á empeñar su palabra. Me preguntaréis quizás que por qué me negué yo á empeñarla, puesto que así hubiera disfrutado de los mismos beneficios y del mismo trato que mis camaradas, y os lo diré; tenía dos poderosos motivos para no empeñarla.

En primer lugar, abrigaba tal confianza en mí mismo, que estaba seguro de que, tarde ó temprano, me escaparía de allí, y en segundo, mis deudos, aunque descendientes de una de las mejores familias de Francia, no eran ricos y no quise mermar nada de la pequeña renta de mi madre. Por otra parte, no me parecía bien que un hombre como yo quedara oscurecido por los burgueses de una capital de provincia de Inglaterra, ni quería verme privado de los medios necesarios para hacer la corte á las damas á quienes llegase á agradar. Por estos dos motivos preferí estar prisionero en la cárcel de Dartmoor.

Voy á referir ahora mi aventura en Inglaterra y veréis hasta dónde llegaron á resultar ciertas las palabras de lord Wellington cuando dijo que yo quedaba en manos del rey.

Primeramente he de manifestar que, si no hubiera resuelto contaros lo que me sucedió, os podría entreteñer refiriendo lo que ocurría en la negra prisión de Dartmoor. Era uno de los sitios más extraños del mundo, pues allí, en medio de aquel desierto, se reunían siete ú ocho mil hombres, todos militares por supuesto y gente de experiencia y de valor.

El edificio estaba rodeado de dos gruesas murallas, á poca distancia una de otra. Además, y como es de suponer, había guardias y centinelas; pero ¡qué caramba! no era posible tener enjaulados á los hombres de aquel modo, como si fueran ratones en una ratonera. Así que las escapatorias se verificaban á pares, á docenas... ¡qué se yo! En cuanto se enteraba el gobernador mandaba repicar las campanas, disparar cañonazos y que la tropa saliera en busca de los fugitivos, y entonces los que quedábamos allí reíamos, bailábamos y nos poníamos á gritar con toda la fuerza de nuestros pulmones: *¡Vive l'Empereur!* hasta que los de las guardias perdían la paciencia y nos amenazaban con los fusiles. Otras veces nos alzábamos en rebelión y... ¡cataplúm! venían á escape la infantería y algo de artillería de Plymouth, lo que nos hacía gritar con más fuerza que antes: *¡Vive l'Empereur!* como si pretendiéramos que nuestras voces llegaran hasta el mismo París.

Allí los prisioneros tenían tribunales propios que juzgaban é imponían castigos. Aunque se castigaban el robo y las riñas muy severamente, el más duro castigo se reservaba siempre

para la traición. Esta no se toleraba de ningún modo ni por ningún concepto.

Cuando yo llegué á la prisión hubo un tal Mennier, de Reims, que delató una conspiración ó confabulación fraguada para escapar; pues bien, cuando llegó la noche faltaba no sé qué fórmula que llenar, y por más que rogó y suplicó que no le dejaran entre sus compañeros, nadie le hizo caso y quedó encerrado con aquellos á quienes había traicionado. Aquella misma noche se formó el tribunal; la acusación y la defensa fueron hechas cuchicheando y hallándose amordazado el traidor, y un juez á quien nadie veía dictó la sentencia. A la mañana siguiente, cuando vinieron á buscarle con los documentos necesarios para ponerle en libertad, estaba hecho pedazos. Eran muy ingeniosos aquellos prisioneros y tenían una manera muy singular de plantear y resolver sus asuntos.

Nosotros, los oficiales, ocupábamos otra ala del edificio, y por cierto que formábamos un grupo bien extravagante. Nos habían dejado los uniformes, y apenas había cuerpo de ejército que no tuviera allí su representante, ya hubiera servido á las órdenes de un general, ya á las de otro. Es más, había algunos desde el tiempo en que Junot fué derrotado en Viniera.

En aquel famoso grupo se veían cazadores con sus túnicas verdes, húsares como yo, dragones de chaquetas azules, lanceros de pechero blanco, granaderos, ingenieros y artilleros; en una palabra, había allí un poco de todo. Los oficiales de marina eran en mayor número, pues los ingleses nos ganaron muchísimos combates navales. Nunca pude comprender el por qué de esto hasta que me condujeron desde Oporto á Plymouth, cuando pasé siete eternos días con sus siete noches tumbado de espaldas, tan mareado, tan mal, que aunque me hubiesen puesto delante de los ojos el estandarte del regimiento no hubiera podido moverme para tomarlo en mis manos. Era en aquellos tiempos en que Nelson hacía de nosotros lo que quería.

Tan pronto como entré en Dartmoor empecé á imaginar la manera de salir, y bien podéis comprender que con el ingenio aguzado durante doce años de campaña no tardé mucho en comprender por dónde tenía la salida.

En primer lugar, yo llevaba una gran ventaja á los demás

oficiales, porque conocía la lengua inglesa. La aprendí durante los meses que estuve en Dantzig con Obriant, del regimiento irlandés y descendiente de los reyes de Irlanda. Muy poco tiempo necesité para hablarla, porque puse mucho empeño en aprender. En tres meses no sólo sabía expresarme con perfección, sino que también hacía uso de las frases y exclamaciones populares. Obriant me enseñó á decir en inglés ¡cáspita! ¡caracoles! y otras interjecciones más fuertes. ¡Cuántas veces he visto sonreír de gusto á un inglés al oírme explicar con tanta gracia!

En la prisión de Dartmoor nos ponían á dos en cada celda, lo que no me hacía ninguna gracia, y menos porque mi compañero era hombre silencioso y taciturno, llamado Beaumont. Era muy alto y pertenecía á la artillería volante; fué hecho prisionero por la caballería inglesa en Astorga.

Harto sabéis que mi carácter y mi modo de ser son muy á propósito para entablar amistades con cualquiera, pero aquel hombre era distinto de los demás. Nunca tenía una sonrisa para mis bromas ni jamás escuchaba mis pesares. Si me ponía á contar algo se quedaba mirándome fijamente como un idiota, hasta que llegué á creer que sus dos años de cautiverio le habían vuelto loco. ¡Ay, amigos míos, cuántas veces suspiré por la compañía del viejo Bouvet, ó cualquiera de mis antiguos camaradas, en lugar de aquel hombre momia, como le llamaba yo! Pero no tuve más remedio que conformarme con él tal como era, pues fácil es comprender que me era imposible hacer ningún preparativo para la huida sin que él se asociara á mí. ¿Qué podría hacer sin que él me viera? Nada. Por consiguiente, comencé por indicarle mi intención, y poco á poco hablé claramente, hasta que al fin creí que le había convencido y que estaba dispuesto á compartir mi suerte. Hecho esto, di principio á mis trabajos.

Primeramente probé las paredes, el techo y el suelo; pero por más golpes que di, por más que palpé, todo parecía sólido y duro como una roca. La puerta de la celda era de hierro, se cerraba con un cerrojo de muelle y tenía en medio un enrejado, por donde nos miraba el carcelero dos veces en la noche. Dentro de la celda había dos camas, dos banquillos y dos lavabos nada más, cosas muy suficientes para mis necesidades, ¿pues

cuándo durante las doce campañas tuve otro tanto? Pero ¿cómo salir de aquel sitio? Esto era lo que me tenía muy preocupado.

Noche tras noche pensaba en mis quinientos húsares, y tuve unas pesadillas horribles, en las que soñaba que todos los caballos carecían de herraduras, ó bien que se habían hinchado á fuerza de comer forraje malo, ó bien que seis escuadrones enteros se habían perdido á la vista del Emperador. Entonces me despertaba bañado en sudor frío y me ponía nuevamente á golpear y palpar, pues no dejaba de reconocer que una imaginación viva, servida por dos brazos fuertes y dispuestos á todo, había de vencer cualquier obstáculo por muy grande que fuera.

La ventana de la celda era tan pequeña que no cabía por ella ni un niño, y además estaba protegida por una reja de hierro en forma de cruz. Como muy bien comprenderéis, aquello era para desesperar á cualquiera y hacerle perder toda esperanza; pero, sin embargo, cada vez me convencía más y más de que mis esfuerzos debían dirigirse á la ventana. Para que por todas partes tropezara con dificultades la ventana daba al patio de recreo, que estaba rodeado de dos altas murallás. No obstante, y así se lo hice comprender á mi taciturno compañero, hartó tiempo había para pensar en el Vístula cuando se había cruzado el Rhin.

De manera que, después de haber sacado un hierro del armazón de la cama, me puse á horadar la pared arriba y abajo de la verja de la ventana. Trabajaba durante tres horas se-



BEAUMONT

guidas, y cuando sonaban en el pasillo las fuertes pisadas del carcelero me metía á escape en la cama. En cuanto se marchaba volvía á mi tarea y trabajaba por lo menos otras tres horas, y á veces más, pues me convencí de que Beaumont era tan torpe que sólo podía contar con mis propios esfuerzos.

En algunas ocasiones se me figuraba que allá fuera me esperaban mis húsares con trompetas, estandartes y todo completo, y esta idea me hacía trabajar como un desesperado, hasta que el hierro que me servía de herramienta quedaba manchado con la sangre de mis manos.

De este modo, y noche tras noche, fui poco á poco horadando la pared y ocultando los productos de mi tarea entre la lana de la almohada y la paja del jergón, hasta que por fin llegó la hora en que la verja se movía, y cierta noche, al dar un buen tirón, se me quedó entre las manos. Estaba dado el primer paso para obtener mi libertad.

Me preguntaréis que qué había ganado con aquello, puesto que la ventana era tan pequeña que ni un niño podía haber pasado por ella. Os lo diré. Había ganado dos cosas: un arma y una herramienta. Esta me facilitaría el medio para aflojar la piedra que flanqueaba la ventana, y la primera me serviría para defenderme cuando me viese fuera de la prisión.

Hecho esto me puse á trabajar en la piedra, y con la punta más aguda de una de las barras de la verja abrí un agujero. Comprenderéis, por supuesto, que durante el día volvía á dejarlo todo en su sitio, teniendo muchísimo cuidado de que el carcelero encontrara siempre el suelo completamente limpio.

Al cabo de tres semanas había separado de su sitio la piedra, y tuve el gusto de retirarla, quedando un boquete por el que se veían diez estrellas donde antes se habían visto sólo cuatro.

Ya estaba todo listo y sólo tenía que esperar una noche sin luna. Llegar al patio no me parecía difícil, ¿pero y después? ¿Tendría que volver á la celda por no poder pasar de allí ó me cogerían los centinelas para encerrarme en uno de esos calabozos subterráneos reservados para los presos que tratan de escaparse?

Bien sabéis que nunca he tenido ocasión de demostrar mis aptitudes como general, pero, sin embargo, algunas veces después de tomar unas copitas me encuentro capaz de idear las

más sorprendentes combinaciones, y se me ocurre que si Napoleón me hubiese confiado un cuerpo de ejército, no hubiera tenido que arrepentirse.

Aquí de mi ingenio, pensaba yo entonces, aquí de mi inventiva, y no cesaba de discurrir.

La muralla interior que tenía que escalar era de ladrillo, de doce pies de altura y coronada por una hilera de clavos. La exterior sólo la había visto un día en que, hallándome en el patio, quedaron las puertas abiertas durante un momento; pero poco más ó menos, me pareció igual que la otra. Entre las dos murallas habría un espacio de veinte pies próximamente, el cual supuse que estaría vigilado por los centinelas de las puertas. He aquí, amigos míos, el problema que tenía que resolver sin más ayuda que estas dos manos.

Una de las cosas con que contaba era la gran estatura de Beaumont. Medía por lo menos seis pies, y creí que si podía subirme á sus hombros y agarrarme á los clavos de la muralla me sería más fácil escalar ésta. ¿Tendría fuerza y maña para subir á mi compañero? Esta era una cuestión grave, pues por nada en el mundo le hubiera abandonado. Si yo llegaba á escalar la muralla y él no podía seguirme me vería obligado á volver á buscarle. Consulté el caso con Beaumont y vi que no le preocupaba poco ni mucho, por la sencilla razón de que tenía confianza en su agilidad y sus fuerzas.

Otro inconveniente, y de importancia, podía ser el centinela á quien le tocara estar de guardia frente á mi ventana en el momento de intentar la escapatoria. Los cambiaban cada dos horas á fin de asegurar una vigilancia rigurosísima; pero yo, que los venía observando con atención todas las noches, sabía que entre ellos existía gran diferencia. Algunos eran tan listos que ni una rata hubiera podido cruzar el patio sin ser vista por ellos, mientras que otros se cuidaban más de su comodidad que de otra cosa y apoyados en el fusil dormían tan á gusto como si estuvieran echados en un colchón de plumas.

Había sobre todo uno tan grueso y tan pesado que se retiraba á la sombra de la muralla y dormitaba tan profundamente que más de una vez había yo arrojado á sus pies trocitos de yeso sin que se enterara.

Quiso mi buena estrella que á éste le tocara estar de guardia de doce á dos en la noche que había fijado para la escapatoria.

Durante las últimas horas estaba yo tan excitado y tan nervioso que no podía contenerme, y pasé el tiempo recorriendo incesantemente la celda de un lado á otro como un ratón que ha caído en la ratonera. Se me figuraba que el carcelero se iba á fijar en los preparativos hechos para la fuga ó que el centinela iba á entrar en sospechas. ¡Qué horrible ansiedad! En cuanto á Beaumont, era indudable que tramaba algo gordo, pues sentado en un borde de la cama me dirigía de cuando en cuando miradas significativas, y se mordía las uñas como pudiera hacerlo uno que se pierde en profundas meditaciones.

—¡Animo, amigo mío! exclamé tocándole en el hombro. Antes de un mes se verá usted al frente de sus artilleros.

—Bueno, sí, todo eso está muy bien; ¿pero quiere usted decirme á dónde piensa dirigirse cuando se vea libre?

—A la costa, repuse. Para un hombre valiente no debe haber obstáculos. Yo iré directamente á incorporarme á mi regimiento.

—Más probable me parece, añadió Beaumont, que vaya usted derecho al calabozo subterráneo ó á las bodegas de Portsmouth.

—El militar resuelto se arriesga siempre, solamente el pusilánime piensa en lo peor.

Al oír esto se puso furioso. Por primera vez desde que le conocía le vi entonces dar señales de carácter y de hombre de genio. Alargó la mano para coger el jarro del agua, como si pensara arrojármelo á la cabeza, pero en seguida cambió de idea, y encogiéndose de hombros tornó á su silencio, volvió á morderse las uñas y á mirar al suelo con cara de muy mal humor. Al verle en aquella actitud se me ocurrió que tal vez hacía mal en sacarle de allí.

Nunca como entonces me han parecido tan largas las horas. Al anoecer se levantó un fuerte viento que acabó por convertirse en vendaval furioso. Cuando miré por la ventana, grandes y negros nubarrones cubrían el cielo y no se veía ni una sola estrella. Llovía á cántaros, y entre el ruido del agua que caía y los silbidos del viento me era imposible oír los pasos del centinela.

—Si yo no le oigo á él, me dije, tampoco él me oirá á mí.

Y esperé, aunque con grande impaciencia, á que el carcelero viniera, según su costumbre, á inspeccionar por el ventanillo.

Después de asegurarme bien de que, por la oscuridad que reinaba, no se veía en ninguna parte al centinela, el cual sin duda estaba acurrucado en algún rincón para librarse del aguacero, comprendí que había llegado el momento crítico. Solté la verja, saqué la piedra é indiqué á mi compañero que pasara adelante.

—Después de usted, coronel, dijo.

—¿No quiere usted ir delante?

—Prefiero que me enseñe usted el camino.

—Corriente, pues allá voy. Sígame usted; pero si en algo aprecia la vida, procure hacerlo con el mayor silencio.

La celda estaba muy oscura y no pude distinguir sus facciones, pero oí que le rechinaban los dientes de miedo y me eché á reír. ¡Vaya un tipo!

Subiéndome sobre el banco, metí la cabeza y los hombros por la ventana, y ya me había introducido hasta la cintura, cuando de repente Beaumont me agarró por las rodillas y comenzó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

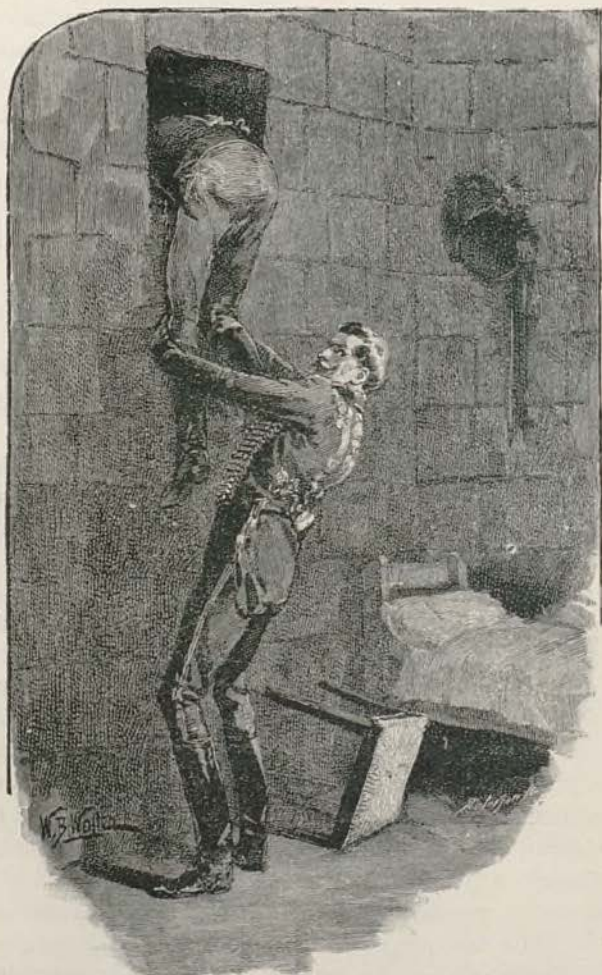
—¡Socorro, auxilio! ¡Que se escapa un preso!

Podéis comprender, amigos míos, qué impresión recibiría yo al oír aquellos gritos. Por supuesto, inmediatamente comprendí cuál era mi situación, qué era lo que se proponía aquel malvado.

¿Por qué había de arriesgarse él escalando muros y sufriendo contrariedades cuando aseguraba su libertad impidiendo la huida de un preso mucho más distinguido que él? Yo había comprendido que era un cobarde, pero no pude figurarme que sería también un canalla. El que ha pasado la vida entre caballeros y hombres de honor, no piensa en estas cosas hasta el momento en que suceden. Aquel estúpido no parecía comprender que él perdía más que yo.

Volví atrás como mejor pude, y á pesar de la oscuridad le agarré por el cuello y le descargué dos golpes en la cabeza con una de las barras. Cuando recibió el primero aulló como un perro cuando le pisan una pata; al segundo cayó al suelo lanzando un quejido.

En seguida me senté en la cama para esperar los acontecimientos; pero pasó un minuto, pasaron dos y nada se oía más que la respiración del insensato que estaba tendido en el suelo.



¡SOCORRO, AUXILIO! ¡QUE SE ESCAPA UN PRESO!

¿Sería posible que con el vendaval y la lluvia no se hubieran sentido sus gritos? Al principio aquel pensamiento fué para mí una esperanza pequeñísima; un minuto más y me pareció pro-

bable; dos más y era seguro que así había sido. Ningún ruido, ningún movimiento se advertía en el pasillo ni en el patio. Me enjuagué el sudor frío que cubría mi frente y me pregunté qué debía hacer en aquella situación.

Una cosa creí inevitable: la muerte de aquel malvado Beaumont. Lo más probable sería que, en cuanto recobrase el conocimiento, avisaría inmediatamente y sin darme tiempo para huir. No me atreví á encender luz; alargué la mano hasta encontrar la cabeza del traidor. Levanté la barra en el aire... pero algo había, amigos míos, que detenía mi brazo, que no me permitía dar el golpe fatal. En el ardor de la pelea, en los campos de batalla, he matado á muchos hombres que ningún daño me habían hecho á mí y que serían honrados. Pues bien; á aquel ente despreciable, á aquel traidor que estaba tendido á mis pies, no me atreví á romperle el cráneo, porque el rompérselo me parecía indigno de caballeros y de militares.

Me puse á escuchar, y por su pesada respiración llegué á creer que, después de todo, tal vez tardaría un buen rato en volver en sí. Por lo tanto comencé por amordazarle y luego le até á la cama, sujetándole bien los pies y las manos con tiras que hice de la manta.

Con esto tenía la seguridad de que allí estaría amarrado hasta la próxima visita del carcelero. Pero se me presentaban nuevas dificultades.

Recordaréis que había contado con la altura de Beaumont para poder escalar la muralla. ¿Qué hacer ahora? Por un momento me desalentó esta contrariedad, pero el recuerdo de mi querida madre y del Emperador vino á mantener mis esperanzas. ¡Animo! dije para mí. Cualquiera que no fuese Etienne Gerard se amilanaría tal vez, pero Etienne no; Etienne va siempre adelante.

Me puse á hacer tiras de las cuatro sábanas de las dos camas, y después de trenzarlas me encontré con una excelente soga, cuerda ó como quiera llamársele. El caso es que la até fuertemente á la barra de hierro que tenía en la mano y que bajé por la ventana al patio, donde me enteré de que había arreciado la lluvia. Me arrimé á la pared, pero la noche era tan oscura que no veía ni mi mano al levantarla delante de mis ojos. Calculé

que á no ser que tuviera la mala suerte de tropezar con el centinela había poco que temer.

Cuando llegué á la muralla lancé la barra al aire y tuve la



ERA LA BAYONETA DEL CENTINELA

satisfacción de comprender que quedaba enganchada en los clavos. Subí poco á poco por la improvisada cuerda, la recogí luego y bajé por el otro lado. En seguida escalé la segunda, y cuando estaba sentado á horcajadas en la coronación veo, en medio de

la oscuridad, relucir un objeto á mis pies. Era la bayoneta del centinela; tan cerca de mí estaba (ya he dicho que la segunda muralla era bastante más baja que la primera) que fácilmente, inclinandome un poco, hubiera podido sacarla del cañón.

Allí estaba el pobre muchacho cantando en voz baja, arrimado á la pared para librarse un poco de la lluvia. ¡Cuán lejos estaría de figurarse que tan cerca tenía un hombre desesperado y dispuesto á bajar y matarlo con su propia arma!

Ya estaba preparándome para el salto cuando se echó al hombro el fusil y marchó. Esperé hasta que cesó el ruido de sus pisadas y entonces bajé, dejé la cuerda colgando y apreté á correr.

¡Cielos, cómo corrí! El viento me zumbaba en los oídos, la lluvia me abofeteaba la cara. Caí, me levanté, tropecé con arbus-tos y zarzales... Tenía ensangrentadas las manos, la boca seca y los pies como el plomo... El corazón me latía con violencia. Y sin embargo corrí, corrí siempre adelante como un loco.

Pero no creáis que había perdido la cabeza, ¡quía!

Sabía muy bien que los fugitivos se dirigían siempre á la costa y yo resolví hacer lo contrario, internándome cada vez más en el país para dirigirme al Norte, puesto que me buscarían en el Sur.

¿Cómo conocí cuál era el Norte en una noche tan tempestuosa como aquélla? Lo conocí en el viento. Estando en la cárcel había observado que venía del Norte; así que, haciendo frente al aire, no podía equivocarme.

Continuaba corriendo como un desesperado, cuando de repente aparecieron delante de mí dos luces amarillas y me detuve no sabiendo por el momento qué debería hacer. Como sabéis, vestía aún el uniforme de húsar, y me pareció que lo más importante, lo más conveniente, era procurarme alguna ropa para ocultarlo. Se me ocurrió que, si las luces procedían de algún caserío, tal vez hallaría allí lo que necesitaba, y con esta idea me acerqué sintiendo en el alma no haber traído conmigo la barra de hierro, puesto que estaba resuelto á defenderme hasta morir, antes que dejarme apresar de nuevo.

Pronto vi que no existía tal caserío. Las luces eran las de los faroles de una berlina, y con su resplandor pude enterarme de que delante de mí tenía una ancha carretera. Oculto en un zar-

zal observé que dos hermosos caballos tiraban del carruaje, que un postillón les sujetaba por las bridas y que una de las ruedas se hallaba tendida en la carretera. Aun me parece estar viendo aquel cuadro, amigos míos. Los caballos inquietos, el postillón sujetándolos y la berlina, pintada de negro, balanceándose sobre las tres ruedas restantes. Mientras así observaba sin ser visto asomóse á la ventanilla un rostro muy bonito, al parecer muy joven, envuelto en un gran capuchón.

—¡Dios mío! ¿Qué voy á hacer yo? exclamó la dama sin poder reprimir su disgusto. Estoy segura de que sir Charles ha perdido el camino y tendré que estarme aquí toda la noche. ¡Qué horror, Dios mío!

—Tal vez pueda yo tener el honor de servir á la señora, dije saliendo de las zarzas y presentándome de modo que la luz de los faroles me diera de lleno.

Para mí una mujer que se halla en cualquier apuro es cosa sagrada, sobre todo cuando es bonita, tan bonita como lo era aquélla. No olvidéis que por más que era ya coronel acababa de cumplir los veintiocho años.

¡Cáspita! ¡Cómo gritó la señora y cómo me miró el postillón! ¡Ya se ve! Después de una carrera tan larga en la oscuridad, cayendo y tropezando á cada momento, tenía sucia la cara, roto el morrión, el uniforme manchado y destrozado y el agua caía á chorros del pelo y de la ropa. ¡Bonita figura para inspirar confianza á nadie!

Sin embargo, pronto comprendió la dama que nada debía temer de mí, y hasta me pareció que mis ademanes y mi porte la habían impresionado favorablemente.

—Señora, siento en el alma haberla asustado, dije inclinándome con el mayor respeto. Por casualidad llegaron á mis oídos sus primeras frases, y no pude menos de salir para ofrecerla mis servicios.

Ya sabéis cómo hablo yo en casos tales, y os podéis figurar el efecto que mis palabras producirían en el ánimo de la dama.

—Muchísimas gracias, caballero, respondió dando muestras de tranquilidad. Hemos tenido un viaje horrible desde que salimos de Tavistock hasta que por último se ha roto una de las ruedas del carruaje, y aquí estamos sin poder movernos. Mi

esposo, sir Charles, ha ido en busca de auxilio, pero mucho me temo que con la oscuridad de la noche haya perdido el camino.

En el momento en que buscaba palabras para animarla vi á su lado un abrigo negro de viaje con solapas de astrakán, que sin duda había dejado allí su esposo. Era precisamente lo que me hacía falta para cubrir mi uniforme. Ciertó que al tomarlo comprendí que me portaba como el más vulgar de los bandidos, pero ¿qué queréis? la necesidad carece de ley y yo me hallaba en un país enemigo.

—Supongo, señora, dije, que ese abrigo es de su esposo. Me dispensará usted, sin duda, que me vea obligado á...

Sin terminar la frase metí la mano en el carruaje y saqué el abrigo por la ventanilla.

La mirada de sorpresa, de temor y de desprecio que me dirigió la dama llegó hasta lo más profundo de mi corazón.

—¡Ay de mí! exclamó aterrada. ¿Qué equivocación más lamentable! Creí que venía usted en mi ayuda y ha venido sólo para robar el abrigo de mi esposo. ¡Y á mí que se me había figurado que era usted todo un caballero!

—Señora, añadí con voz compungida, la ruego que no me juzgue hasta que se entere usted de la verdad, de toda la verdad. Es necesario que me lleve yo este abrigo; pero si se digna decirme el nombre del caballero que tiene la dicha de ser su esposo, me honraré en devolvérselo lo antes posible.

—Mi esposo, dijo ablandándose un poco, aunque sin abandonar el tono de severidad, es sir Charles Meredith, y se dirigía á la cárcel de Dartmoor para despachar un asunto muy importante de gobierno. Sólo le pido á usted que se vaya sin llevarse nada de lo que á él pertenece.

—Sólo una cosa de su pertenencia es la que envidio.

—Y por eso se la ha llevado usted.

—No, queda todavía en el carruaje.

Se echó á reir franca y sencillamente y añadió:

—Más que las flores me agradaría que me devolviese usted el abrigo.

—Señora, lo siento mucho, pero me es imposible. Si me permitiera usted entrar en el carruaje, le contaría cuán necesario es para mí el abrigo de su esposo.

En aquel momento llegó á mis oídos un silbido penetrante lanzado á lo lejos, que fué contestado por un grito del postillón.

A pesar de la oscuridad y de la lluvia pude distinguir una luz tenue que iba acercándose cada vez más al sitio donde nos hallábamos.

—Siento en el alma, señora, verme obligado á dejar á usted,



ME DETUVE PARA ESTRECHAR LA MANO DE LA DAMA

dije como queriendo despedirme. Puede asegurar á su esposo que cuidaré bien el abrigo.

Y por más que tenía mucha prisa, pues la luz estaba ya muy cerca, me atreví á detenerme un momento para estrechar la mano de la dama y llevarla á mis labios. Ella, fingiendo haberse ofendido de mi atrevimiento, la retiró apresuradamente. En seguida, y como el postillón mostrara deseos de no dejarme marchar, metí el abrigo bajo el brazo y apreté á correr, decidido á poner entre mi persona y la cárcel de Dartmoor toda la

distancia que me fuera posible en las horas que aun quedaban hasta el amanecer.

Y dando frente al viento como antes corrí, corrí mucho hasta caer rendido de fatiga. Me detuve unos cinco minutos para recobrar fuerzas y seguir corriendo con mis piernas de acero y con el cuerpo endurecido con mis doce años de campaña.

Tres horas duró mi correría desenfrenada, en las cuales calculo que anduve unas veinte millas.

Iba á amanecer y me oculté en un bosquecillo para descansar hasta que nuevamente se hiciese de noche. Para mí no era ninguna novedad el dormir entre la lluvia y el viento, así que abrigándome lo mejor que pude pronto cogí el sueño. No fué tranquilo, como es de suponer, pues no hice más que dar vueltas y más vueltas, molestado por una serie de pesadillas horribles. Soñé que con un solo escuadrón bastante rendido cargaba sobre un cuadro cerrado de granaderos húngaros, como años atrás había hecho en Elchingen. Me puse de pie en el estribo para gritar: *¡Vive l'Empereur!* y... desperté.

De un brinco me levanté de aquella dura cama, y mientras me frotaba los ojos preguntándome si me había vuelto loco llegó á mis oídos el mismísimo grito; cinco mil voces en un prolongado alarido. Miré por entre las zarzas, y con asombro y horror indescriptibles vi lo que menos podía pensar, lo que menos hubiera querido ver: ¡la cárcel de Dartmoor! Allí, á un metro de distancia, destacábase el feo y destartalado edificio. De haber corrido un poco más hubiera tropezado con él. Tan honda impresión me causó esto que al principio no podía calcular lo que había ocurrido. Luego lo comprendí todo y me tiré de los pelos por necio y por torpe.

Durante la noche el viento había cambiado del Norte al Sur, y yo, marchando siempre de frente, había corrido diez millas hacia el Norte y otras diez hacia el Sur. De modo que, después de estar corriendo toda la noche, había ido á parar al punto de partida. Cuando recordé la prisa que había tenido, las caídas, los tropezones y el ímpetu loco que me llevaba siempre hacia adelante, me pareció tan ridículo lo que había hecho que solté el trapo y me dejé caer sobre los arbustos del bosquecillo, riendo

estrepitosamente. Después me envolví en el abrigo, que venia á ser como una manta, y me puse á pensar qué era lo que debía hacer.

Una cosa he aprendido, amigos míos, en mis aventuras y perances, y es que no se debe llamar desgracia á ningún suceso hasta ver cómo termina. ¿No ocurre que á cada paso suelen mirarse las cosas desde distinto punto de vista? Así me sucedió á mí entonces. Pronto me convencí de que aquella equivocación tendría para mí el mismo resultado que la más refinada astucia. Mis perseguidores, como era natural, comenzarían á buscarme desde el sitio en que me encontré con el carruaje de sir Charles, y así fué efectivamente. Después de un rato de observación les vi marchar precipitadamente hacia aquel punto. A buen seguro que nadie se figuraría que desde allí me había vuelto atrás; así que comprendí que podía permanecer donde me hallaba sin temor de ser inquietado, y no intenté moverme.

Los prisioneros, por supuesto, se habían enterado de mi fuga, y durante todo el día no cesaron de oírse gritos parecidos al que me había despertado por la mañana, llevando á mi alma una especie de saludo de mis camaradas tan simpático como afectuoso. ¡Qué poco se figuraban que en la colina que ellos veían desde sus ventanas se hallaba el compañero cuya huida celebraban tan ruidosamente! Yo, por mi parte, veía desde mi escondite á buen número de prisioneros, unos paseando en el patio y otros reunidos en grupos, charlando por los codos. Cuando vi á Beaumont, que con la cabeza vendada atravesaba el patio entre dos guardias, hice un ademán como para lanzarme sobre aquel miserable. No puedo explicar, amigos míos, cuánto me alegré de verle, pues por una parte me demostraba que no le había hecho mucho daño y por otra que mis compañeros, los demás presos, podían muy bien comprender lo que había sucedido. Harto me conocían para suponer ni por un instante que hubiera abandonado al artillero.

Todo el día permanecí en mi escondite escuchando las campanadas del gran reloj cuando daba las horas.

Tenía los bolsillos llenos de pan, que con toda idea había ido separando de la ración diaria, y al registrar el abrigo, ¡oh felicidad! encontré un frasco lleno de muy buen coñac mez-

clado con un poco de agua. Esto fué suficiente para sacarme de apuros. Además del frasco encontré un pañuelo grande de seda encarnada, una cajita de concha con rapé y una carta dentro de un sobre azul, con sello rojo, dirigida al gobernador de la cárcel. Los tres primeros objetos resolví devolverlos juntamente con el abrigo, pero la carta me daba qué pensar, porque el gobernador me había tratado siempre con cortesía y me parecía indigno y poco noble el interceptar su correspondencia. Se me ocurrió primeramente dejarla debajo de una piedra, á poca distancia de la puerta de la cárcel; pero comprendiendo que esto podría comprometerme y ofrecer además á mis perseguidores una idea del camino que había seguido, la guardé en el bolsillo interior, con la esperanza de encontrar pronto algún medio de hacerla llegar á su destino.

Alumbró el sol todo el día, y gracias á esto se me secó la ropa; así que cuando cerró la noche estaba dispuesto á emprender otra caminata. Buen cuidado tuve de no equivocarme por segunda vez. Las estrellas me sirvieron de guía, y andando á buen paso durante toda la noche recorrí unas ocho millas.

Me proponía obtener como mejor pudiese un traje completo para sustituir el que vestía y dirigirme después á la costa Norte, donde indudablemente encontraría algunos contrabandistas ó pescadores dispuestos á ganarse la cantidad que pagaba el Emperador á quienes conducían hasta el otro lado del canal á los prisioneros fugitivos. Me quité el plumero del morrión á fin de no llamar la atención de nadie, aunque temía que, á pesar de esta precaución y del hermoso abrigo que me cubría el uniforme, sería descubierto más ó menos pronto.

Cuando amaneció ví á mi derecha un río muy grande y á mi izquierda una ciudad. Mucho me hubiera complacido entrar en ella, pues me interesaba observar las costumbres de los ingleses, tan distintas de las de otros países, pero comprendí que era peligroso, porque el morrión, el bigote y el habla bastarían para descubrir mi nacionalidad. Continué, pues, marchando hacia el Norte, pero deteniéndome con frecuencia para ver si era perseguido.

Hacia el mediodía llegué á un valle situado donde todo era campo abierto, y allí vi una casa aislada de todo otro edificio.

Era una casa de campo muy bonita, con su jardín lleno de flores y muchísimas aves. Tendíme sobre la hierba entre unas zarzas y me puse á observar, pues me pareció muy probable que allí encontraría lo que necesitaba. Se me había acabado el pan y la larga caminata de la noche me había despertado el apetito; así que decidí practicar un pequeño reconocimiento, dirigirme luego á la casa, mandar á sus habitantes que se entregaran con armas y todo y apoderarme de lo que tanta falta me hacía. Por lo menos, obtendría allí una tortilla y un pollito. ¡Ay! sólo al pensarlo se me hacía agua la boca. ¡Cáspita, qué hambre tenía!

Mientras así meditaba, pensando quién viviría en una casa tan solitaria, salió un hombrecillo joven, vigoroso y fuerte, acompañado de otro de más edad que llevaba algunos objetos de gimnasia en las manos. Se detuvieron á poca distancia de la casa y el más viejo entregó unos palos al joven, el cual comenzó á lanzarlos al aire, á cogerlos y á ir colocándolos alternativamente en diversos sentidos. El otro le contemplaba con marcada satisfacción y de cuando en cuando le daba algún consejo. Por último, tomó el joven una cuerda y se puso á saltar como una chiquilla.

Aquellas cosas me llenaban de asombro, y la única explicación que les encontraba era que el uno era médico y el otro el paciente, que pensaba curarse de alguna dolencia con aquel tratamiento tan especial.

Al poco rato el más viejo entró en la casa, y sacando un abrigo largo y pesado se lo puso al otro y se lo abotonó hasta el cuello. Como el día era muy caluroso, aquello me dejó más asombrado. Por lo menos, pensé, habrán terminado los ejercicios; pero lejos de ser así, el joven apretó á correr en dirección al sitio donde yo estaba escondido entre las zarzas. Su compañero volvió á entrar en la casa, de lo que me alegré, pues estaba resuelto á apoderarme de la ropa del joven y marchar escapado á la ciudad, donde me procuraría algo que comer. Ciertamente me tentaba la idea del pollito; pero como sabía que por lo menos había dos hombres en la casa, probablemente armados, y yo no tenía arma ninguna, creí lo más prudente apartarme de allí.

Después de unos momentos sentí los pasos del hombrecillo y

le vi cerca de mí bien tapado con su gran abrigo y sudando copiosamente. Parecía un hombre muy fuerte, aunque pequeño; tan pequeño, que llegué á temer que no me serviría su ropa. De un brinco salí de mi escondite, y al verme se detuvo mirándome con asombro.

—¡Caramba! exclamó, ¿qué es esto? ¿De dónde demontres ha brincado usted? ¿Estamos acaso jugando al escondite?



CON HARTO SENTIMIENTO, CABALLERO, DIJE

Añadió algo más, pero ni pude comprenderlo entonces ni ahora puedo explicarlo.

—Con harto sentimiento, caballero, dije, me veo en la necesidad de suplicarle que inmediatamente me entregue la ropa.

—¿Que le entregue qué? preguntó con sorpresa.

—La ropa que tiene usted puesta, el traje completo.

—¿Y para qué y por qué he de entregársela?

—Porque me hace falta, porque la necesito.

—¿Y suponiendo que no me diera la gana de entregársela?...

—¡Rayos y truenos! exclamé. Me vería obligado á tomarla.

Con las manos metidas en los bolsillos de su enorme gabán me contemplaba fijamente, y poco á poco fué apareciendo en su cara de perro de presa una sonrisa burlona y despreciativa.

—De modo que la tomará usted, ¿no es así? Lo que me parece que va á tomar es algo que no le agrada. ¡Vaya un tipo extravagante! No hacen falta ojos de lince para comprender que usted es un franchute escapado de allá abajo. ¡Pero no sabe con quién habla! Sepa usted que soy nada menos que el luchador campeón de Bristol y que estoy ensayando para la próxima lucha.

Todo esto lo dijo como creyendo que, al oírle, me iba á quedar pasmado; pero mirándole con la sonrisa en los labios y retorciéndome el bigote, contesté:

—No dudo, caballero, que será usted un valiente; pero cuando le diga que se halla en presencia de Etienne Gerard, de los húsares de Conflans, comprenderá sin duda ninguna que no tiene más remedio que entregarme la ropa.

—¡Vaya, vaya! exclamó, prosiga usted su camino, pues de lo contrario va á pasar aquí algo gordo.

—¡La ropa inmediatamente! grité avanzando hacia él.

Por toda respuesta se quitó el gabán y se colocó en una postura muy rara: con un brazo extendido y el otro cruzado sobre el pecho. Mientras tanto continuaba mirándome con una sonrisa provocativa.

Aunque nada sabía respecto de la manera de batirse que tiene la gente de la catadura de aquel individuo, siempre estuve dispuesto á defenderme, sea á pie ó á caballo y con armas ó sin ellas.

Comprenderéis que un militar no puede en todas ocasiones elegir el modo de pelear y que no debe chillarse hasta que le toquen á uno. Así, pues, avancé furioso, y á falta de otra cosa mejor comencé á patalear con los dos pies, cuando fué y me descargó tan tremendo golpe en el ojo izquierdo que me hizo ver todas las estrellas del firmamento, y caí de espaldas, pegando con la nuca en una enorme piedra.

Cuando recobré el sentido me encontré en una especie de camastro, en una habitación mezquina y pobremente amueblada. Un ruido semejante al zumbido de una campana grande

en el momento de dejar de tocar resonaba en mis oídos, y palpándome la frente con la mano me enteré de que tenía sobre el ojo un bulto del tamaño de una nuez. Notaba además un olor poco agradable, hasta que comprendí que la frente la tenía vendada con un trapo mojado en vinagre.

En el otro extremo de la habitación vi al terrible hombrecillo con la rodilla descubierta, y á sus pies el compañero dándole fricciones con una pomada. Este último parecía tener un humor del diablo, pues no hacía más que regañar al joven, quien le escuchaba con cara tristonera.

—¡Qué barbaridad! exclamó. Hace un mes que te estoy preparando, y cuando ya estabas más listo que un pájaro te peleas sin más ni más con un extranjero.

—¡Vaya, vaya, Jim! no hables tanto, repuso el otro. No puede negarse que preparas bien, admirablemente, pero ¡qué diantre! eres demasiado parlanchín. ¡Menuda lata me estás dando!



ME HIZO VER TODAS LAS ESTRELLAS DEL FIRMAMENTO

—Me parece que ya es hora de que charle, prosiguió el más viejo. Si no te se cura la rodilla para el miércoles, dirán que á última ahora te has acobardado y que no te has atrevido á presentarte.

—Quisiera yo que quien se atreva á decir eso estuviera aquí ahora. He triunfado en veinte luchas y triunfaré en otras tantas; ¿pero qué querías que hiciera cuando el hombre se empeñaba en que le entregase la ropa que llevaba puesta?

—¡Y qué vale la ropa! Bien sabes que lord Fulton tiene apostadas á tu favor cinco mil libras. Lo mismo podías haber avisado á la policía entonces que ahora, y bien pronto le hubiesen obligado á que te devolviera la ropa.

—Digo y repito que, ni por triunfar en la lucha ni por lord Fulton, tengo yo calma para despojarme de la ropa y entregársela al primero que me la pida. ¿Quién hubiera creído que iba á patalear?

—Creerías que iba á luchar con todas las reglas del arte, ¿verdad? ¡Pero hombre, si los franceses no saben lo que es pelearse!

—No pude aguantar más.

—Amigos míos, dije incorporándome en el catre, no son más que tonterías lo que están ustedes hablando. Tan bien conocemos los franceses el arte de pelear, que hemos visitado casi todas las capitales de Europa y pronto vendremos también á Londres. Pero es de advertir que nosotros peleamos como soldados y no como chiquillos. Usted me da un golpe en la cara y yo le doy un puntapié en la rodilla. ¡Bah, eso es juego de niños! Pero tome usted un sable, déme usted otro á mí y verá qué pronto le enseño cómo nos batimos al otro lado del canal.

Los dos me miraban con esa mirada fija y firme con que suelen mirar los ingleses.

—Celebro que no se haya usted muerto, *monsieur*, dijo el más viejo. Daba bien pocas señales de vida cuando le entramos aquí.

—Es valiente á pesar de ser *franchute*, observó el otro. Vino á atacarme como un galguito furioso, pero le metí uno en un ojo que le hizo caer redondo antes que se diera cuenta de lo que había ocurrido.

—Por lo menos, continuó el más viejo, tendrá usted la satisfacción de decir que se las ha visto con el famoso campeón de Bristol, el mejor boxeador de toda Inglaterra.

Por lo visto, creían los dos que para mí constituía un gran favor el haber recibido un golpe del hombrecillo.

—Esto no es nada para mí, dije. Estoy acostumbrado á recibir golpes mucho más graves.



LES ENSEÑÉ LA HERIDA DEL OJO

Y me desabroché la túnica para enseñarles las heridas de mosquito; luego descubrí el tobillo, en el que aun tenía sin cicatrizar la herida, y seguidamente el ojo derecho, donde el bandolero me dió con el punzón.

—¡Vaya si ha visto algo! exclamó el campeón.

—¡Qué buena figura para el coro! añadió su compañero. Con seis meses de aprendizaje dejaría atolondrados á los de medio peso. ¡Lástima grande que tenga que volver á la cárcel!

Esta última observación no me hizo ninguna gracia.

Me levanté, me abotoné la túnica y les dije:

—Con su permiso voy á continuar el viaje.

—Lo siento, monsieur, replicóme el más viejo, pero no puede ser. El negocio es negocio. Ofrecen 20 libras al que le entregue á usted en manos del gobernador. Esta mañana estuvieron aquí á buscarle; creo no tardarán en volver.

Estas palabras me estremecieron.

—¿Pero han sido ustedes capaces de venderme por 20 libras? exclamé furioso. Pues bien, prometo enviarles el doble en cuanto llegue á Francia ¡Lo juro por mi honor de militar y de caballero!

Por toda respuesta hicieron con la cabeza una señal negativa.

Rogué, discutí, hablé del compañerismo que debe existir entre los hombres valientes... todo en vano. El mismo resultado hubiera obtenido dirigiéndome á dos trancas que había en el suelo.

—El negocio es negocio, repitió el más viejo. Además, ¿cómo he de presentar á mi discípulo el miércoles si le apresan antes por haber auxiliado á un prisionero de guerra? Yo tengo que mirar por él y no quiero arriesgar nada.

¿Había de ser aquél el final de todos mis esfuerzos, de todos mis apuros, de todas mis molestias? ¿Sería devuelto á la cárcel como un cordero escapado del rebaño?

Poco me conocían los que pensaban que había de someterme á semejante suerte. Había oído lo suficiente para comprender cuál era el flaco de aquellos hombres, y entonces quedó demostrado una vez más que Etienne Gerard nunca es tan terrible como cuando ha perdido toda esperanza.

En menos tiempo del que se necesita para contarle cogí una de las trancas y la levanté en el aire sobre la cabeza del campeón de Bristol.

—Venga lo que venga, dije, suceda lo que suceda, usted no ha de presentarse el miércoles.

El hombre quiso levantarse, pero su compañero le sujetó con los brazos y no le dejó moverse.

—¡No, no, nada de eso! Márchese el *franchute*, que no nos hace falta aquí para nada. Pero váyase pronto, corriendo, que no voy á poder sujetarle.

No me pareció mal el consejo. Corrí á la puerta, pero la ca-

beza comenzó á darme vueltas en cuanto salí al aire libre y tuve que apoyarme en la pared para no caer.

Acordaos de todo cuanto había sufrido: la ansiedad de la huida la carrera tan larga como inútil durante una noche entera y en medio de una horrorosa tempestad, un día entero echado entre hierbas y zarzas sin más alimento que pan seco... y para colmo de desdichas el golpe que recibí al querer quitar la ropa al hombrecillo. Hice todo lo posible, pero no podía más.

Un momento después oí un ruido estrepitoso. Levanté la cabeza y vi al gobernador de la cárcel seguido de seis carceleros, jinetes todos en buenos caballos.

—¡Hola, señor coronel! exclamó con voz de trueno. Por fin hemos dado con usted.

Cuando un hombre valiente ha hecho todo lo posible por lograr su objeto y no lo ha conseguido, demuestra su valor conduciéndose con nobleza con su adversario. Saqué, pues, la carta, y adelantándome se la entregué diciendo:

—He tenido la desgracia, señor gobernador, de retener involuntariamente una carta suya.

Me miró sorprendido, tomó la carta é hizo una indicación á sus hombres para que me prendieran.

Al enterarse del contenido de la carta, una sonrisa apareció en sus labios mientras decía:

—Esta debe ser la que perdió sir Charles Meredith.

—La encontré en el bolsillo de su abrigo.

—¿Y la ha llevado usted consigo estos dos días?

—Desde anteanoche.

—¿Y no la ha leído usted, señor Gerard?

Con un gesto le hice comprender que aquella pregunta me ofendía.

El, por su parte, soltó el trapo á carcajada tendida y añadió:

—Verdaderamente, coronel, nos ha causado usted no pocos trastornos y molestias. ¡Y todo para nada! Permítame le lea la carta que durante dos días ha llevado usted en el bolsillo.

Y leyó lo siguiente:

«En cuanto reciba usted esta orden se servirá poner en libertad á Etienne Gerard, de húsares de tercera, que ha sido canjeado por el coronel Mason, de artillería».

Al terminar la lectura el gobernador se reía más que antes, los carceleros también se reían y los hombres del caserío les imitaban de buena gana. ¿Y qué había de hacer yo, á fuer de galante, sino reirme como todos?



PONDRÁ USTED EN LIBERTAD Á ETIENNE GERARD

Y creo que ninguno podía reir más á gusto que yo, puesto que tenía delante á mi querida Francia, á mi madre, al Emperador y á mis húsares, mientras que á la espalda dejaba la negra cárcel y la pesada mano del rey de Inglaterra.

A. Conán Doyle.



El piloto



OSOTROS los que habéis viajado y recorrido las hermosas costas de España, habréis apreciado seguramente la incomparable belleza del litoral comprendido entre la Coruña, Vigo y la frontera de Portugal, y si en vuestro amor á la soledad y huyendo del mundanal ruido, que dijo fray Luis de León, habéis buscado los sitios menos frecuentados por el hombre, habréis descubierto en aquella costa un puñado de casitas situadas en lo alto de unas abruptas rocas y que se destacan con valentía de un precioso marco de verdura. En aquel agreste paisaje, lejos de carreteras y de ferrocarriles, apenas unido por un mal camino á un pueblecillo de la provincia de Pontevedra, se respira un ambiente delicioso, un ambiente que ensancha el alma y la inunda de inefables dulzuras.

No os diré cómo se llama el casi pueblo formado por aquellas casitas. Llegamos á él un día dos pintores, un poeta y yo, triste observador de la naturaleza, y quedamos admirados de aquel hermoso rincón de España, casi virgen. En nuestro egoísmo de hombres amantes de la belleza nos prometimos ir á recrearnos en él cuantas veces pudiéramos, pero sin revelar á nadie aquel descubrimiento, con objeto de que los elegantes de Madrid no lo profanaran poniéndolo de moda.

Aquellas casitas estaban habitadas por algunos pescadores

con sus familias. Bajando por las rocas se llegaba á una playa de finísima arena que, al día siguiente de una tempestad, cubriase de millares de conchitas.

El día que nosotros la descubrimos, á la puesta del sol, el horizonte, coloreado por sus rayos, aparecía radiante de hermosura; allá, en los lejanos límites del mar, parecía sumergirse en sus ondas. El ruido de las olas al romperse formaba casi un concierto en aquel crepúsculo de una tarde del mes de septiembre. Creeríase imposible que aquel tranquilo y sosegado mar, aquella aureola de colores, pudieran nunca convertirse en los grises, oscuros y siniestros tonos de la tempestad y el desastre.

Me encantaban aquellas cuatro docenas de casas pobres, pero airoosas, con sus balcones de madera pintados de verde y sus ventanas casi siempre solitarias, á excepción de los domingos, en que las redes que durante la semana habían servido para las rudas faenas del pescador colgaban de ellas á lo largo de sus muros, y me encantaban, no por ellas solas, sino por verlas agrupadas alrededor de una iglesia nueva, de construcción reciente, destacándose del paisaje y como protegiéndolas. Al oír por vez primera el sonido de la cascada campana de aquella iglesia una tristeza infinita invadía el alma, respondiendo así al objeto que se había propuesto la persona que hizo donación de la iglesia para evocar siempre el recuerdo de un grande amor que vivió sin esperanza.

Cierto que á los habitantes de las modernas ciudades nos parecen imposibles los grandes cariños entre seres humildes y pobres como aquellos, entre aquellas mujeres de miserables trajes, llevando las cestas de pescado á los pueblos próximos, cuidando de sus pequeñuelos, agarrados constantemente á sus faldas, descalzos como ellas, medio desnudos la mayor parte del año, y entre aquellos hombres sombríos, curtidos por el mar; pero ¡cuánta hermosura en sus amores, en sus rudas pasiones, faltas de delicadeza, sí, pero sanas; en sus almas piadosas, ignorantes, resignadas con su destino, llenas de fe y de valor, libres de las frenéticas ambiciones y de los torpes sueños que atormentan á los moradores de las grandes capitales!

En aquel humilde pueblecillo vivía una mujer joven, casi una niña, que por su hermosura era el encanto de todos. Es-

belta, fuerte, llena de natural elegancia, la más linda en diez leguas en contorno, era la más pobre entre los pobres de aquella agrupación de seres. Sus ojos grandes y serenos, sus diminutos pies desnudos, sus pequeñas y bonitas manos, juntos con su afable carácter y su excesiva bondad, la hacían respetada de todos. Aristócrata por naturaleza, sus diez y ocho años tenían el esplendor de un sol naciente. Amada de todos, quería ella con amor fuerte, incommovible como las rocas de la costa, á un joven pescador de veintitrés años, alto, de nobles sentimientos, de pensamientos delicados, muy superiores á la rudeza de su oficio, tranquilo y confiado, con orgullosa melancolía en su rostro y valiente entre los valientes. Su carácter soñador le hacía buscar distracción en las conversaciones con gentes instruídas, en lugar de las que los domingos y días de fiesta son corrientes en los pueblos de escaso vecindario, en las aldeas. En aquellos días solía dar largos paseos á orillas del mar, gozando con el ruido y el estrépito de las olas y soñando con más mundo y mayores riquezas.

Rara vez se veían los amantes, no siendo los domingos por la mañana en la iglesia ó en la hora de vísperas. Mientras ella rezaba silenciosa al pie del altar, él la contemplaba vagamente á la incierta luz de la lámpara.

Cómo habían llegado á comprenderse y amarse, era signo natural de que habían nacido el uno para el otro. Por otra parte, les unía su pobreza, además de su falta de padres, pues ambos eran huérfanos. Carlos se había ganado la vida como tripulante en algunas lanchas pescadoras, hasta que pudo adquirir una; pero ¡qué lancha! La más vieja y la más estropeada de toda la matrícula. En cuanto á Carmen, había sido educada por su tía Mariquita, una solterona que, aun queriéndola con ternura, estaba dispuesta á no consentir que su sobrina se casara con ningún hombre que no pudiera asegurarles una posición, tanto á Carmen como á ella. Siempre hay un poco de egoísmo en nuestros afectos.

El hombre á quien la tía de Carmen había elegido para esto era Matías, el piloto, á quien quería y respetaba todo el pueblo. A pesar de sus cincuenta años era fuerte y alegre. Su rostro, curtido por el sol y las tempestades, denotaba salud y viveza.

Conocía á Carmen desde su infancia; de niña la había tenido muchas veces sobre sus rodillas, la había visto crecer con grande y cariñoso interés, y Mariquita, que tenía la intuición natural de todas las aldeanas, había llegado á adivinar que el piloto estaba enamorado de aquella graciosa flor que lentamente se desarrollaba ante sus ojos. Pero Matías no era ningún necio, y cuando recordaba su edad se reía de su locura y se convertía en una especie de padre con la pobre niña, que tan inocentemente ignoraba la pasión del viejo marino. Cuando hablaba con él se mostraba siempre tal y como era: franca, sencilla, candorosa, y á veces hasta cruelmente encantadora, venerándole como á un patriarca.

Toda su ternura la reservaba para Carlos, y sabiendo que su tía se oponía á que se casara con él, resolvió permanecer soltera toda su vida antes que consentir en ser la esposa de otro hombre. Hizo este voto una tarde en que los dos amantes se habían citado á la orilla del mar, á esa hora tan llena de encanto para los enamorados, cuando la suave luz del crepúsculo parece ensanchar sus almas y les alienta para confiarse el uno al otro, uniendo sus corazones en el mismo concierto de pasión y sinceridad. Aquella cita de amor fué para ellos tristísima, cuando poniendo Carmen en un dedo de Carlos un anillo de bronce que el obispo había bendecido en la última confirmación le prometió amarle siempre, mientras que con voz entrecortada por la emoción le decía:

—Delante de Dios soy tu premetida y sólo la muerte podrá separar mi corazón del tuyo.

Vertiendo lágrimas los dos juráronse amor eterno, y arrancando él de entre las hendiduras de la roca una flor silvestre se la entregó á su amada después de haber sellado sus labios con un ardiente beso. Púsola Carmen en el libro de oraciones que llevaba en las manos, en las páginas donde tenía una estampa de la Virgen con la inscripción *Ave Maria Stella*, y mirando á una de las relucientes estrellas que comenzaban á brillar en el oscuro azul del firmamento sonrió placentera, como creyendo encontrar allí á la Virgen que había de protegerles. Besó él su mano y se retiraron, poniendo fin á la entrevista, sin pronunciar más palabras, pero confiado el uno en el otro y sin

esperar nada de los hombres. En su fe creían que alguna maravillosa y celestial intervención no permitiría que su risueño porvenir fuese para siempre destruido, convirtiéndose sus esperanzas de felicidad en tétrico sueño que fuera la desesperación de sus vidas.

Después de aquella entrevista, sus ansiedades parecían haberse calmado. Carlos, día tras día, arriesgaba sin descanso la vida en su pobre lancha para obtener sólo ganancias miserables, y Carmen repasaba las redes de los pescadores por un puñado de dinero, que apenas permitía á la tía Mariquita hacer algunas economías, después de atender á los gastos de la sobria existencia de ambas.

Un día se celebraba en la aldea una gran fiesta. El piloto Matías se retiraba de su profesión y se despedía del mar, de sus compañeros, de sus trabajos y de sus hombres. Sus camaradas habían organizado una serie de festejos en su honor y en agradecimiento á los servicios que les prestara. Al amanecer fueron á su casa á tocar el tamboril y la gaita y á lanzar al espacio unas docenas de cohetes. Luego las muchachas trajeron un hermoso ramillete de flores que le fué presentado por Carmen, lo que hizo sonreír de satisfacción al viejo piloto, que se ruborizó lleno de timidez ante aquella niña. Se sirvieron después tortas de maíz y vasos de sidra, una sidra de la de los días de gala, que había sido cuidadosamente elaborada y embotellada en la última recolección de manzanas y que sembró la alegría entre aquella gente, la cual rompió á cantar aires del país entre ruidosos vivas al decano de los hombres de mar.

Carlos no era de los que menos parte tomaban en la fiesta. Sentía hacia Matías una admiración infantil mezclada con una simpatía que llegaba hasta la confianza, y muchas veces había estado á punto de confiarle sus sentimientos hacia Carmen y pedirle su consejo, pues no era capaz de comprender que pudiera tener por ella otro afecto que no fuera el paternal. Los jóvenes á los veinte años creen que los hombres de cincuenta tienen ya jubilado el corazón y los sentidos.

Aquella fiesta no dejó de tener su parte risible, gracias á la tía Mariquita, que ofreció al piloto un par de zapatillas bordadas en oro y seda, con dibujos de flores que se parecían á las coles

de su huerta y pájaros que tenían trazas de mosquitos. La tía Mariquita había servido en Pontevedra y en Madrid en casas de grandes señores, y allí había aprendido ciertas labores y costumbres de gente pudiente. Como el viejo marino en su vida había llevado otra cosa que zuecos de madera, soltó una cargajada mientras decía á Mariquita:

—Si te da lo mismo, me las pondré de guantes los domingos para ir á misa y á echármelas de señorito.

Y en señal de agradecimiento, cogiéndola en sus brazos, la dió dos besos prolongados y sonoros en sus mejillas de vieja solterona.

Todo el pueblo se regocijó aquella mañana. Después hubo baile y un abundante almuerzo, amenizado por el tamboril y la gaita, y así transcurrieron las horas hasta el mediodía en que todos acompañaron hasta las lanchas, en forma de procesión, á los hombres en activo servicio que iban á ganar el sustento de la mayor parte de los que quedaban en tierra.

El tiempo, al parecer, nada dejaba que desear. Al amanecer apareció el sol rodeado de nubes, pero éstas pronto quedaron disipadas con el ardiente calor de sus rayos. El intenso azul del zenit palideció en el horizonte, donde el azul del mar parecía unirse al del firmamento en largo y hermoso contacto cual beso amante entre la realidad y el ensueño, la región de las estrellas y la de las violentas tempestades.

El aire era suave, demasiado caliente para un fin de septiembre, agradable de respirar, lleno de vitales perfumes; pero al ver las pocas nubes rosadas que habían aparecido en las primeras horas de la mañana, los astrónomos populares dijeron que antes de terminar el día habría tormenta. Si el peligro existía realmente, parecía haber desaparecido ó haber sido olvidado entre el regocijo general.

Alegremente los hombres de mar colocaron las velas en los mástiles, los cuales estaban engalanados con banderas que cada patrón de lancha guardaba cuidadosamente para las ocasiones solemnes. Todo era contento y alegría, cuando tan rápida como inesperadamente fueron sorprendidos por un fuerte vendaval, que hinchó las velas antes de que estuvieran completamente colocadas, mientras el horizonte iba oscureciéndose.

—Hijos míos, dijo Matías, mirad cómo andáis; se aproxima la tempestad.

—¡Qué bien has hecho en retirarte! exclamó Mariquita dirigiéndose al piloto.

Carmen contemplaba tristemente la escena, mientras Carlos colocaba la vela de su lancha para salir al mar. Trabajaba en silencio, con el corazón oprimido por extraña é indefinible melancolía. Cuando había intentado bailar con Carmen le había echado tales miradas la tía Mariquita, que el pobre muchacho no se atrevió á invitarla. Además, en la mesa les habían separado de tal manera, que mientras todos disfrutaban, ellos sufrían sin poderse hablar, casi sin verse. Nunca se le vió tan abatido; por eso Carmen, al mirarle así, aprovechó la ocasión cuando Mariquita ofrecía un poco de rapé al piloto, y se acercó á Carlos diciéndole:

—Carlos, no salgas hoy al mar; yo te lo ruego.

—Déjame, Carmen, contestó el joven, déjame, quiero morir.

Profunda tristeza, que contrastaba con la alegría de la mañana, acompañó la salida de los pescadores. De muchos ojos salieron furtivas lágrimas al despedir á aquellos hombres que marchaban á buscar el pan de sus familias. La predicción del piloto Matías había entristecido hasta á los más valientes. ¡Conocía tan bien todos los cambios y las traiciones del mar! Pero todos tenían lanchas fuertes y ligeras para resistir el empuje de las olas, y además no irían lejos; no se apartarían mucho de la costa, á fin de poder volver rápidamente en caso de apuro. La única lancha que corría algún peligro era la de Carlos.

—Mejor sería que tomases mi lancha, Carlos, le había dicho Matías con cariñoso acento; pero como por primera vez aquel día había notado la frecuencia con que el viejo dirigió miradas tiernas á Carmen, contestó friamente:

—Gracias, Sr. Matías, no la necesito.

Y con una mirada final llena de amor hacia el ídolo de su vida saltó á la lancha y comenzó á maniobrar con brío. Poco después su pequeña vela se divisaba á lo lejos entre las brumas del horizonte.

El huracán arreciaba por momentos y ya las lanchas pesca-

doras se habían perdido de vista. Matías y Mariquita se volvieron á casa de ésta, que le atraía con el último vaso de espumosa sidra, no encontrando manera mejor de llevar á su casa á quien le parecía admirable para sobrino. Además, aquel era el momento más oportuno para explorarle. El viejo marino estaba decidido á no volver al mar; era ya tiempo de que buscara esposa, y en el pueblo no había mujer más bonita que Carmen ni hombre más rico que Matías.

No se le ocultaba á Mariquita que Carmen y Carlos habían nacido para amarse; pero dominada por las ideas positivistas, tan arraigadas en las personas para las cuales el amor puro y desinteresado dejó de tener atractivos, comenzó á preparar el terreno con una detallada exposición de las virtudes de su sobrina.

El corazón de Mariquita se ensanchó al ver el entusiasmo con que Matías declaró que todavía elogiaba poco á la joven, pues según dijo, Carmen valía mucho más que lo que ella manifestaba.

Durante esta conversación, Carmen paseaba sola por la playa, con los ojos humedecidos por las lágrimas y con la mirada fija en el horizonte, cubierto por aquella nube plomiza que iba extendiéndose y agrandándose por momentos. Poco después la nube se rasgaba por varios puntos para dar paso á grandes relámpagos, aunque todavía la distancia no hacía perceptibles los truenos. La tormenta estaba aún lejos, pero ella sentía ya toda su intensidad y se estremecía violentamente, mientras su corazón, sobrecogido, latía con fuerza.

El horizonte se oscureció casi por completo; grandes gotas de agua empezaron á caer sobre la arena, y algunos minutos después la tempestad estaba ya encima.

Las lanchas volvían á tierra apresuradamente en vista de que el temporal era más temible de lo que los pescadores esperaban. Volvían á toda vela, y desde la playa parecían más bien volar que marchar sobre las olas enfurecidas. Media hora después todo el pueblo estaba en la orilla del mar, á donde corrieron también Mariquita y Matías. Entre exclamaciones y gritos de loca alegría, lanzados por las familias de los pescadores que llegaban, fueron entrando todas las lanchas, todas menos una, la

de Carlos, la cual se veía no muy lejos de la tierra con la vela rota en lo alto del mástil, donde flotaba como una bandera. Todos le contemplaban luchando con denuedo, casi con furia, procurando dominar su pobre embarcación para llegar como los otros; pero todos comprendían que, á pesar de su sangre fría y de su valor, aquellos pocos cientos de metros que le separaban de la orilla ofrecían grandes peligros para salvarlos. ¡Y nadie podía socorrerle! ¡Qué angustia! ¡Qué horrible situación!

Momentos después una ola enorme, una ola gigantesca, puso el espanto en todos los corazones. ¡Está perdido! exclamaron casi á coro, mientras decían en voz unánime: ¡Sólo Matías le podría salvar!

Matías, que hasta entonces había contemplado impávido, mudo, aquel horrible cuadro, con vivísimo interés que se traslucía en su mirada, miró en derredor y vió á su lado á Mariquita, la cual tenía cogida del brazo á Carmen, pálida como el mármol y sollozando en silencio. Procuraba dominar su terrible angustia; pero al oír aquella voz unánime, avanzó rápida hacia el piloto, y al oído, en tono entre cariñoso y revelador de esperanzas, le dijo así: ¡Sálvale y seré tu esposa!

Matías la miró asombrado. Hay momentos en la vida en que una mirada es más poderosa que el más elocuente lenguaje. La miró atentamente, y sin pronunciar una palabra exclamó dirigiéndose á la multitud:

—¿Hay cuatro hombres que me acompañen á salvar á un compañero?

No se hizo esperar la respuesta, y momentos después la sólida lancha de Matías cruzaba las embravecidas olas al impulso de ocho remos vigorosos dirigidos por el piloto, que hacía de timonel. Diez minutos tardaron en llegar, diez minutos que parecieron diez horas á los que presenciaban la escena.

Por fin la lancha del piloto se acercó á la de Carlos, que ya estaba sin gobierno y á merced de las olas. El pobre muchacho, extenuado y sin fuerzas, se hallaba tumbado en el fondo de la lancha esperando el momento de morir. Por medio de un cabo fué atraída hacia la lancha salvadora, y entonces Matías, saltando á la débil y desmantelada embarcación, cogió en sus brazos á Carlos y mandó poner proa á tierra.

Cuando los salvadores pusieron pie en la playa, calados hasta los huesos, rendidos, jadeantes, pero habiendo robado al mar su presa, fueron recibidos con atronadores vivas y ruidosos aplausos.

Dejando sobre la arena el cuerpo inanimado de Carlos, que apenas daba señales de vida, todos se arrodillaron para dar gracias al cielo. Poco después tomaron el camino del pueblo, llevando entre varios al desdichado joven. Siguen todos en silencio aquella especie de procesión, y marchan los últimos cerrando la comitiva Mariquita, Carmen y el piloto. Este dirige á Carmen tiernas miradas, como demandando una frase de agradecimiento, y ella contesta con una dolorosa sonrisa.

El sacrificio del corazón de Carmen estaba hecho.

Seis semanas después Carlos estaba casi por completo restablecido; había vencido su fuerte constitución. Albergado en casa de Matías, que le atendió con cariñosa solicitud, iba recobrando poco á poco la salud y las fuerzas, aunque se le veía melancólico y taciturno.

Mariquita sólo permitió que le viese Carmen una vez, con la aquiescencia de Matías, aunque parezca extraño. Carlos, durante su delirio, había pronunciado tantas veces el nombre de Carmen, y con tan infinita ternura, que el viejo piloto temía ver en ellos, no un amor pasajero y débil, sino uno grande, apasionado, inmenso.

Carmen, sin embargo, á quien veía todos los días en casa de su tía, estaba resuelta á cumplir su promesa y permitió que Matías pidiera oficialmente su mano. Hizo más: se puso á preparar su modestísimo equipo, y hasta escuchaba los planes de felicidad formados por el piloto, á quien contestaba con una sonrisa que él llegó á tomar por el lado que más le convenía y agradaba, hasta que un día la encontró arrodillada ante un cuadro de la Virgen, con un libro de oraciones en las manos.

Ella no le esperaba á aquella hora, y al levantarse llena de sorpresa, cayó al suelo la flor marchita que guardaba en el libro. Matías se adelantó por recogerla; pero Carmen, con rapidísimo impulso, la levantó presurosa y la ocultó en su seno.

—¿Quién te ha dado esa flor? la preguntó Matías con visible ansiedad.

—Carlos, dijo ella, y al ver la pena del piloto, que no la pudo reprimir, añadió casi balbuceando: Dios no prohíbe el recuerdo.

—No, contestó Matías; pero acertando la entrevista volvió cabizbajo á su casa, y acercándose al lecho del convaleciente Carlos le dijo:

—Carlos, ¿qué me contestarías tú si yo te pidiera ó preguntara una cosa?

—Le contestaría con la franqueza de siempre, respondió Carlos. Mi vida es de usted, señor Matías; disponga usted de ella como guste.

Después de unos momentos de penoso silencio, Matías, sin poder ocultar su emoción, añadió:

—No quiero tu vida, que la he salvado con gusto, pero sí quisiera que me dices en recuerdo esa sortija humilde que llevas siempre puesta, que jamás abandonas.

Al oírle Carlos palideció, y sentándose en la cama exclamó con toda su energía:

—Señor Matías, es imposible; eso no lo haré nunca.

—¿Es que te la ha dado Carmen? preguntó el piloto ahogándose de dolor.

—¿Para qué me lo pregunta usted si lo sabe?

Volvió á echarse Carlos abrumado por el peso de aquella emoción, y el piloto se levantó con los ojos llenos de lágrimas. Al cabo de un rato observó que Carlos se había dormido. Se acercó nuevamente á él y besó su pálida frente murmurando:

—Perdóname, y en seguida cayó de hinojos ante un crucifijo colocado en la cabecera del lecho, pidiendo á Dios que le diera valor.

Cuando hubo recobrado la calma, con admirable resignación salió de su casa para encaminarse á la de Mariquita, á quien encontró ayudando á Carmen en la preparación del humilde vestido de novia.

—¿Cuándo estará terminado todo el equipo? preguntó procurando dar á la pregunta el tono más alegre.

—¿Para cuándo necesita usted que lo esté? dijo Mariquita en el mismo tono.

—Para el día en que Carlos esté completamente bien y pueda

casarse con Carmen, añadió, haciendo un gran esfuerzo para dominar su emoción.

Así fué. Matías, como regalo de boda, obsequió con su lancha á Carlos y costeó con largueza todos los gastos del casamiento. Aun hizo más: para conmemorar el sacrificio de su corazón mandó reconstruir á sus expensas la iglesia del pueblo, en cuya torrecilla colocó una campana rota que sonase lúgubrementemente para que todos recordaran siempre el caso y sirviera de ejemplo á los futuros hombres de su edad.

He aquí el por qué de aquella campana de tan triste son, y por qué, á pesar de las bellezas de su mar, de la costa y de la hermosa vegetación del pueblo, las gaviotas huyen de sus cercanías y los pájaros no anidan en los bosques vecinos.

